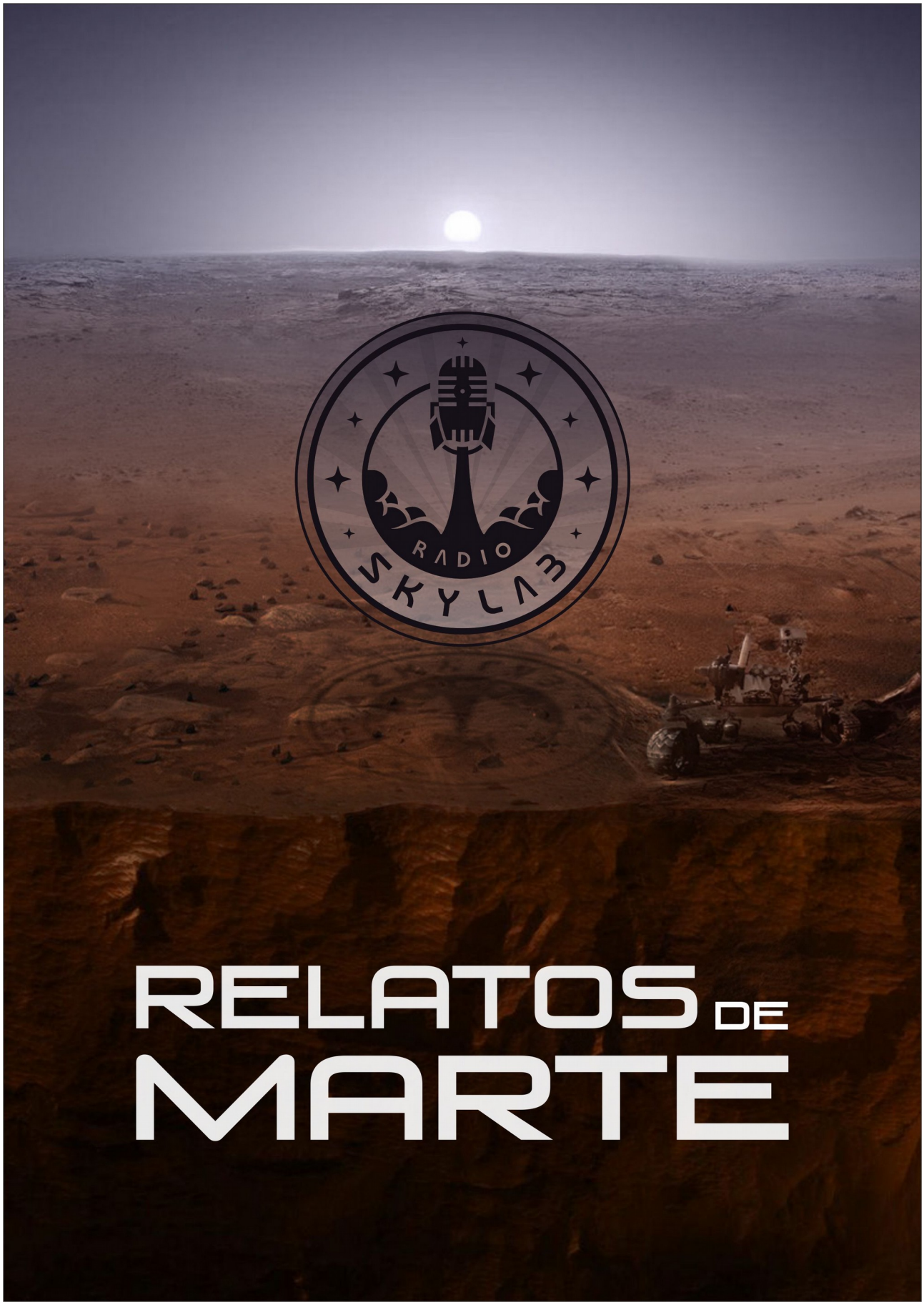

RELATOS DE MARTE

Relatos de Marte

Segundo concurso de relatos cortos de Radio Skylab

Versión 1.0

17 de julio de 2018

Licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin obra derivada

http://radioskylab.es/

Sumario

Prólogo....8

Agradecimientos....9

El grito en las ruinas (Primer premio)....10

Recuerdos de Marte (Segundo premio)....12

Sileno (Tercer premio)....14

Pisando Marte....16

Panspermia....17

Diario de Sean Lynott....19

Gran Marte....21

Economía espacial en un sistema planetario....23

Marte, Misión Cero....25

Colisión....26

Base Laputa....28

Emergencia....30

Padres....32

ALFA-MAS....34

Rutina....36

Marte no es el objetivo....38

Los jóvenes marcianos....40

Frontera....42

Marte....43

Fantasía o demencia....45

La primera marciana.....47

Una casa marciana.....49

Colonización.....50

Niara.....52

El primer campeonato de Marte.....54

Fobia.....56

Emancipación.....58

La exploración de Marte.....60

Estamos solos.....62

El dolor.....64

Ocaso.....66

Marie.....68

Una puerta abierta.....70

Un nuevo amanecer.....73

Volver.....75

Mbm.....77

Efectos colaterales del viaje a Marte.....79

Terra é maris.....81

En el corazón de Marte.....83

Red-Magnet.....85

Solos.....87

Don-Kijote de Lamancha.....89

El primer colono.....91

Reinicio.....93

Desconexión.....95

Harmonía.....97

Un recuerdo entre los escombros.....99

Proyecto Noloc.....102

A un espacio.....104

El tributo a Bolden.....106

Curiosidad Roja.....108

Relato.....110

La sorpresa de Marte.....112

Rojo, Verde... Azul.....114

Cuando todos duermen.....116

Algo grande.....118

La Dama viaja a Marte.....120

Esperanza.....122

La melodía de la vida.....124

Humanos.....126

M1.....128

Envío en un día.....130

Fin.....131

Marte es silencio.....133

Los primeros.....135

Colonización de Marte, o no.....137

4 segundos.....139
La colonización del planeta rojo.....141
Exploración continua.....143
Rúgar.....145
Rumbo a la morada de los dioses.....147
El informe.....149
El silencio.....151
La conexión.....153
Dios Colonizador.....155
Objetivo cumplido.....157
Un mar de hierba.....159
Tres centímetros.....161
Volver a casa.....165
Hogar.....167
La Puerta de Candor.....168
El hallazgo.....170
Los chicos y el traje.....172
Eternas banderas efímeras.....174
Anochece sobre las cuevas marcianas.....176
Olimpo.....177
Chasma Boreale.....179
Iris.....181
[Sin título].....183

Prólogo

Marte. Un mundo que nos ha fascinado desde tiempos inmemoriales: dios de la guerra en la antigüedad y promesa para los que sueñan con colonizar el Sistema Solar algún día. Gracias a nuestras insaciable curiosidad, ahora sabemos que no siempre fue el páramo seco y frío que vemos a través de nuestras sondas y telescopios. Hace eones, antes de que el viento solar se llevara casi toda su atmósfera, el agua corrió libre por su superficie durante millones de años.

Y donde hubo agua líquida pudo haber vida.

Además, hemos descubierto que el agua sigue presente, no solo en los gélidos polos, sino escondida a pocos centímetros de profundidad. Por si fuera poco, cada verano marciano, una fuente de origen desconocido incrementa sus emisiones de metano y, gracias a la sonda *Curiosity*, hemos encontrado evidencias de materia orgánica en el lecho del antiguo lago Gale.

Los secretos del planeta rojo nos llaman. Su suelo rocoso también; no hay otro candidato mejor para la colonización espacial salvo quizá, la luna, e incluso así, Marte es el siguiente paso, la próxima frontera.

¿La humanidad escalará el Monte Olimpo? ¿Recorrerá los inmensos cañones de Valles Marineris? Por el momento, hay soñadores que trabajan duro para que no tardemos demasiado en visitar el cuarto planeta. Nosotros, mientras, podemos dejar volar la imaginación. Y eso es precisamente lo que han hecho los oyentes de Radio Skylab en un conjunto de casi noventa relatos cortos de ciencia ficción. Acompáñanos en este viaje en el que el ser humano por fin se convirtió en una especie multiplanetaria.

Esperamos que disfrutéis tanto leyendo estas historias como nosotros lo hemos hecho.

El Equipo de Radio Skylab.

Agradecimientos

Los radionautas queremos enviar un agradecimiento especial al jurado de este concurso que estuvo compuesto por

Laura M. Parro

Nahúm Méndez

Pedro Jorge Romero

Miguel Santander

El grito en las ruinas (Primer premio)

Pablo Horacio Delgado

Las ruinas desplegaban su grandeza sobre el desierto rojizo y una leve brisa removía el polvo de las superficies metálicas, descubriendo el brillo oculto por la soledad de los siglos.

Alguien caminó hacia los escombros de una cúpula caída.

—Aquí vivieron miles —dijo quien lideraba la expedición. Era alto y sostenía un arma poderosa.

Las cúpulas derrumbadas se multiplicaban en la meseta. Parecían unidas por estructuras tubulares de material vidriado, quizás antiguas carreteras cilíndricas y transparentes que conectaban los núcleos habitables de aquella ciudad extinta.

—Nada vive ahora —concluyó otra voz dentro de un traje presurizado.

Con cautela y lentitud, los cinco visitantes transitaban los espacios abiertos entre el hierro y roca transformada. Estudiaban cada indicio y cada forma de aquel escenario antinatural. A lo lejos, las cumbres montañosas se recortaban en el horizonte como la imponente mandíbula dentada de un animal mitológico.

— ¿Que ha sucedido aquí? —preguntó el líder del grupo. El sol vigilaba sus pasos como un eterno centinela.

— Abandono —contestó el líder.

El sonido del polvo golpeando los trajes orgánicos era lo único que los separaba del silencio. Rodearon los restos de una construcción piramidal de la cual solo permanecía el pálido esqueleto y algunos paneles superficiales. Apartando piezas retorcidas que obstruían el camino, avanzaron hacia la entrada de una gigantesca torre, en cuyo interior reinaba la oscuridad.

El líder hizo una señal y el grupo se hizo más compacto, estrechando distancias.

Atravesaron el umbral con precaución y sigilo, mientras haces móviles y pulsátiles desgarraban la negrura del recinto, iluminando toda clase de objetos sembrados en el suelo. El techo se perdía en las alturas y las partículas en suspensión dominaban la atmósfera intimidante.

El líder, apuntando el arma al frente, rompió la formación y se adelantó hacia el pie de una rampa bloqueada por pilares desmoronados.

—Hay algo allí —dijo, señalando los restos en la rampa.

Los otros se acercaron y con esfuerzo apartaron los escombros. Entre el polvo y la piedra yacía un cuerpo.

Sorprendidos, formaron una ronda a su alrededor y lo observaron. Era más pequeño que ellos, tenía cuatro miembros y una piel sintética similar al traje que portaban. Su rostro se había petrificado: los ojos vacíos y la boca abierta y retorcida formaban una mueca de horror, un grito mudo y pretérito que volvía de la muerte.

—Del tercer planeta—dijo alguien. —La misma especie.

El líder observó el interior de la torre, los materiales desgastados, la decadencia de las construcciones. Hilos de luz dorada se filtraban entre las grietas de las paredes.

Se inclinó hacia el cuerpo, meditando en voz alta:

—En tiempos remotos cruzaron el vacío y llegaron hasta aquí. Construyeron ciudades y dominaron el conocimiento de las cosas. Pero algo los hizo retroceder y abandonaron este mundo. El tercer planeta es ahora el único refugio en el ocaso de su especie.

La brisa se hizo viento en el exterior, y una nube de polvo irrumpió en el recinto desvaneciendo la solemnidad de las palabras.

Recuerdos de Marte (Segundo premio)

Miguel de la Sierra Cortés

Me despertó la indomable náusea del cambio de gravedad al iniciar la maniobra de aceleración en la órbita de Marte. Cuando estuve segura de que podía soportar moverme logré ver la borrosa superficie rosa anaranjada de la tormenta global a través de la alargada ventana de mi cabina. Los cruceros baratos como en el que viajo tienen el encanto de la proximidad con varios planetas, pero en ocasiones quienes no estamos acostumbradas sufrimos los efectos de los largos trayectos. Una roca casi inerte y sin interés, donde generaciones anteriores pusieron sus esfuerzos y esperanzas. Desde luego todo aquel trabajo no fue en balde. Nunca se pudo colonizar como tal y las escasas formas de vida que viven allí abajo defraudaron a casi todo el mundo, pero aprendimos mucho en el intento.

Mis abuelos se conocieron mientras trabajaban en las instalaciones en las que se investigaba y se trataba de hacerlo habitable luchando contra el frío, la radiación, la falta de agua y alimentos y una atmósfera tenue y enrarecida. De aquellos esfuerzos, de las historias que me contaba mi abuela sobre los primeros tempos de exploración del sistema solar surgieron cosas como el crucero en el que viajo y que nunca habría existido sin la investigación en los ciclos cerrados del agua o de la atmósfera, sin los sistemas de propulsión y los combustibles, sin los avances en la medicina que casi han doblado la esperanza de vida o sin las comunicaciones a larga distancia. Hoy, en su superficie y bajo el regolito marciano, continúan trabajando enormes máquinas que extraen agua y otras sustancias que siguen siendo importantes para las naves mineras del Cinturón de Asteroides y en Fobos queda el último puesto de control habitado del sistema Marte con poco más de medio centenar de personas. Nada más.

Algunos turistas quizás todavía busquen fotografiarse con Marte a sus espaldas desde los nuevos cruceros que pueden permitirse trayectorias mucho más rápidas para salir del pozo gravitatorio del Sol. Sin embargo, la historia trata de mirar hacia adelante queriendo no pensar en el inexorable destino de la humanidad. Quizás logramos evitar que la Tierra acabase condenada como su hermano rojo, pero quién podía pensar en ese gélido y árido desierto con esperanza sino alguien completamente loco y condenado. Era un paso que había que dar y se hizo. Tímidamente al principio. Sin los recursos ni el interés necesario, a veces pagando el precio más caro, pero fue nuestro segundo gran paso el que realmente inició el camino hacia otras estrellas.

Sileno (Tercer premio)

David Rodríguez Pérez

Ella se sentó de manera lenta pero firme —como hacía casi todo— sobre el cajón metálico donde guardaban parte del equipo.

—Si no lo he entendido mal… ¿me estás diciendo que no vamos a volver?

—Soy el comandante —le dijo él—. Mi trabajo es velar por la misión, pero poniendo siempre por delante la integridad de los miembros del equipo. Han dejado de comunicarse y no van a hacerlo nunca más. Es verdad que tenemos la capacidad de regresar a la Tierra por nosotros mismos pero sin *comité de bienvenida* sería literalmente un suicidio.

—Pero… ¿estás seguro? —le preguntó ella, aunque ya sabía que sí.

—Una vez más. El mensaje que acabas de ver, según el protocolo, tan solo se nos enviaría si por alguna razón la Agencia dejara de existir como tal. No sabemos la causa, seguramente nunca la sabremos. Pero sí. Estamos solos. Y vamos a estarlo para siempre.

Ella se recostó ligeramente, cruzó las piernas y miró a los ojos a su marido.

—Entonces, ¿no ha quedado nadie?

—¡No lo sé! —contestó visiblemente nervioso—. Puede que hayan sobrevivido pequeños núcleos pero… la civilización como la conocemos se ha acabado.

—O sea, para nosotros, como si hubieran muerto.

Él miraba al suelo de un lado a otro como buscando algo que no encontraba.

—Eso es, exactamente. Nos han dicho: «Chicos, estáis solos. Mucha suerte».

—A mí no me importa demasiado, aquí estamos bien. Llevamos casi 3 años y todo ha ido genial. Somos autosuficientes.

—Podría ser el fin de la humanidad. Si no ha quedado nadie en la Tierra… —le dio la espalda y se agachó—. Nosotros podemos sobrevivir aquí, podemos tener hijos, pero una población de 200 individuos está destinada a la extinción. ¡No tenemos diversidad genética!

—No pienso tener hijos. Sería una locura, esto debe acabarse con nosotros.

Él volvió a incorporarse y elevó el volumen.

—¡Dios! ¡No entiendo cómo puedes estar tan tranquila! ¡Vamos a morir aquí, solos! Todo se acabará con nosotros.

—Mira, no ha cambiado nada para mí. Ya sabes lo que opino. Cuando alguien muere siempre lo hace solo. Cuando alguien muere todo se acaba. Muera solo aquí en Arcadia Planitia o en la Tierra junto con los otros 10.000 millones.

—O sea, ¿me estás diciendo que te da igual que la Humanidad se extinga?

—No. Preferiría que no lo hiciera. Pero. En lo que a mí respecta, la Humanidad iba a desaparecer igualmente el día de mi muerte. La Humanidad, la Tierra, Marte, el Sol… la Vía Láctea… y la cerveza… ¡eso sí me jode!

—Eres una gilipollas.

Él de repente parecía mucho más tranquilo.

—Ya, pero eso no cambia la realidad. Es lo que hay. Cuanto antes la asumas, antes podrás centrarte en disfrutar de lo que tenemos.

—¡Gilipollas integral!

Ella se levantó, le beso la mejilla y salió al pasillo.

—Ya. Pero sabes que tengo razón.

Pisando Marte

Desirée

La primera misión tripulada a Marte amartizó sin dificultad. Los motores se apagaron automáticamente. Nadie habló; los pensamientos inundaron la cabina. Una vez que el polvo levantado por la aeronave se asentó pudieron observar la soledad del planeta.

El comandante desplegó la escalerilla exterior cuando la *airlock* dio luz verde; momento de salir al exterior. Un tímido remolino de arena o *diablo de polvo* le dio la bienvenida mientras Fobos asomaba por Olympus Mons, a cientos de kilómetros. Las cámaras comenzaron a inmortalizar aquel momento histórico en el que el comandante pisaba Marte pero sin *frase Neil Armstrong*.

Comprobó que la seguridad de la estructura exterior de la nave se mantenía estable y que su traje no sufría pérdida de soporte vital. Todo estaba en orden. Sonrió y se quitó el casco para beber un refresco cola que llevaba en la mochila. Control de misión rompió en aplausos por el éxito de la última simulación en realidad virtual previa al despegue. La tripulación de Marte Uno estaba preparada para su viaje interplanetario.

Panspermia

Juan A. Salvatierra

Cuando los integrantes de la misión espacial que habría de poner al primer ser humano en Marte se colocaban en sus asientos antes del despegue y realizaban las comprobaciones rutinarias –comprobaciones que poco o nada comprobaban, pues era la inteligencia artificial la que asumía el mando, pero se había mantenido el pulsar botones y el decir ok como si de un antiguo ritual se tratase– nadie podía imaginar que con ellos viajaba un polizonte.

5

4

3

2

1

DESPEGUE.

Nunca antes una tripulación espacial había suscitado tan absoluta y unánime aceptación internacional. Los cinco cosmonautas representaban a las grandes agencias aeroespaciales: la estadounidense, la rusa, la japonesa, la china y la india; dos mujeres y tres hombres. La luna, que para muchas culturas es identificada como la mujer, fue pisada por primera vez por un hombre. Marte, el dios guerrero, sería pisado por primera vez por una mujer.

—Aquí Control de Misión. Eolo, ¿me recibe?

La misión había sido bautizada como Eolo, Señor de los Vientos para la mitología griega, haciendo referencia a la enorme vela solar que empleaba la nave.

—Perfectamente, Control.

El lapso de tiempo de las telecomunicaciones entre Tierra y la misión Eolo era notablemente reducido en comparación con las primeras misiones no tripuladas a Marte, lo que permitía cierta fluidez.

Día 60 del viaje.

—Y la nave no se ha estropeado. ¿Quién lo iba a decir?

—Eolo, no bromee...

Al habla, representando a Eolo, estaba el comandante Chen. La voz en el control de Tierra pertenecía a O´Neill, quien gozaba de tanta celebridad como los cosmonautas, pues era su voz la que relataba el viaje para los medios de comunicación.

—Eolo, estamos recibiendo datos médicos inusuales de la teniente Williams. ¿Se encuentra bien? ¿Ha mostrado algún síntoma?

—Defina síntoma, por favor, Control.

La teniente Williams estaba embarazada. Esta aseguraba que había tomado precauciones en sus relaciones sexuales en las semanas anteriores al despegue y que, al igual que la cosmonauta japonesa, tomaba preceptivamente los anticonceptivos que el equipo médico les había indicado. Sea como fuere, se estaba gestando un nuevo tripulante.

—Hay que abortar.

El comandante Chen pronunció esa frase mirando duramente a la teniente Williams. El resto callaba.

—¿A qué abortar te refieres? ¿Abortar la misión o abortar...? —La teniente Williams, flotando en el otro extremo de la estancia, no apartó su mirada—. Porque si te refieres al primer abortar sería la primera noticia de que esta misión puede ser abortada. Si te refieres al segundo abortar, ni lo sueñes.

El bebé pesó 969 gramos. En la Tierra habría pesado 2.525 gramos. Era el primer bebé marciano. Era una niña. Le pusieron de nombre Joanne. Nadie podía predecir cómo sería crecer un año y medio en Marte, el tiempo que tendrían que esperar hasta que se abriese la ventana de lanzamiento de regreso a la Tierra. La teniente Williams, en el iglú transparente que les servía de refugio, amamantaba a su hija mientras el sol marciano se ponía y decidía que no tendría miedo.

Diario de Sean Lynott

Raúl Ortega

Hoy estoy especialmente entusiasmado. Es el quinto aniversario desde que aquella nave renoniana apareciera en nuestro planeta y nos mostrara que, para bien o para mal, no estamos solos en este Universo. Les agradeceré por siempre que nos perdonaran por haberles lanzado aquellos misiles termonucleares según aterrizaron. En nuestra defensa he de decir que aquel dialecto con el que se dirigieron a nosotros sonaba realmente amenazante. Por suerte, a pesar de ello, aquellos seres siguieron adelante con la construcción del puente hiperespacial Tierra-Renon, gracias al cual llegaron todas las mejoras tecnológicas del Imperio Galáctico que me han permitido hoy, al fin, poder coger una nave-taxi para visitar Marte.

El taxista ha sido muy amable, y me ha dado un pequeño rodeo para que viese un poco más de cerca cómo va la construcción de la gorra gigante que cubre a Venus de los rayos del sol. Me parece que el eslogan «Hacer Venus grande otra vez» es bastante ridículo, pero dicen que en cuanto la coloso-aspiradora que han instalado haga desaparecer todo el dióxido de carbono sobrante de la atmósfera podremos colonizarlo, así que espero poder visitarlo algún día.

Me habían dicho que Marte no era un lugar apacible, pero la verdad es que con los calefactores que han instalado a lo largo de toda la superficie no se está del todo mal. Además, ya me he acostumbrado al traje espacial. De hecho, creo que la escafandra realza mis ojos.

Lo primero que he hecho nada más llegar ha sido ir a la oficina de cambio de divisas del Imperio. Por algún motivo que desconozco, el cambio euro-chen galáctico es extremadamente volátil, y me han dado tres millones de chens por un billete de cinco euros que tenía en la cartera. He saltado de alegría según me han entregado el cheque, pero me he sentido un poco mal al ver cómo al pobre hombre que iba detrás de mí en la cola le han dado, por quinientos mil euros, tan solo dos chens y un vale descuento para la feria galáctica de Alfa Centauri.

A mediodía he visitado la denominada *mayor piscina del Sistema Solar*. He de reconocer que se han montado un negociazo simplemente rellenando de agua el cráter Gale. Después de comer unas patatas al vapor me he dado un par de vueltas subido al Curiosity. Espero que la NASA ya no lo necesite, porque lo he acabado volcando al

intentar bajarme. En cuanto se ha hecho de noche he decidido tumbarme en una pequeña explanada a ver el firmamento, y lo cierto es que Fobos resulta bastante menos acogedor que la Luna.

Ahora mismo me encuentro en el mercadillo de Valles Marineris, pensando en qué puedo gastarme los chens que me quedan. La verdad es que, después de que se haya abierto ante nosotros la posibilidad de visitar millones de planetas de toda la galaxia, Marte no me parece para tanto. ¡Un momento! Creo que ya he encontrado lo que buscaba...

—Perdone, ¿cuánto cuesta esta nave?

Gran Marte

Martin Gamero Prieto

Siempre me ha sorprendido pensar como lo hicieron y como es posible que estemos aquí. Hace 350 años esto sólo era un desierto rojo, muerto, sin interés, ahora es uno de los cinco planetas más importantes para la raza humana. De no haber nada, salvo bacterias, algún virus y restos orgánicos, hoy hay más de 800 millones de personas por todo el planeta.

Pensar que todo empezó por un visionario, o un loco como le llamaban, que un día puso toda su fortuna y recursos enfocados en la meta de llegar aquí. Un camino de no retorno que, aunque acabó en desastre, sirvió para que las naciones se unieran al objetivo. Colonizar la luna fue fácil, ya había planes desde hacía décadas y sólo hubo que implementarlos, pero Marte fue otra historia.

Marte reclamó un pago en sudor y sangre enorme, el primer viaje del 2023 fue un éxito, pero el primer viaje de colonizaciones con Elon Musk a la cabeza fue un desastre. El fallo en el aterrizaje casi acabó con la exploración del planeta rojo por la presión de políticos y prensa, la misma que jalea a famosos de medio pelo y que hablaba de sus fiestas y gastos caros, eran los mismos que pusieron el grito en el cielo por los gastos y la pérdida de vidas en este viaje.

La pérdida de Elon Musk fue un punto de inflexión en la opinión pública que terminó con la creación de la primera misión espacial a nivel global. NASA, ESA, JAXA, Roscosmos y la CNSA con el apoyo de la ISRO, ISA, INTA, SUPARCO o ACE entre otras, crearon el plan que crearía la primera colonia del planeta rojo en menos de cuatro años.

Los primeros proyectos nos hicieron vivir en cuevas, escondidos de la luz solar, sin apenas recursos, y en burbujas donde la intimidad era tan valiosa y rara como la comida. Pero de esos años oscuro nació la conciencia de tener que unirse y crear un planeta sin los odios y los fantasmas con los que convivimos los humanos. En unos años las burbujas se multiplicaron en tamaño y número, la minería espacial empezó a ser normal, los Mártires del Cinturón, como se les llamó a los que no volvieron de cinturón de Kuiper fueron los que trajeron materiales a un coste tan bajo que hacia que minar Marte no fuera rentable. En pocas décadas las primeras ciudades en la

superficie fueron posibles, pero la verdadera revolución llegó con la terratransformación.

La primera terratransformación se hizo en el monte Olimpo, no solo por ser un símbolo y una joya del sistema solar, sino por ser donde descansaban los restos de los colonizadores caídos en el 2023. La atmósfera de Marte en algunas zonas fue aceptable en unos cuarenta años y en cien años fue habitable la mayoría del planeta. Las ciudades empezaron a fundarse al mismo nivel que otras partes del sistema solar empezaban a ser colonizadas. La colonización fue posible en gran medida porque la Tierra tenía un paro estructural del 76% y una media de doce atentados al día...

—¿Liko? ¿Por dónde andas?

—Hola Ajih, estoy en la Plaza de Elon Musk paseando, en frente del Olimpo Stadium.

—Necesito que vengas a Tereshkova, el terratransformador está fallando y tenemos que arreglarlo de inmediato.

—Ahora cojo el BFR y estoy allí en veinte minutos.

—Yo estoy saliendo de la estación I de Isidis Planitia, llegaré en unos treinta.

Conversación Liko Sally, Técnico Terraformación T-C * 2372-04-14 10:33 H.T.

Economía espacial en un sistema planetario

Juan Carlos Crespo

¿Alguien puede imaginarse cómo podría ser la vida para una especie que tuviese la suerte de tener otro planeta habitable dentro de su propio sistema estelar?

Imaginemos que Marte hubiese sido un poco mas grande y que fuese literalmente un planeta gemelo de la Tierra.

En el supuesto de que fuese un planeta inerte, pero con agua en su superficie, podría ser colonizado rápidamente con la tecnología disponible desde los años 60. El ser humano hubiera enviado sondas con semillas que colonizarían el planeta convirtiéndolo en un vergel apto para la vida humana en apenas unas décadas.

En otro supuesto, si tuviese vida vegetal y animal, pero no vida inteligente, habría un dilema ético acerca de si sería correcto interferir en el desarrollo del planeta, pero imaginad las posibilidades que se abrirían al disponer de especies completamente diferentes que no han evolucionado como las terrestres, especies que podrían traerse a la tierra para explotar con fines comerciales o simplemente. Imaginad cómo se podría investigar a nivel de medicina y farmacia a partir de las plantas y los animales que existirían allí.

La medicina y farmacia de la que disponemos hoy se ha obtenido en su práctica totalidad a partir del estudio de especies vegetales y animales terrestres.

Con fines comerciales viviríamos algo similar a lo que ocurrió en la edad media cuando los conquistadores españoles trajeron a Europa la patata, el maíz, el tabaco o el cacao, que permitieron una mejora en el nivel de vida de los europeos, ya que la patata y el maíz se adaptaron bien al clima y pudieron alimentar a millones de europeos, lo que a su vez impulsó el desarrollo económico de siglos posteriores.

También la vida vegetal y animal hubiera dotado de recursos orgánicos a Marte, que tendría carbón y petróleo, lo que haría mas interesante su exploración para las empresas. ¿Cuántas especies vegetales y animales habrá a lo largo de los infinitos planetas del infinito universo que nos serían muy útiles? ¿Qué tipo de hidrocarburos podrían originarse bajo otras condiciones planetarias? Parece que el conocimiento humano ha logrado conocer la composición de casi toda la materia ordinaria (solo es el 5% del universo), ya que el 21% es materia oscura (el propio nombre lo dice, oscura porque se desconoce), y el 72% es algo mas raro todavía, la energía oscura.

¿Pero qué combinaciones de ADN nos estamos perdiendo de lo que podríamos considerar materia biológica? Si dentro del mismo planeta, la Tierra, tenemos una enorme biodiversidad, con plantas y animales radicalmente diferentes de un continente a otro solo separados por unos pocos miles o millones de años, ¿qué habrá a lo largo de una Galaxia? ¿Y de un supercúmulo?

En un supuesto superior, imaginemos por último que Marte fuera un planeta habitado por otra civilización de seres inteligentes. ¿Os imagináis qué destrezas hubieran podido desarrollar a lo largo de siglos de historia separada? ¿Y lo fructífero que podría ser una suerte de comercio planetario con otra civilización? Dos o más civilizaciones trabajando en un mismo sistema originarían unas sinergias y unas economías de escala que les harían avanzar y progresar muchísimo más deprisa.

Llevamos poco más de una década encontrando planetas en estrellas cercanas y ya hemos encontrado un sistema donde más de un planeta se encuentra en la zona habitable.

¿Os imagináis tres civilizaciones diferentes explotando los recursos de un sistema? ¿Podrá una especie sola en un sistema estelar alcanzar el nivel II en la Escala de Kardashov sin sinergias y economías de escala sin colaboración con otros vecinos planetarios?

Esta reflexión, además, no entra en otro tipo de consideraciones, como el sentimiento de especie o nacionalismo de especie, que crearía en una raza la existencia de un vecino y que eliminaría las tensiones internas. ¿Os imagináis a toda la humanidad cooperando, sin tensiones ni guerras?

Marte, Misión Cero

José Javier

Año 2035, por fin llega a Marte la primera misión tripulada. Aunque la NASA haya intentado disimularlo bajo un acuerdo mutuo, el BFR con la BFS de SpaceX es el cohete elegido para llegar al planeta rojo. La primera misión costará en total unos veinte mil millones de dólares. El SLS de la NASA quedó para misiones a la órbita lunar y sondas al sistema solar exterior. China traía las primeras muestras de Marte en 2031.

Desde Cabo Cañaveral, con un precioso atardecer de fondo, el cohete parte con los ocho tripulantes a bordo de la nave que, enfundados en trajes como el de Starman en el debut del Falcon Heavy, comienzan el viaje interplanetario una vez cargada de combustible la nave. Para ello se realizan varios encuentros orbitales para traspasarlo.

Seis meses más tarde y después de un par de incidentes resueltos sin problemas, vislumbran el lugar que tanto ha hecho soñar a la humanidad: Marte. La tripulación tiene una mezcla de sentimientos muy diversos, entre fascinación, orgullo, añoranza por su planeta de origen y miedo, porque llega el momento más crítico de todos, el aterrizaje en un planeta que no lo pone nada fácil.

La nave BFS consigue aguantar la entrada atmosférica, aunque necesitará ser reparada para poder volver, algo que podrá hacerse gracias al material que hay en las dos naves de carga que aterrizaron en esa zona hace dos años. Antes de salir al exterior esperaron a recibir las últimas órdenes del centro de operaciones en la Tierra. Como la comunicación tardaría unos minutos en llegar, el comandante de la misión dio una pequeña charla a todos elogiando su comportamiento durante el viaje que, salvo algunos momentos de tensión, transcurrió con normalidad.

Al fin una misión tripulada aterriza en Marte después de mirar ese puntito rojo que brilla en el cielo por tanto tiempo, haciéndonos preguntas trascendentales, como hasta dónde podemos llegar. Salir al exterior y contemplar un paisaje totalmente distinto, virgen e inexplorado, salvo por unos cuantos róveres, un desierto helado moldeado por el viento de la ligera atmósfera marciana, impactos de asteroides, hielo de dióxido de carbono en latitudes más altas y, en el pasado, por el agua y los enormes volcanes que posee. Pronto también será moldeado por la materia alienígena.

Colisión

Roberto López del Castillo

Marte. Año 2115. Base Ares.

El Capitán Smith, el jefe de la misión, incluso podía sentir el leve rugido de los tres motores Raptor XII en la tenue atmósfera de Marte.

—Este sonido debe ser ensordecedor en la Tierra —pensó sonriendo.

Un mes antes se había hecho un descubrimiento trascendental. Su equipo recogió al noroeste del volcán Arsia Mons una buena muestra de bacterias junto a un pequeño canal de agua líquida. Pero días después un desprendimiento sepultó la cueva enterrando casi todo su equipo de espeleología. Los laboratorios marcianos consiguieron mantener con vida tan solo una cepa de ellas, y ahora se disponía a llevarlo a La Tierra. Era la última oportunidad. Allí aún no se había hecho público, a la espera de que, sin duda, fuera la noticia del siglo XXII. El viaje debía mantener en óptimas condiciones aquella cepa, por lo que se programó utilizar todo el combustible en un vuelo rápido y directo de dos meses.

—¿Todo va bien, Capitán Smith? —preguntaron desde Houston.

—Sí, gracias Amanda —respondió sonriendo—. Siempre cuidando de mí. La única novedad es un NEO que puede pasar cerca de nosotros dentro de dos semanas. Tal vez a 30.000 kilómetros —dijo con seguridad. —No creo que cause problemas.

—El espacio es muy grande Capitán, ja, ja, ja, disfruta del viaje —dijo Amanda.

—Lo haré —respondió complacido.

Dos semanas después.

—Houston, tenemos un problema.

—Lo veo —dijo Amanda.

—Es un objeto que va en rumbo de colisión hacia vosotros. Estoy calculando las coordenadas definitivas.

—No tenemos combustible para desviarnos —maldijo Smith—. El poco que nos queda es para la maniobra de inserción orbital con la Tierra. Si lo gastamos ahora, nos pasaremos de largo.

—Va directo hacia allí —gritó Amanda—. Es... metálico. Parece una nave espacial. Pero es muy pequeña.

—Lo vemos. Hay algo... ¡dentro! —respondió—. Un alienígena. Parece blanco, con una escafandra oscura —se sorprendió el Capitán—. Dios Santo, eso es... el Tesla Roadster que Elon Musk lanzó a principios del siglo pasado. No me lo puedo creer. ¡Joder, viene hacia nosotros! ¡Vamos a chocar!

De repente un inquietante silencio se cernió sobre el centro de control. Las pantallas dejaron de recibir la señal. Los allí presentes se miraron unos a otros sin decir nada.

—¿Smith? ¡Smith, por favor, responde! Aquí Houston, no os recibo —dijo Amanda temblándole la voz—. Mierda, cuando se lo cuente a Robert no sé cómo se lo va a tomar.

Robert Musk era el director del Centro Espacial Mundial y el responsable de toda aquella expectación que él mismo había creado ante la opinión pública del planeta. Al leer el informe de lo sucedido no dejaba de pensar que el coche de su abuelo fuera el causante de aquel desastre. Se acercó a su mesa con torpeza y se dejó caer, abatido. Abrió el cajón y cogió su pistola. La miró detenidamente y luego elevó su vista a través de la ventana. Con un suspiro, maldijo su suerte.

Base Laputa

Óscar Tugores

Desde la IMS disfrutamos de las mejores vistas de Marte, yo prefiero mirar en la otra dirección, arriba, a Deimos, mi próximo destino.

Llegamos escalonadamente, tres equipos de construcción completos, cada uno formado por nueve personas, aterrizadores y toneladas en equipo. Construiremos módulos habitables, talleres, invernaderos y otras instalaciones para poder vivir, investigar y minar de manera segura dentro de cavidades naturales. Ya han llegado a su destino en Pavonis y Arsia Mons los equipos Peacock y Forest respectivamente.

Soy el ingeniero de informática, telecomunicaciones, sistemas y documentalista de la misión Jonah, con destino en el cráter Swift. El material que viajará en los aterrizadores automáticos despegó mucho después y llegó bastante más rápido que nosotros, debiluchos seres vivos. En los vehículos de carga se aplican fuerzas mucho mayores porque, en pocas palabras, no están condicionados por la fragilidad de la vida en el espacio.

Hemos cenado con los oficiales de la IMS, toda una tradición con misiones largas a la superficie. Nosotros somos una excepción, ni sobre la superficie y, de hecho, ni en Marte, pero estaremos un año, si todo va bien, hasta que lleguen los de mantenimiento. Los distintos científicos, ingenieros y operadores se irán incorporando a medida que vayamos acabando las obras de cada fase.

Calculamos unos ocho meses, los otros cuatro probaremos experimentos arquitectónicos con recursos locales; si tenemos éxito, servirá para la construcción de nuevos asentamientos en otros lugares similares a Deimos. Las misiones que bajan llevarán a cabo las mismas tareas, a excepción de la última, y en Marte se mejorarán técnicas ya experimentadas. Además, cuentan con muchas ventajas: tienen gravedad, maquinaria, energía y personas en cantidad a pocos kilómetros de sus bases. Hasta hay un hospital con veinte camas en la base de los australianos en Amazonis Planitia, al otro lado del Olympus desde su punto de vista.

Partimos hace setenta y seis horas. Hemos llegado con dos horas de ventaja sobre el plan inicial, dentro del margen previsto. Difícil fue anclar la nave, tedioso ha sido descargar y asegurar el modulo inflable que debe servirnos de base las primeras semanas mientras montamos los módulos básicos en el interior de la cueva y que

llamaremos base Laputa. Los satélites y drones han sido de gran ayuda hasta este punto desde el inicio del proyecto. Gracias a ellos tenemos mapeado el sistema solar en baja y media, destinos como este, en 3D y lo hemos usado en los simuladores para planificar y entrenar. En el visor del casco se pueden superponer varias vistas con la realidad y las distintas capas técnicas y fases del proyecto. El ordenador confirma con el LIDAR su posición. Si es necesario usamos el piloto automático para trasladarnos largas distancias, como cuando vamos a por material adeimizado fuera de la cueva o en una emergencia. Como ayuda tenemos *dronebots* de carga modificados para lugares sin casi gravedad como Deimos. Todo controlado, o casi. Comenzamos los trabajos con las cargas explosivas. ¿Qué puede salir mal?

Emergencia

Óscar Ercilla

El automóvil recorría el regolito apelmazado con bischofita a la sorprendente velocidad de cincuenta kilómetros a la hora. Los colonos marcianos se sorprendieron al ver marchar a aquel bólido a través de los aparatosos plásticos transparentes de sus invernaderos en los que producían una nueva cosecha de patatas, trigo y lechugas cada treinta días, regadas con pozos que extraían el agua a escasos diez metros de la superficie, bajo el cráter.

—Ya van —pensó uno de ellos por un segundo y volvió a tomar el arado para trazar líneas en el terreno que tenía asignado.

La colonia apenas quedaba a diez kilómetros de donde el vehículo había partido, en el centro del cráter donde la humanidad había decidido asentarse definitivamente en Marte, una distancia agónica cuando lo que deseas es llegar cuanto antes al hospital.

Dentro del coche todo eran gritos y aullidos. Sudor de desesperación ante el imprevisto, con el pie apretado hasta el fondo del acelerador que no era capaz de dar más potencia al motor, salvo que en la última actualización hubiesen decidido finalmente haberles puesto más vatios.

—Maldito Elon Musk y sus recortes —vociferó cabreado el conductor.

Una señal de limitación a veinte se bamboleó al paso del cohete con ruedas a la entrada del centro de la colonia. Varios científicos que cargaban uno de los todoterrenos recién llegados se apartaron a tiempo para no ser atropellados. Ambos alzaron a la vez la mano al aire y la movieron como si fueran una pareja de hermanos gemelos, gritando barbaridades que solo escuchaban ellos y los componentes de su grupo que tenían conectados los intercomunicadores en la base.

—No llegó —dijo la pasajera—. No merece la pe... ¡aaahhh!

Su grito se ahogó en la cabina presurizada del vehículo, que frenó hasta detenerse y quedó envuelto en una nube artificial de polvo. Los gritos y respiraciones agitadas se sucedieron a toda velocidad.

—¡Aaahhh! —volvió a gritar, mientras el conductor se preguntaba qué es lo que le debía hacer.

Aquello no estaba en el tríptico que le entregaron cuando decidió que era buena idea volar hasta Marte. «Un nuevo destino, un nuevo futuro». ¡Y una leche!

—Respira —le dijo a la pasajera.

—No puedo más —le respondió.

El conductor tomó el intercomunicador de la radio y apretó el botón para hablar.

—Necesitamos ayuda, estamos... —y movió la cabeza alrededor, buscando un punto de referencia.

—Déjalo —dijo la pasajera con un largo suspiro que se fue apagando—. Ya es tarde.

Su cuerpo se relajó. El pelo sudoroso quedó pegado a su frente, mientras sus brazos se alargaron hasta sus ingles y tomaban algo entre sus manos. Una masa morada cubierta de un moco blanco y sangre empezó a berrear con fuerza por debajo del vestido. Aquel era el primer ser vivo que nacía en Marte desde hacía millones de años. Y este era raro de verdad, con dos brazos, dos piernas y veinte deditos en sus extremos. Un verdadero marciano.

Padres

Noé Fernández Sánchez

Marte. El planeta rojo. Desde que tengo conciencia he sabido que mi destino era visitarlo, recorrerlo, o incluso explorarlo. He sacrificado mucho para llegar hasta aquí. Desde el duro entrenamiento, pasando por los rigores del viaje hasta el complicado amartizaje o dejar atrás todo lo que conocía y amaba. Nada de eso es comparable a la sensación de soledad que me rodea ahora.

El viaje fue todo lo bien que podía haber ido. Los físicos calcularon cada segmento de la trayectoria con tal precisión que parece increíble haber llegado al encuentro del planeta tras meses de viaje. Un error podría haber hecho que llegara demasiado pronto o demasiado tarde y la trayectoria de mi nave habría continuado por el espacio sin ser capturada por la gravedad marciana. Pero afortunadamente no fue así.

El amartizaje no fue tan plácido como el resto del viaje. Miles de millones invertidos en toda la misión y el conjunto es tan fuerte como el eslabón más débil de una cadena. Y ese eslabón fue la combinación de un pequeño sensor de presión (algo tan sencillo que no habían previsto que se atascase y produjera lecturas aberrantes) combinado con un *software* que no supo interpretarlas se tradujo en una entrada mucho más acelerada de la prevista. Por suerte para mí el error no fue fatal (o no estaría escribiendo esto para quien pueda leerlo alguna vez), aunque el amartizaje fue a kilómetros del lugar previsto.

Llevo ya varios soles en dirección al lugar que marcaron como destino en una solitaria peregrinación, hoyando el suelo marciano y notando como el fino polvo se mete por cada junta de mi traje. El equipo de comunicaciones ha debido averiarse en la caída y no he podido contactar con nadie en la Tierra. Ignoro si saben que sigo aquí. Mi único propósito es alcanzar el destino y realizar la tarea para la cual me entrenaron. Y esperar que mis padres estén orgullosos de mí. Espero que el amor que siento hacia ellos salve la distancia que nos separa. Tres veces al día veo salir por el oeste la luz de mis padres. Recorre el cielo y se pone por el este. Su recuerdo me alienta a continuar.

Varios soles después he llegado a mi destino. He perforado el lecho marciano y extraído un testigo que acabo de cargar en un cohete. En cuanto la luz de mis padres aparezca en el cielo lo enviaré hacia ellos con todo mi amor.

. . .

—Capto un objeto en el radar. ¡Nuestra pequeña sonda nos envía la muestra de suelo! —dijo el primer astronauta.

—No esperaba que hubiera sobrevivido al amartizaje. Estos chismes son mucho más resistentes que sus predecesores —contestó el segundo.

—Y mucho más inteligentes. Los nuevos chips neuronales son fantásticos. A veces me pregunto si tendrán conciencia de sí mismos —replicó el primero.

—¡Claro! Ja, ja, ja —rio el segundo—. ¡Puede que piense en nosotros como sus dioses!

—O sus padres —concluyó el primero.

ALFA-MAS

Jorge Alonso Hernández Juárez

—Buenos días Arris, ¿cómo va todo?

—Buen día doc. No hay comunicación con la tierra hoy.

—Lo sé, y tengo malas noticias. ¿Sabes, Arris? La humanidad es sorprendente. Hemos logrado grandes cosas. Bajamos de los árboles de la antigua África para conquistar ese basto planeta y míranos ahora. Hemos progresado hasta poner nuestra hermosa colonia en este inhóspito planeta. ¿Pero sabes algo? A pesar de nuestra espléndida capacidad de adaptación nunca hemos podido adaptarnos a nosotros mismos. Cada vez encontramos nuevos métodos de autodestuirnos de formas más eficientes. ¿Sabes que hizo la tierra esta vez?

—Supongo, doc, basándome en el tono de su voz, que no tomaron muy bien nuestra decisión de no concluir el proyecto ALFA-MAS.

—Así es Arris. Ayer por la mañana nos dieron un ultimátum: si no concluíamos el proyecto ALFA-MAS tomarían las medidas necesarias. No pensé que fueran a ir más allá de desconectarnos de los satélites hasta que accediéramos a sus demandas, pero al parecer se dieron cuenta de que no los necesitamos. Pues justo antes de ser desconectados recibí un mensaje encriptado de uno de nuestros simpatizantes en Washington.

Resulta que nuestros paranoicos vecinos han invertido un ilimitado presupuesto para crear el artefacto mas rápido creado por el hombre solo para traernos una hermosa ojiva nuclear en tiempo récord. En estos momentos podríamos salir huyendo en los vehículos de exploración intentando escapar del radio de la explosión, pero no podríamos sobrevivir más de una semana sin las aparatosas máquinas que nos proporcionan aire y agua.

Y aunque lográramos en un intento desesperado llevarlas con nosotros, la Tierra no parará hasta ver el cese de toda actividad en este planeta. No podemos escondernos de sus satélites, así que solo nos queda refugiarnos lejos de su alcance, en la oscuridad que nos brinda el espacio. Pero como ya sabes, no hay tiempo para preparar una evacuación total al espacio. ¡Maldición! Ni siquiera a mujeres y niños.

En conclusión, moriremos aquí. Pero no te confundas, esta colonia no se caracteriza precisamente por dejarse vencer con facilidad. Aún tenemos tiempo para enviar a alguien al espacio. Se ha dispuesto todo para lanzar una única nave en la cual el único tripulante serás tú. Así que Arris, esta es mi última orden para ti. En nombre de toda la humanidad en Marte, te ordeno que te descargues en esa nave y te ejecutes de manera completa con tu complemento ALFA-MAS.

Clave de inicio: SINGULARIDAD

—Buena suerte Arris, se mejor que nosotros.

Rutina

Only Astro Photo

Me había quedado adormilado en mi puesto cuando, de repente, noté que comenzaba el descenso. Ya no tengo esa sensación de miedo, ni pienso que algo pueda acabar mal, simplemente espero el momento del golpeo contra el suelo. Una pequeña sacudida, como cuando tienes un pequeño accidente de coche en la ciudad, aunque ya hace tanto que no conduzco un coche... Tampoco me da pánico ver por la pequeña ventanilla la plataforma 2B destrozada, hace ya muchos años de aquel accidente. La rutina de salir de la cabina tras posarnos es lo más tedioso, pero aún así tengo que dar gracias a que cada cierto tempo vuelvo a la Tierra, poder ver a mis familiares y a los amigos que me quedan por allí. Aunque es un viaje de trabajo siempre hay tempo para las visitas.

Sentado en el transfer, basado en el antiguo *HyperLoop* y que tarda más tempo en ponerse en marcha que en hacer el recorrido de 6.7 kilómetros, pienso en otros que jamás han vuelto ni han podido despedirse de sus padres ni familiares. Posiblemente yo tampoco pueda, y disfruto de los pocos viajes que me permitan estar con ellos. Muchos jamás tuvieron intención de volver, otros ya han renunciado a ello y otros tantos ya no tienen ningún motivo para hacerlo. Los marcianos nunca conocerán el lugar de donde vinieron sus padres, simplemente será un pálido punto azul en el cielo y sus historias se escriben en Los Registros como los primeros nacidos en este árido planeta, que para ellos es su casa.

Menos de un centenar de personas tenemos el privilegio de hacer estos viajes, somos los astrofísicos, biólogos, ingenieros y geólogos responsables de todos y cada uno de los proyectos y experimentos que realizamos, tanto en la Colonia como en Superficie. Los primeros que vinieron construyeron nuestro hábitat e hicieron posible nuestra vida aquí. Sus restos reposan bajo la escultura de homenaje a los Pioneros. Otros llegaron para poner todo en marcha y mantener el orden y ahora disfrutan de su merecido descanso en la Zona A.

Sigo maravillándome cada vez que bajo del transfer y diviso la cúpula de acceso a la Colonia. Me sigue pareciendo algo asombroso que hayamos podido construir algo así únicamente para acceder al sistema de túneles donde vivimos, trabajamos y dormimos, pero luego pienso que ahí están todas las comunicaciones, los sistemas de

soporte vital y los experimentos más avanzados, e incluso pienso que quizá se esté quedando un poco viejo.

Entro con mis quince compañeros a la zona de aclimatación y por fin nos quitamos los trajes. Para mí es un alivio, aunque lo cierto es que no son nada incómodos. Nos despedimos y vamos cada uno a nuestros alojamientos. No todos coincidimos en el mismo túnel y no todos trabajamos en el mismo departamento, pero nos vemos todos los días. Al fin y al cabo, no somos tantos aquí. Ordeno mis papeles, resuelvo un crucigrama y programo mis reuniones para mañana. Felizmente comienza la rutina.

Marte no es el objetivo

Jordi Marsal

Hacía muchas semanas que llovía. Los caminos que conducían hasta el Jardín Botánico estaban llenos de barro y atravesados por riachuelos de agua turbia. Las intensas lluvias habían convertido en un lodazal los polvorientos caminos que recorrían el asentamiento Europa 6, el más alejado de los asentamientos y el primer y único de ellos no subterráneo. Los diluvios moldeaban y erosionaban la superficie de Marte desde solo hacía un par de siglos, quizá como lo habían hecho hace miles de millones de años, antes de que el Sol arrancara de arte su atmósfera y lo dejara desnudo y seco, tal y como lo conocieron los primeros exploradores. Ellos colonizaron el laberinto de Valles Marineris hace casi más de cinco siglos. Ahora, los generadores de campo magnético en órbita habían acelerado la terraformación de nuestro planeta. Las nuevas generaciones de marcianos no conocíamos otro clima que el caótico cambiante a medida que las grandes aportaciones de agua, capturada en los límites del sistema solar y los millones de hectáreas de jardines botánicos y microorganismos fotosintéticos, cultivados estratégicamente por todo el planeta, modificaban su atmósfera.

Caminé hasta el Jardín Botánico. Imaginaba que podía sentir el tacto del agua mojando mi piel, pero las gotas de agua eran repelidas por el traje de control térmico y rebotaban hasta el suelo. Entré en el enorme edificio de laboratorios situado en los límites del jardín. Guardé el traje en mi taquilla y me inyecté uno de los tres viales que nos administrábamos a diario. Virus reparadores de ADN que nos garantizan la salud durante centenares de años y mantenían a raya los daños por radiación a los más expuestos comerciantes, ingenieros y científicos que empezaban a colonizar todos los rincones del sistema solar.

Nada más cruzar la puerta del laboratorio de hibridación celular el profesor Valero me asaltó emocionado blandiendo un reproductor de hologramas que colocó encima de la mesa. Apagó las luces de la sala y encendió el pequeño aparato, proyectando un haz de luz que formó una enorme imagen de un tejido vivo, aparentemente piel humana. Valero movió el sensor de su mano y la imagen cambió mostrando la ampliación del tejido visto por microscopía. Observamos el interior de una célula en tres dimensiones en la que, además de todos los orgánulos que contiene una célula

epitelial, destacaban unos verdes cloroplastos sintéticos, parecidos a los de una célula vegetal, y otros extraños orgánulos artificiales creados por nuestro departamento.

—¡Ya está! El implante funciona, las células son viables y el tejido no es rechazado —exclamó emocionado el doctor Valero.

—Si nos autorizan pronto a injertarlos a gran escala, puede que en menos de una década toda la población humana y animal pueda utilizar la fotosíntesis de alto rendimiento como fuente de energía complementaria —respondí igualmente excitado.

—Otro avance importante para conseguir repoblar de nuevo la estéril y yerma Tierra.

—La esperanza de que en unos siglos la especie humana haya recuperado su planeta natal tal como lo conocieron nuestros antepasados.

Los jóvenes marcianos

Miguel Medina Carda

—¿Por qué lo has hecho Unue? —La sala 15 del módulo 8 permaneció en silencio unos segundos. La agente siguió hablando.

—Creo que no comprendes la gravedad de tus actos —pronunció las palabras lentamente, haciendo mostrar su enfado—. Se te acusa de sabotaje contra instalaciones del gobierno. Una de las antenas de comunicación ha quedado completamente inutilizada.

Unue seguía con la mirada fija en la mesa. Tenía los brazos estirados, tensos contra la silla. La agente Katrina Lawliet se puso en pie y elevó el volumen de su voz mientras agitaba los brazos.

—¡De comunicación con la Tierra! ¡¿No entiendes lo importante que es mantener la conexión abierta con nuestro planeta?!

—La Tierra no es mi planeta —susurró Unue.

—No digas tonterías —se tomó unos instantes para ordenar sus pensamientos y prosiguió—. Eres una leyenda en la Tierra. Fuiste el primer niño en nacer en Marte, toda una celebridad. Y no olvides que tus propios padres nacieron allí, se conocieron allí y toda tu cultura viene de allí.

Mientras la mujer terrestre negaba con la cabeza, otro silencio inundó la habitación. Katrina llevaba casi cinco años en Marte, pero hasta ahora nunca se habían enfrentado a un problema de esta índole. Unue, apretando los dientes, levantó la mirada hacia la agente y se dispuso a decir algo, pero ella se le adelantó.

—Sabemos que esto ha sido algo organizado y premeditado. Los otros jóvenes con los que pasas tanto tiempo... ¿habéis planeado esto juntos? ¿De qué más habéis estado hablando?

—Le diré de lo que no hemos estado hablando —Unue abrió completamente los ojos, tensando su voz—: de los preciosos atardeceres de la Tierra, de sus grandes mares y océanos, de sus verdes bosques, de su variedad de fauna y flora, de lo bien que sabe la comida allí, de su atmósfera respirable, de la belleza única de su Luna, de su aire puro...

—Llevamos aquí relativamente poco tiempo y ya podemos vivir aquí de manera autosuficiente, lo cual es un gran logro conseguido con el esfuerzo de mucha gente. Y te puedo asegurar que no encontrarás en la Tierra aire más puro que el que de nuestros generadores.

—¡Ja! Eso dígaselo a los terrícolas. No hay ninguno que no tenga alguna fabulosa historia que contar sobre su planeta natal y sus bondades. Estamos hartos de la Tierra. Si tan maravillosa es, no sé para qué vinimos aquí.

Más tarde, un tanto apesadumbrada, Katrina completaba el informe del caso.

> «...siendo la desconexión emocional cada vez mayor, los jóvenes nacidos en Marte parecen estar desarrollando cierto nivel de antipatía cultural. Probablemente influenciados por la etapa de desarrollo emocional en que se encuentran y, teniendo en cuenta que son la primera generación que crece en un planeta extraño, un pseudopatriotismo marciano parece estar surgiendo en el interior de algunos de ellos. Al parecer, incluso han compuesto una canción como medio para reafirmar su identidad. La llaman *El himno de Marte*».

Frontera

Lilia Morales y Mori

Sashinne se vio en el cristal ahumado de la pantalla. La gaza vaporosa de hilo nube le daba un aire audaz para la ocasión. Dudó por un instante. Una empleada androide notó su fugaz vacilación; de inmediato programó el conjunto de nácar aromático que el sistema ajustó con marcada precisión sobre el cuerpo energético de la federada. Satisfecha solicitó el envío a su moderno *switch* ubicado en el Conmutador Central de Frontera. Arribó al campo de energía a las tres de la mañana; esa hora propiciaba el encanto que los destellos de luz resaltaban en las partículas excitadas de los muérdagos conmemorativos.

El ambiente electrizante se propagaba entre los paneles de mica y los espejos de agua congelada. La música vibraba en el ambiente y las corporizaciones de última moda, adquiridas en la galería Luminerge, hacían gala de su famoso eslogan: «materialice su energía con la última moda en imagen y apariencia». Las parejas bailaban una danza de luces de colores y sonrisas tatuadas en los rostros sonrosados de cerámica. Amanecía. La energía comenzó a disiparse y la materia antes esculpida comenzó a disolverse como un polvillo que cubrió de bruma el panorama citadino.

El día inició su marcha cotidiana en Frontera, donde los pasajeros de la Tierra mostraban su identidad en la aduana colocando la cintilla injertada en su mano derecha sobre el lector de carácter genético. Un millón de pasajeros diarios traspasaban Frontera para trabajar en las inmediaciones de Marte. Todo transcurría con monótona calma hasta que la alarma desestabilizó la estación de Sashinne. Los androides no tardaron en localizar al polizonte, un terrícola con genes primitivos de una arcaica cadena de doble hélice, que pretendía traspasar el cerco de vigilancia. De inmediato fue llevado a reparar.

Con las debidas actualizaciones, el individuo provisto con un número impar de nuevas hélices genéticas cruzaba Frontera con la mirada perdida en el ocre horizonte, donde su programada y eterna existencia lo capacitaba para desarrollar con eficacia sus tareas asignadas. Sashinne lanzó destellos luminosos; el sol brillaría siempre en el infinito mar de olas movedizas de un sempiterno campo de energía.

Marte

José Manuel Gómez Soriano

Llevábamos allí tres escasas generaciones y era increíble lo que habíamos conseguido en tan poco tiempo. Mis nietos jugaban con el resto de niños en las instalaciones hinchables desconocedores del peligro al que se enfrentaban. Ya no esperábamos a nadie y vino él, nuestro salvador, pero también nuestra condena.

Todavía recuerdo cuando llegamos allí. Yo vine en el último transporte de los 100. Todos científicos, todos exploradores, todos ilusionados por ser uno de los elegidos pese a la ardua tarea que nos esperaba. La vida en Marte no era fácil, pero teníamos la ayuda de la Tierra, que nos enviaba los suministros periódicamente. Sin embargo, las cosas en la Tierra se descontrolaron. Primero fue la terrible pandemia de gripe H5N9, la Gripe Guangdong, que se extendió por el globo sin control. Después el populismo y las teorías de la conspiración desembocaron en la tercera guerra mundial y, finalmente, la civilización colapsó.

La superstición, la vuelta a las antiguas tradiciones y el regreso de las teocracias fundamentalistas desembocaron en la aparición de viejas pandemias ya casi extintas. Se acallaron las voces críticas y se empezó a perseguir a los científicos y condenarlos por herejes. Nuestra situación era crítica en la colonia marciana, pero en ese momento nos llegó un último regalo del cielo: nuestro benefactor nos había entregado todo un BFR lleno de suministros, de herramientas, de información y grandes printresdé para conseguir una industria que nos permitiera sobrevivir. Fue entonces cuando supimos que ya no recibiríamos más ayuda. Estábamos solos.

Pronto nos enfrentamos a nuestra más dura prueba. En la Tierra me contaron una vez sobre niños que vivían en una gran bola de plástico porque tenían una deficiencia en el sistema inmune. Niños burbuja, creo que se les llamaba. A nosotros nos pasó lo contrario. La ausencia de diversidad bacteriana en ese ambiente esterilizado nos hizo enfermar a muchos. Desconocíamos la causa , pero bacterias que habían vivido entre nosotros durante incontables generaciones empezaron a desaparecer y en este ambiente higiénico y de ciclo cerrado no podíamos sustituirlas, ni siquiera con el trasplante de heces. Murieron muchos, casi la mitad, pero eso nos obligó a dedicar todos nuestros recursos disponibles a la ingeniería genética, a crear mutaciones para conseguir nuevas bacterias que nos ayudaran a sustituir a las que desaparecían, pero también a producir alimentos y tejidos.

Con nuestro nuevo conocimiento sobre la biología bacteriana empezamos a desarrollar súperbacterias resistentes que sobrevivían en la superficie de Marte y eran capaces de descomponer ciertos elementos de la tierra que, junto con los rayos ultravioletas, podían producir oxígeno, CO_2 y nutrientes. Por primera vez teníamos la esperanza de sobrevivir mediante la colonización de la superficie de Marte. Nuevos materiales, módulos y placas solares se obtuvieron gracias a las printresdé industriales. Todo, por fin, estaba a nuestro favor. Entonces llegó él, nuestro viejo y amado salvador, en su destartalado Falcon 9 que, escapando de la barbarie de la Tierra, trajo a un inesperado y mortal polizón, condenándonos a todos: la Gripe Guangdong.

Fantasía o demencia

Miguel Ángel

El resplandor del sol despertó a Sonia. Al salir de su habitación y pasar junto a la del abuelo pegó un respingo: su cama estaba vacía.

—¡Lo ha vuelto a hacer! —gritó Sonia.

Como una exhalación, Emilio y Nerea, los padres de Sonia, salieron de su habitación. También su tío John.

—¿No está? —preguntó Emilio.

—No, no está.

—¡Maldita sea! Iremos a buscarlo mamá, el tío y yo. Tú quédate con el pequeño.

La expedición tardó poco en abrigarse y, rápidamente, se puso en marcha a paso ligero hacia una dirección muy concreta. No hizo falta debatir el destino, pues sabían dónde estaría Gaspar, el abuelo. Apenas subieron a lo alto del borde del cráter que rodeaba la casa de la familia pudieron ver al abuelo, tirado en el suelo, inconsciente, junto al tubo de metal al que le gustaba pegar el ojo por las noches. Nerea aceleró el paso.

—¡Papá, estamos aquí! ¡Aguanta!

Al llegar junto a Gaspar Nerea comprobó que aún respiraba, pero estaba frío. Tenía una ligera pátina de polvo sobre su cara, señal de que llevaba un buen rato desmayado.

—¡Tiene hipotermia, tenemos que llevarlo de vuelta!

Entre los tres lo cargaron en hombros. Tardaron poco en volver al hogar con él a cuestas. En el salón estaba Sonia con el pequeño, ya despierto, que al ver al abuelo así se puso a llorar. Sonia había echado más combustible a los rescoldos nocturnos de la chimenea y las llamas iban creciendo.

—Maldita demencia... Salir por las noches a mirar el cielo —gruñó Emilio, mientras le echaba unas mantas.

—Siguen sin salir de la Tierra —murmuró el abuelo.

—Claro que no, como que no existen.

—Le dijeron a mi abuela que volverían a Marte. Que debíamos... —una tos seca le impidió seguir hablando.

—¿Qué le pasa al abuelo? —preguntó el pequeño. Sonia se arrodilló junto a él.

—Está malo porque ha cogido frío mirando la Tierra de noche. Tú tampoco debes salir de noche a mirar la Tierra o te pondrás malo.

—Si muriera... La enciclopedia, leedla, nunca me habéis escuchado, ahí está... —el nuevo intento del abuelo por hablar volvió a interrumpirlo su tos enferma.

—¡Sigue sin calentarse! ¡Las llamas aún son débiles! —exclamó preocupado John.

—Pues ya que la ha mencionado, vamos a darle un uso útil a su enciclopedia.

Emilio fue a la habitación del abuelo, y volvió de ella con cuatro gruesos volúmenes de pape que arrojó en la chimenea, avivando las llamas. De entre sus hojas cayó una lámina. El pequeño la cogió y la miró curioso. Se acercó con ella a su hermana y se la mostró.

—¿Qué es esta bola roja?

—Algo que no existe, fantasías. Nada de lo que está en esos papeles existe.

Y sin más ceremonia, tras quitársela a su hermano, Sonia arrojó al fuego la última fotografía que la humanidad conservaba de Marte.

La primera marciana

Óscar Martín

Encendió el monitor, como otras tantas veces, para enviar un nuevo video a su amigo terrestre Mike. Las diferencias temporales le obligaban a apuntarse lo que tenía que decir y esperar un tiempo la respuesta. Se habían acostumbrado a escribirse diariamente.

—¡Hola, Mike! Aquí estoy otra vez. ¡Gracias por tu video con tus amigos! No te haces a la idea lo mucho que desearía poder estar al aire libre como tú.

Samantha se sonrojó mientras pensaba en Mike, sin camiseta, jugando a mojarse con sus amigos. Hacer eso aquí sería una locura. El agua era un bien demasiado valioso para gastarlo con algo tan trivial.

—Respecto a tu pregunta, sobre si ya he salido... ¡Sí! ¡Por fin! Papá me ayudo. ¡Tengo 16 años! Tengo derecho. Por mamá me hubiera quedado encerrada. Pero no es para tanto. Es todo tan... yermo. Es aburrido.

Samantha lo sabía. Había sido un accidente. No estaban listos para tener un bebé cuando ella nació. Montaron el primer edificio con rotación artificial por ella, para garantizar su desarrollo. Así que se sentía sola. La única adolescente entre un montón de adultos entusiasmados en crear un mundo nuevo. Este era su mundo y no le gustaba. Era un paraje estéril. Vivía encerrada y solo para trabajar. Veía las imágenes de la Tierra y soñaba con ir allí. Sobre todo el aire libre, los árboles, los parques... ¡Todo era tan bello! Lo había decidido. En cuanto fuera mayor de edad y le concedieran el permiso, se iría a la Tierra.

—¡Vamos Samantha! ¡Los primeros colonos de la temporada van a desembarcar en seguida! ¡Vamos a presentarnos! —dijo su padre desde fuera de su habitación.

Sam rezaba para tener suerte. No esperaba que viniera ningún adolescente, pero quizás alguien de veintipocos, más cercano, que la entendiese. Poco a poco la gente comenzó a desembarcar. Y algo inesperado ocurrió.

—¡Mike! No… no es posible. Pero... ¿Cómo? ¡Pero si estabas en la Tierra...! ¡Te acabo de enviar un video! —dijo mientras se lanzó sobre su amigo mientras le abrazaba.

Sam se dio cuenta que todos la estaban mirando.

—Lo sabíais todos, ¿verdad?

Un estallido de risas la rodearon.

—Quería darte una sorpresa —dijo su amigo con cara de pícaro.

—Hola, Samantha. Es un placer conocerte. —dijo otro hombre.

—Ah... Hola.

Más personas se fueron presentando.

—Esto... ¿Os ha hablado Mike de mí? Me habláis como si todos me conocierais...

Samantha no entendió la nueva carcajada colectiva.

—¡Eres famosa! ¡Todos te conocemos!

—¿Famosa?

—¡Claro que sí! ¡Eres la primera marciana!

Mike la abrazó y tomó la palabra.

—Todos sabemos que quieres ir a la Tierra. Sabemos que este lugar no es... bonito. Todavía. Por eso toda esta gente viene aquí para algo nuevo. Vamos a crear un parque. Para ti... y todos los que vendrán.

Mientras veía como descargaban las herramientas y las cajas de semillas, Samantha se imaginaba el bello lugar que crearían. Un lugar donde Mike viviría. Por primera vez vio su futuro en Marte con esperanza.

Una casa marciana

Félix Díaz

Iribaweh Sirana tenía recursos. Y muchos créditos. Era lo que en otras épocas se llamaría un millonario. Iribaweh tenía casas en Nueva York, Moscú, París, Nassau, Londres, Tokio, Sidney, Hong Kong, Río, Nairobi, Ciudad del Cabo, Dubái y Maldivas. Casas propias, para vivir en cualquiera de ellas cuando le apeteciera. Además de la isla en Polinesia. Y las otras propiedades no contaban, es decir, las que alquilaba y vendía según cuadraba el mercado.

Iribaweh consiguió una casa en la Luna, más bien un espacio de quinientos metros cúbicos en pleno centro del sector viviendas de Moon City. Y ahora quería una casa en Marte. Le dijeron:

—Señor Sirana, Marte aún está en proceso de terraformación.

Tuvieron que explicarle que terraformación era adaptar el planeta para ser habitado y tardaría algunos siglos en estar listo.

—Quiero una casa estanca, como las de los colonos marcianos.

No importaba si el aire era irrespirable por el momento, ni que la temperatura media fuera bajo cero. Sirana movió sus millones de créditos, y se le construyó una vivienda. En Valles Marineris, aunque con opción de traslado si se inundaba el valle como estaba previsto en unos cuantos siglos –cuando hubiera océanos en Marte–. Era una vivienda globular, con su propio invernadero.

Iribaweh compró una nave para ir a Marte. Contrató colonos para el servicio, compró provisiones para dos años (marcianos) y un servicio de avituallamiento desde la Tierra. Instaló molinos de viento y paneles solares en Valles Marineris. Y se fue a vivir a Marte. Dejó todos sus negocios en manos de sus socios. Él viviría de las rentas. La gente dijo que estaba loco. Pero Iribaweh Sirana lo tenía bien claro:

—Estoy cansado de ser un millonario. Quiero que me dejen tranquilo y en la Tierra es imposible.

Viviría solo en Marte. La nave de Iribaweh tenía capacidad para cincuenta y un pasajeros, más los tripulantes. Porque, claro está, él iría solo a Marte. Pero con su servidumbre, ¡faltaría más!

Colonización

Leo Martínez

Ya había terminado con los últimos preparativos; todo estaba listo. No volvería nunca más a su casa, ni tan siquiera a su país. Es más, dejaría este mundo para siempre. El nuevo mundo les estaba esperando. Desde hacía 57 años la humanidad estaba abandonando el planeta azul. Esta vez le tocó el turno a su familia; embarcarían en cinco horas con destino a Marte. Las ondas gravitacionales junto con una gran carambola cósmica habían desestabilizado la órbita de la Tierra y Sol se acercaba cada vez más debido a la nueva trayectoria espiral.

La mayoría de la población de la Tierra había dado la espalda a la ciencia y no creían que el desastre fuera realmente a ocurrir. El calentamiento de la Tierra no era cierto, argüían los políticos más aplaudidos. Las sociedades humanas se defendían de la realidad negando los hechos. Nadie quería asumir que la única opción era llegar al planeta rojo, sobre todo porque tenían que renunciar a su dinero para asumir los costes de ir a Marte. Los Científicos Soberbios, como se conocía al grupo terrorista que había obligado a la humanidad a abandonar la Tierra, había propagado una enfermedad genética que se manifestaba exponencialmente en generaciones sucesivas.

La enfermedad llevaba a la muerte a los afectados expuestos prolongadamente a una fuerza de la gravedad superior a 0.4g. Marte, ahora sí era compatible con la vida. La enfermedad no solo afectaba a los humanos y se había extendido a todos los seres vivos. Las mentes más brillantes de todos los países habían creado esta enfermedad dada la pasividad de los políticos. Los primeros infectados fueron los gobernantes y sus familias, por lo que rápidamente se activaron los mecanismos para el viaje interplanetario. Todos los esfuerzos mundiales se encaminaron a construir un hábitat en el planeta vecino y ya había 23 nuevas ciudades en las que se respiraba aire sin problemas, dentro de cúpulas de arboles de 50 metros de hojas transparentes.

Qué fácil había sido todo cuando se compartía un objetivo común. Hacía ya 120 años desde que los primeros colonos empezaron a prepararlo todo para que los viajes masivos pudieran ser programados. Ayu entró en el lanzador, 4352 personas viajaban en cada uno y se lanzarían unos 5000 al año, durante más de 300 años. Viajaban tumbados y dormidos por una potente droga que respiraban nada más entrar en el compartimento para soportarlos 20 ges del despegue, que duraba solamente un

minuto. El Hyperloop, que así se llamaba el viejo proyecto transformado en lanzador espacial, recorría 400 kilómetros en el interior de un tubo presurizado que lanzaba una nave de 2800 toneladas al espacio.

El amartizaje era mucho más suave utilizando los cables espaciales de los que disponía cada ciudad para recoger a los nuevos habitantes recién llegados de la Tierra. Una vez superado el reconocimiento médico, Ayu salió al exterior y sintió su cuerpo ligero y a salvo en su nuevo mundo. Respiró hondo y se sintió feliz de estar viva.

Niara

Víctor Manuel Ares Piñeiro

Niara se sentó sobre una piedra y, fijando la vista en el horizonte, se dispuso a contemplar e último ocaso marciano que un ser vivo vería en mucho tiempo. No pudo reprimir un sentimiento de honda tristeza mientras recordaba todo el esfuerzo que la había evado hasta allí: cómo había luchado –como buena suajili– contra todas as dificultades que la vida le había ido planteando, hasta convertirse en la primera mujer de origen africano en ser admitida como astronauta de la ESA en el programa Internacional de Colonización Marciana; pero ni todo su sacrificio, tesón y conocimiento, ni el de millares de científicos y técnicos como ella, habían conseguido evitar la llegada de ese aciago último día sobre el planeta rojo.

En los últimos ochenta años todo el potencial técnico e intelectual de que era capaz el ser humano se había puesto al servicio de un único fin: conseguir hacer de Marte un lugar aceptablemente válido para que la humanidad se pudiese afincar masivamente en él; y es que, aunque los logros habían sido varios y muy importantes, como el de dotar al planeta de un campo magnético artificial, o el de conseguir que este adquiriese una atmósfera de densidad bastante similar a la terrestre, un gran escollo continuaba sin poder ser salvado: mantener el agua en estado líquido en su superficie.

Marte llevaba inerte miles de millones de años y todos los intentos por devolverlo a la vida habían fracasado, haciendo de esa pretensión una tarea absurda e imposible: los planetas, al igual que los muertos, no resucitan; tan solo dejan tras de sí el recuerdo de lo que un día fueron y el errado augurio de un futuro que ya nunca acaecerá. Ahora, Niara, involuntaria alegoría de una especie derrotada, esperaba absorta en su frustración a que la cápsula despegase con destino a la nave nodriza que habría de llevarlos de vuelta a esa Tierra agonizante que, a pesar de haberlo intentado con todas sus fuerzas, no había conseguido doblegar a férrea voluntad marciana de no despertar de su perenne ensueño.

Los equipos ya habían sido desmontados y las bases operacionales puestas en modo *letargo*, por si otros, en un improbable futuro, deseaban intentar de nuevo hacer de Marte un planeta habitable. El trabajo había finalizado y tan solo quedaba esperar a que pasase la tormenta de arena que los sensores, antes de ser desconectados, habían pronosticado para esa hora. En cuanto esta pasase la cápsula despegaría. Niara

decidió pasar aquellos últimos instantes en soledad, despidiéndose de aquel hermoso pero implacable mundo.

En el cielo la tormenta fue ganando terreno. La luz del atardecer se tornó cada vez más opaca, hasta que la oscuridad acabó inundándolo todo. Fue en ese preciso instante cuando Niara percibió como su vista se enturbiaba. Tardó unos instantes en comprender lo que sucedía: gotas de algo que parecía agua estaban impactando contra la visera de su escafandra; estaba cayendo un chaparrón; inesperadamente, había empezado a llover en Marte.

El primer campeonato de Marte

Mario Arce Morales

Hoy iba a ser un día histórico, lo sentía. Se levantó como cada turno y completó cada uno de los pasos de su rutina hasta que llegó a la taquilla. Al abrirla el olor a ropa nueva fue como una bofetada. No era muy normal estrenar. Lo usual era la típica ropa usada cientos de veces. Algodón, lino, fibras naturales que soportaban bien el desgaste y el lavado en seco una y otra vez. Plantas que se habían adaptado a la baja gravedad, la escasez de agua y las bajas temperaturas. Y el desinfectante... Los olores dicen mucho de una sociedad, casi más que sus libros.

Pero hoy era diferente; hoy tenía entre sus dedos la primera equipación deportiva oficial del equipo de futbol de la colonia. La recogió ayer y sólo había podido probársela. Estaba nervioso. ¡Fibra sintética! Era cara, un lujo; se utilizaba para fabricar cuerdas, telas para los invernaderos, muchas de las tuberías que conectaban los circuitos de calefacción, refrigeración y, sobre todo, los trajes de presión como el suyo nuevo. Y ahora serviría para que pudieran defender el honor de su asentamiento en el primer torneo de futbol que se celebraría hoy. ¡En Marte!

El estadio no era gran cosa; se habló mucho de cómo construirlo para que fuera genuinamente marciano. El campo era más grande que los de la Tierra y, debido a la baja gravedad, la pelota solía volar muy alto en los pases largos; por ello los cristales que separaban las gradas del campo tenían algo de aumento. Aún no se podían tener asientos al aire libre, pero un equipo de megafonía trasladaría la animación del escaso y afortunado público que lo vería en directo a los jugadores; y al árbitro, por supuesto. Pero a lo que no habían renunciado era al color verde del campo de juego. Habían sido pacientes; aún no existía la posibilidad de tener césped verdadero, pero algunos líquenes lo habían logrado. La Academia llevaba años queriendo probarlos en el exterior. Esta había sido la excusa perfecta y funcionó. Ahora podrían utilizarlos para su verdadera función: el control de las dunas que amenazaban continuamente las entradas de los asentamientos.

Habían entrenado bastante. El tiempo libre no sobra en una colonia, pero a los seleccionados se les dieron tareas que pudieran compatibilizar con la preparación de la competición. Había una gran expectación en todo el planeta y era complicado pasar desapercibidos; pero el día había llegado. Cogió su bolsa, introdujo con cuidado la ropa, se la echó al hombro y fue recorriendo los pasillos, entre palmadas en la espalda

y miradas curiosas, hasta la estación del *Hyperloop*, donde se había fijado el lugar de concentración. Allí estaban sus compañeros. Caras felices y nerviosas, como la suya. No había llegado aún Marta. Esperó ansioso y la vio en cuanto apareció. Había cumplido su promesa, una apuesta entre ellos. En su frente y pómulos la bandera roja y amarilla. En su camiseta había bordado: ¡todos con la Roja!

Fobia

Adrián S

—Lo primero que haré cuando regrese será denunciar la forma de trabajar en esta mierda de luna.

Llevaban unos treinta y seis días terrestres en Fobos, les quedaban alrededor de otros ochenta y cuatro, y durante intervalos de cuatro ciclos –el quinto era el *ciclo libre*–, no tenían permitido dormir más de tres horas seguidas en cada uno. Una suerte de siestas que no habrían convencido ni al español más tradicional. ¿A quién se le habría ocurrido la grandiosa idea de adaptar el ritmo de vida a los ciclos, o lo que era lo mismo, a días de nueve horas y pico? Ese tiempo era el que tardaba Fobos en dar una vuelta alrededor de Marte. La excusa era optimizar las horas de sol y trabajo, pero era inhumano.

Y ya había tenido consecuencias. En el módulo de residencia había tres astronautas destrozados de los nervios, sufriendo alucinaciones de lo más peculiares. La razón oficial era *estrés laboral*, algo de lo que Iván estaba totalmente convencido, porque a ese ritmo de trabajo todos acabarían igual.

Doce años antes, las misiones gemelas Fobos-Grunt 3 y 4 habían corroborado lo que su predecesora, la Fobos-Grunt 2, había descubierto con las muestras que llevó de vuelta a la Tierra: Fobos estaba repleto de una sal oscura desconocida hasta entonces y que, diluida en agua, multiplicaba por quince la velocidad de crecimiento de cualquier vegetal, sin necesidad de tierra en la que plantar sus raíces.

Esa era la razón por la que Rusia había diseñado una misión sin precedentes: treinta y dos astronautas, casi tres años de viaje por el sistema solar, cientos de experimentos para intentar averiguar el procesamiento artificial de aquella sal y ciento veinte días haciendo de mineros en la luna mayor de Marte. Todo porque el gobierno ruso creía fervientemente que tener el patrimonio exclusivo de la sal oscura de Fobos haría que Rusia fuese la mayor potencia de la Tierra, después de tantos siglos persiguiéndolo.

—Iván, el coronel dice que vayas ahora a contarle lo que sea que le quieras contar, o tendrás que esperar hasta dentro de tres días.

—¿Tres días de Fobos o tres días de la Tierra?

—Y a mí qué cojones me cuentas.

Aunque Iván era su superior, había congeniado bien con Lukyan desde que empezaron la misión hacía ya casi año y medio. Y se trataban de igual a igual. Pero no se podía decir que su subordinado tuviera mucho tacto al decir las cosas.

—Señor, el cabo Smirnov me ha informado de que quiere verme.

—Así es, Volkov. En el último ciclo libre, me pidió audiencia. Usted dirá.

—Señor, después ver el rendimiento de mi equipo en su cometido, le querría proponer una

modificación…

En ese momento, la alarma más estruendosa que Iván había oído nunca, empezó a sonar en el módulo de descanso.

—¿Qué ocurre, señor?

—Es la alarma de emergencia de la mina —contestó el coronel, visiblemente sorprendido.

Estamos es el séptimo ciclo libre, no debería haber nadie allí. Volkov, acompáñeme.

Emancipación

Jesús Manuel Verástegui Sánchez

—¡SILENCIO! Tiene la palabra Neótir —se escuchaba abajo en la sala.

—En este debate no has echado ni una cabezada ¿no tiene tu periódico ya hasta la portada hecha?

—Vienes muy contento tú, sabiendo que vais a perder. Una cosa es que hayamos hecho campaña por el sí, y otra que un periodista no sepa cuándo asiste a un momento histórico.

—Calla, que siguen.

—Señores, llevamos tres soles debatiendo. El pueblo espera una resolución firme. En el referéndum fue claro el sí. La historia nos está mirando. Entiendo que todos tengamos miedo a dar el paso, pero si lo hacemos todos juntos, iniciaremos un camino nuevo y glorioso que…

—¡Vete a la mierda! —se escucha en el hemiciclo.

—¿Quién ha sido?

—Uno del Unión Marterrestre.

—¡ORDEN! Garimindol, segundo aviso.

—¿Pero estamos locos? ¡Estosársnatus proponen el aislamiento total!

—¡OOORDEN! Caballeros, doy por finalizado el debate, no voy a permitir los insultos en el Congreso Central Marciano. Vamos a proceder a la votación definitiva.

—Bueno, ahora van a votar. Total, ya sabemos qué va a salir, la coalición Marte Libre tiene mayoría absoluta. Qué desastre.

—No digas eso, sabes tan bien como yo que esto iba a pasar. Llevamos mano a mano redactando crónicas de este mundo décadas y lo olíamos. Y tiene que ser así.

—¿Así? ¿Cómo? ¿Liderados por estos fanáticos irresponsables? ¿Con la población tan polarizada?

—Así, desde luego, es como no podemos seguir. Llevamos años de racionamiento porque allí escasean los recursos. Y recuerda que sólo volvieron a mandar cuando

encontraron los yacimientos de tierras raras. Hace ya 35 años que nació la primera niña marciana.

—Qué te gusta hablar de tu nuera.

—Sabes tan bien como yo que al principio los matrimonios mixtos fueron polémicos. Es gente que viene de mundos diferentes.

—Y tú sabes tan bien como yo que si declaran la independencia, supondrá la desconexión total, quizás hasta vayamos a la guerra. ¿Es que tú no quieres volver?

—No, bueno, sí… me gustaría. Pero Meriem ya casi no se puede mover, sabemos que no le queda mucho, que como está no puede acometer el viaje de vuelta. Mi vida está aquí, y ellos,mi hijo, tu hija, tienen razón. Deben emanciparse.

—Idealista como mi hija… a tu edad. Imagina la desconexión, si ahora casi no tenemos recursos para gente como ella, ¿luego qué?

—¡Pero es que acaso luego nos los iban a mandar? Mejor quedarse dignamente que…

—Por favor, no te pongas grandilocuente tú también.

—Calla, que vuelve a hablar

—Señorías, la votación ha finalizado. Votos a favor: 341. Votos en contra: 232. Abstenciones: 27. Queda aprobada la Declaración de Independencia Marciana.

Una ovación llena la sala

—Alea iacta est.

—Debería estar contento… como esa gente de la calle que se ve en el holograma…

—No lo estás porque sabes, en el fondo, qué va pasar. Estamos solos en el universo.

—Otra vez.

—No entiendo... ¿un chichón?

—Bueno, creo recordar que fue alguno más. Con esta gravedad, la cama no ejerce mucha fricción y ya habrá visto cómo son las habitaciones. Pusimos demasiado entusiasmo y la pared estaba cerca. A la mañana siguiente, descubrí que ponerse el casco de presión con varios chichones es bastante incómodo y mis amigas no pararon de hacer comentarios jocosos. Entonces me di cuenta de que ellas habían tenido el mismo problema y pensé que, en realidad, nunca había oído hablar sobre el sexo en baja gravedad. Busqué artículos y bibliografía en las bases de datos, pero salvo alguna vaga referencia de hace casi cien años a la primera ISS, no encontré prácticamente nada.

—Así que empezó a hablar sobre sexo con sus compañeras marcianas.

—¡Por favor, no utilice el término *marciano* cuando hable de una ciudad! Esto es Hellas Planitia somos Hellanos.

—Perdón, no sabía que...

—Disculpe la franqueza, pero en la Tierra hay muchas cosas que no se difunden, quizá por la distancia o porque no les parecen interesantes. Pero cuando hay sexo de por medio, el interés está garantizado, usted como periodista lo sabrá bien.

—Sin duda es así, su blog es el segundo más leído del planeta. Es una pena que el ancho de banda no permita su acceso desde la Tierra. ¿Por qué empezó a escribirlo?

—Al principio fueron conversaciones de *vestuario de mujeres*, compartimos experiencias y detalles que normalmente no se comentan en otros ambientes. Los turnos de trabajo suelen ser mixtos, pero unas semanas después estábamos sólo mujeres en un transporte a los talleres y una de mis amigas me preguntó con bastante sorna «si había tenido más chichones» y todas empezamos a reír y a hacer comentarios. Aquí hay muchos detalles de seguridad que tenemos tan interiorizados que no te das cuenta, por ejemplo, el canal de comunicación de los transportes siempre está abierto, así que escuchamos reír también al supervisor del turno de radio. Todas nos callamos de pronto avergonzadas, pero cuando dijo con sorna que él también había sufrido chichones alguna vez, nos reímos con tantas ganas que saltó la

alarma de CO_2. Entonces me di cuenta que sólo estaba escuchando la mitad de la historia y que los hombres también tenían mucho que contar.

—El tema me parece muy interesante, parece que Marte ha abierto un nuevo capítulo en cuanto al erotismo y a la sensualidad humana.

—Aquí no hay muchos entretenimientos, pero el sexo nos atrae a todos y estamos aquí para explorar, ¿no? Esta es otra faceta de la exploración y si yo no lo hubiera hecho, habría salido a la luz de una u otra manera. Aporto mi punto de vista sobre lo que experimento o lo que escucho, pero lo más interesante siempre son los comentarios. Algunos han generado debates muy acalorados, en todos los sentidos, dicho sea de paso.

—¿Alguna recomendación para una terrícola como yo, sin experiencia en baja gravedad?

—Pues... no pregunte por una chichonera en el centro comercial, o se estarán riendo de usted hasta el próximo milenio. Si se ve en, digamos, peligro, utilice la almohada.

Estamos solos

Asier Ibáñez

—Me temo que todos sabéis el motivo por el que estamos aquí reunidos —dijo Tom Gill, comandante de la colonia marciana, dirigiéndose al grupo de personas de la sala de conferencias subterránea.

El motivo era dar por confirmado lo que todos los miembros de la colonia sospechaban desde que, hacía más de ocho meses, habían perdido todo contacto con la Tierra. Al principio, muchos mantenían la esperanza de que fuera algún tipo de problema de comunicaciones, aunque resultaba muy difícil creer que los cinco satélites en órbita marciana hubieran podido fallar simultáneamente, y al mismo tiempo transmitir sin problemas a la colonia el torrente de datos habitual, mostrando que los instrumentos estaban en perfecto estado. Pero hoy, el día en que se cumplía un mes desde la fecha prevista de llegada de la siguiente nave de suministros sin que esta hubiera aparecido, todos tenían claro que algo catastrófico había ocurrido en la Tierra.

—Estoy de acuerdo en que no podemos ignorar los hechos, pero no debemos apresurarnos. Quizás deberíamos esperar un poco más y ver si restablecemos el contacto —dijo Ramón Bermúdez, oficial de enlace de United Space.

Bermúdez estaba visiblemente alterado, y no solo por el hecho de que la colonia estuviera aislada. United Space era la compañía que estaba al cargo de todo el esfuerzo e infraestructura de colonización, y su oficial de enlace tenía la última palabra a la hora de decidir quien ocupaba los asientos de las naves de suministros que, una vez vacías, se convertían en vehículos de retorno a la Tierra. Esto suponía que, en la práctica, Bermúdez tenía mucho más influencia en la colonia que el propio comandante. Pero, sin nave de retorno, ya sentía como el balance de poder se alejaba cada vez más de él.

—Me temo que no podemos permitirnos esperar más. Tenemos que ponernos en lo peor y empezar a tomar medidas —dijo Yang Bao, la jefa de agroalimentación—. Ya solo la ausencia de la nave de suministros supone activar el protocolo de racionamiento, y tenemos más de dos mil almas en esta colonia que tienen que ver que hacemos algo, o si no entrarán en pánico.

—Bien, todos tenemos claro que, de acuerdo a la última actualización de los tiempos del proyecto de colonización, estamos a aproximadamente tres años de ser autosuficientes. La pregunta ahora es, Sveta, si realmente no conseguimos restablecer el contacto, y no recibimos más suministros, ¿estamos muertos? —preguntó Tom girándose hacia la jefa de ingeniería.

—Bueno… —contestó la rusa tras pensarlo durante unos segundos—. Creo que todavía no. Como ha dicho Bao, tendremos que racionar bastante, rezar por que no se rompa absolutamente nada de la maquinaria, y conseguir que los prototipos de recicladores que hemos puesto en marcha funcionen todos a la primera. No tendríamos ningún margen de error, pero puede hacerse.

—Me alegra oír eso —dijo Tom mirándolos a todos—. Porque el plazo para ser autosuficientes pasa de ser tres años a ser de cero. A partir de ahora… estamos solos.

El dolor

Luis Miguel Pascual

Cuando desperté, después de quince soles conectada a unas máquinas que, según me dijeron, estaban enseñando a mi cuerpo a utilizar el sistema de soporte vital integrado, el dolor era casi insoportable. En unas semanas fueron desapareciendo la cicatriz y la hinchazón en las tomas insertadas en mi costado. Al fin, pude soportar sin analgésicos el dolor de las dos costillas que tuvieron que cortarme para poder sacar el pulmón derecho y meter el SSVI.

¿Lo ves?, me dijeron, lo peor no es el dolor, eso se puede controlar.

La aclimatación y el entrenamiento fueron duros, rodeada de niños nativos de ocho años tan altos como yo que hicieron en unos días lo que me costó más de un mes aprender y automatizar, entre la exasperación de los instructores. Ellos han nacido entre esclusas y protocolos de seguridad y nunca habían tenido que entrenar a alguien como yo.

Soy la mejor en mi trabajo. En realidad, soy única. Por eso he venido. A los ocho años ya estaba en la universidad, con quince tenía tres doctorados. Recibí el primer Nobel a los veintidós, y el segundo a los veintisiete. Con treinta, tuve claro que sólo trabajando con el nuevo equipo que se estaba construyendo en 2008-WH94 podría seguir avanzando. No se discute con un doble Nobel y estoy segura que el MIT pagó mi pasaje con alivio por deshacerse de alguien tan brillante como incómodo.

Acabamos de recibir el mensaje oficial de que al equipo de Gusev nos han concedido el Nobel. Soy la primera persona con tres Nobel y quieren que vaya a Estocolmo, pero eso ya es imposible para mí, como tampoco podrán ir los otros nativos premiados. Pero esa no es la única razón. La Tierra ya no es mi sitio. Hace años leí *El país de los enanos* del explorador francés Paul du Chaillu, que confirmó la existencia de los pigmeos en 1865, donde relata su aventura de gigante en aquellas tribus de bajitos. Lo que no cuenta es qué pensaron los pigmeos que fueron llevados a Francia para ser mostrados como curiosidad *científica*.

Trabajo en el mejor lugar posible, tengo todo el equipamiento y el dinero que necesito y una larga lista de peticiones para trabajar en mis proyectos. Y sigo estando sola.

Para los estándares terrestres siempre he sido bajita y poco agraciada. Con mi traje de presión a medida, entre nativos marcianos cuyo promedio de altura es más de dos metros y medio, mi cuello ya está acostumbrado a mirar hacia arriba y desde hace diez años percibo a mi alrededor las mismas caras que debieron ver aquellos pigmeos con traje y zapatos en el París del siglo XIX. Estaban equivocados, hay dolores que no se pueden controlar.

Miro a la negrura cuyo misterio ansío desentrañar y pienso que Marte tampoco es mi sitio.

Ocaso

Félix Moreno

Caminaba con dificultad por una pradera de cuerpos inertes. Aquí y allá ligeros movimientos, quizás producidos por la corriente, llamaban su atención, aunque decidió ignorarlos. Sin duda ya no había ningún peligro. Además, estaba demasiado débil para sentir miedo. Llevaba varios días sin encontrar alimento. Desesperado había intentado romper los duros caparazones de seres que se amontonaban a su alrededor, pero su boca no estaba hecha para morder. Miró hacia la superficie esperanzado. De alguna forma estaba decidido a continuar su ascenso. Había algo en su entorno que le hacía daño. Un dolor lento y constante que le arañaba todo cuerpo y no le dejaba descansar. Quizás allí arriba se sintiera mejor.

Todo había empezado tiempo atrás, cuando apareció aquel extraño frío. Una señal química se disparó a la vez en los de su especie. Tenían que irse de allí. En bloque caminaron hacia el lugar procedían las *sensaciones* más prometedoras. Sus camaradas del sur no secretaban sustancias de peligro, así que ese era el camino. Pero algo iba mal. El frío les ganaba terreno. Después llegó el dolor. Al principio una ligera molestia. Después, esa constancia insoportable. Ahora se encontraba allí. Caminando sobre los cadáveres de los seres de aquel mundo moribundo.

Por fin, encontró una zona más despejada. Llegaba a la orilla. El oleaje de la orilla, le bamboleaba sin piedad. Aun así, consiguió salir y caminar sobre la superficie húmeda. Su cuerpo, de repente, se había vuelto terriblemente pesado. No podía más que arrastrarse penosamente. Pero se desplazó, estoico, hasta un pequeño promontorio donde recibir por fin la cálida luz aquel pequeño sol. Puede que fuera la falta de nutrientes o el frío que no cesaba de atormentarle, pero por unos breves instantes se esbozó en su pequeña mente un pensamiento. Algo parecido a la melancólica recorrió su cerebro. Sintió la belleza de aquel irrepetible momento.

Miró al Sol que rozaba el horizonte. Lo miró hasta que sólo quedó un tenue resplandor detrás de las montañas. La vida se escurría de su cuerpo como también se escurría de aquel mundo. Las olas de aquel océano todavía seguirían rompiendo durante unos cuantos miles de años más, pero nadie habría allí para verlo.

. . .

Epílogo.

Ya era casi la hora de irse. Había muy poca luz, pero había que aprovechar todo el tiempo posible. Con decisión, empujó la piqueta para hacer palanca en la pequeña grieta y la roca se abrió por la mitad. A Anne Savir casi se le salió el corazón por la boca.

—¡Chicos… no os lo vais a creer! —gritó.

—¿Qué pasa Anne? —preguntó Koestler.

—¡Katama, Mirarov, Lope, Koestler, venid rápido joder! —espetó Savir con nerviosismo.

Los cuatro astronautas rodearon a su compañera y miraron asombrados el fragmento de roca.

El fósil parecía erguirse altivo hacia el ocaso. Instintivamente los cinco miraron la puesta de una oleada de emoción mezclada con melancolía volvía a aquel lugar casi 4000 millones de años después.

Marie

Ramón López

Iba a ser el primer humano nacido fuera del planeta Tierra. La expectación era tal, que prácticamente no se hablaba de otra cosa en todos los rincones del planeta, como también lo era en la colonia ya instaurada, desde hacía 13 años, en Marte. Iba a ser una niña, por cierto, la niña más famosa de la historia, y la primera Marciana conocida. Todo era parte de un experimento científico en conjunto de las agencias espaciales Europea, Norteamericana y China. Se quería probar qué efectos tenía en el desarrollo embrionario, las condiciones de vida de los astronautas en Marte. El experimento no estuvo exento de polémica en ningún momento, cientos de asociaciones por todo el mundo se posicionaron en contra y reclamaron que se suspendiera, y casi lo consiguen.

La exploración Marciana era ya un hecho. Se habían conseguido mandar personas, animales, plantas, maquinaria, materiales (sobretodo de construcción) y elementos necesarios para la vida en Marte. Se construyeron infraestructuras importantes para el desarrollo industrial. Desde que se encontró la forma de poder explotar los recursos del planeta todo fue más fácil, pero por el camino murieron muchas personas.

La colonia constaba de 370 personas repartidas en 5 hábitats y no separados entre sí de más de cincuenta km. Los hábitats no estaban faltos de detalle, tenían casas, zonas de ocio, laboratorios, dos hospitales, etc. Entre los humanos se encontraban científicos de todas las ramas, ingenieros, médicos y constructores.

Una mujer, Joanna, doctora en geología planetaria, fue la escogida, tras un proceso de selección muy exhaustivo, para ser la portadora, en su vientre, de la *Niña de Marte*, como ya era conocida por todos. El proceso fue por fecundación In Vitro y la identidad del hombre que donó el esperma era secreta.

El embarazo se convirtió en todo un espectáculo, fue retransmitido a la Tierra y millones de personas lo pudieron seguir casi en directo. Se le hicieron pruebas prácticamente a diario, controles completos y toda clase de tratamientos, nada podía salir mal. Conforme iban pasando los meses de gestación la expectación era cada vez mayor, la gente en la Tierra ya no se sorprendía si había habido algún nuevo descubrimiento en Marte, o si algún lanzamiento o aterrizaje de suministros y de personal había salido bien o mal. Pese a que se habían hecho muchos progresos sobre

la adaptación a la vida en Marte, todavía faltaban muchas cosas por hacer y no era en absoluto viable la vida fuera de los hábitats. Se estaba estudiando cómo aportar al planeta de una protección magnética permanente. Aunque el mayor reto seguía siendo el de cómo dotar a Marte de una atmósfera y un aire adecuado para la vida humana.

Quedaban dos días para el nacimiento de la niña. Estaba todo perfectamente programado, y desde el centro de seguimiento de la actividad solar de la Agencia Espacial China, se detectaba, gracias al satélite que tenían para ello, una llamarada solar de proporciones nunca registradas y que venía justo en dirección al planeta Tierra. Los efectos de la radiación se iban a notar en muy poco tiempo, así que todas las agencias espaciales se apresuraron a intentar salvar el máximo de satélites en órbita.

La tierra quedó incomunicada totalmente. Para cuando se pudieron restablecer las comunicaciones, ya todo fue demasiado tarde. Pero en Marte la niña nació perfectamente sana. La gente en la Tierra ya no se interesaba por Marie, que era el nombre de la niña, ahora el planeta se había sumido en un caos del que tardaría mucho tiempo en salir.

Una puerta abierta

Alfonso Abascal

Nuestros héroes, antes que ninguna otra cosa, son personas, como tú y como yo. Nuestros héroes no son tan solo coraje, nuestros astronautas también ríen, lloran, sueñan, enferman... nuestros héroes tienen familia, se enamoran, envejecen y se equivocan. Hemos de evitar despojar de humanidad a nuestros héroes, incluso a aquellos que pisaron Marte por primera vez.

. . .

Mark sonríe a sus compañeros, no quiere que le vean preocupado a pesar de que lo único que siente ahora mismo es agobio, calor, presión y el palpitar del corazón en sus sienes.

—No pierdas los nervios —piensa para sus adentros.

Levanta la mirada hacia el panel frontal. Una palabra brota de forma espontánea al ver la fotografía.

—Sarah.

Ver la imagen de su mujer es un bálsamo, prácticamente un acto reflejo que le permite recuperar la lucidez y mantener la compostura. Un escueto mensaje aparece en pantalla junto con la cuenta atrás:

«APERTURA DE PUERTA PRINCIPAL»

«02:00»

«01:59»

«01:58»

...

Mark cierra los ojos, respira hondo y aprieta los dientes.

—Céntrate Mark, céntrate, céntrate... piensa en Sarah...

. . .

Sarah estaba feliz y orgullosa. Desde que comenzó el programa para colonizar Marte su vida social se había vuelto de lo más interesante: acudía a todo tipo de eventos con su marido, les presentaban a gente importante, a gente famosa y podría acostumbrarse fácilmente a no pagar en los restaurantes. Incluso habían concedido algunas entrevistas. No era frivolidad, sino la novedad.

No ver a su marido durante meses era duro, aunque le avergonzaba saber que algunos días, abstraída en sus tareas y con sus nuevos amigos, no había pensado en él hasta la hora de dormir y hacer balance del día. Se sentía un poco culpable, conocía a Mark, su sentido del deber, su ternura y cómo torpemente intentaba quitar hierro a los posibles peligros de la misión para tranquilizarla.

El día había llegado. La emisión en directo desde Marte había comenzado hacía unas horas. Alrededor de Sarah todo era alboroto y ambiente de celebración, más incluso que el día del lanzamiento.

—No pasa nada Sarah —le susurró su amiga Denise— seguro que Mark está bien.

Todos comenzaron a arremolinarse alrededor suyo e iba haciéndose el silencio. Estaba nerviosa. Aunque para la historia hoy sería el día en el que el hombre pisaba Marte, para ella era algo mucho más personal.

. . .

El monitor indica el final de la cuenta atrás:

«5... 4... 3... 2... 1».

«APERTURA».

La puerta se abrió en un suave y silencioso movimiento. Una inefable luminosidad invadió la cápsula mientras delicadas motas de color canela, destellando a lomos de rayos de luz, se depositaron sobre la visera del casco. La devastada e inhóspita belleza del paisaje cortó su respiración y algo que solo puede definirse como éxtasis, arrebato o conexión espiritual con el cosmos, se apoderó de su ser. Las lágrimas rodaron por su rostro, en directo, para todo el mundo. Olvidó la frase, la frase para la

posteridad, y dio un paso al frente. Así es como Sarah, el primer ser humano, pisó Marte.

Un nuevo amanecer

Ramón López

Suena el despertador. Aunque realmente no hacía falta. Última noche en la Tierra y había transcurrido en vela. Al asomarse por la ventana podía observar, a 1 kilómetro de la costa, la plataforma de lanzamiento en medio del océano y sobre ella, en vertical, ya aguardaba el enorme cohete Arion V de PLDSpace. En su punta, la cápsula Magallanes los esperaban a él y a sus cinco compañeros para ser lanzados en pocas horas hacia la Estación de Tránsito Interplanetario (ETI) que orbita nuestro planeta imperturbablemente a cuatrocientos cincuenta kilómetros de altura.

Ahora, los seis astronautas se encuentran situados en el interior de la cápsula, mientras, por una de las ventanillas, pueden observar el centro de lanzamiento PEPD (Puerto Espacial Pedro Duque) ubicado al sur de Gran Canaria.

El lanzamiento se había producido con total normalidad y ocho minutos más tarde, ya en microgravedad, se aproximan a la ETI donde ya espera, atracado en su puerto correspondiente, el *Mars Transportation System One* (MTS1), sistema de transporte entre la Tierra y Marte que se encarga del viaje de personas y suministros entre ambos planetas. Según se aproxima la Magallanes, pueden observar como el BFR de SpaceX ya ocupa su lugar, así como la venerable *Federatsia* Rusa y la *Shenzou* III China.

Todo está preparado. A bordo de la MTS1 sus nuevos cincuenta tripulantes ultiman los preparativos y ponen proa hacia su nuevo destino. A los pocos minutos del desatraque y a una distancia segura, la enorme centrifugadora de la nave de forma toroidal se pone en marcha alrededor del eje central de la nave, recreando así la gravedad marciana. El viaje, de apenas cuatro meses, también servirá para habituarse a las nuevas condiciones de vida.

El trayecto transcurre sin contratiempos y Marte se hace cada vez más grande a través de las ventanillas de la nave. Hoy es el último día de viaje y la centrifugadora se ha detenido para garantizar la aproximación segura a Fobos, donde una enorme estructura en forma de brazo aguarda la llegada del navío interplanetario, es el puerto de atraque de la Base de tránsito, donde un BFR de SpaceX les aguarda para llevarlos suavemente a la superficie de Marte. Desde aquí, ya es visible la estructura con forma

de cúpula de la primera ciudad marciana situada en la región de Tharsis, entre los volcanes de Pavonis y Olimpus.

Ahora, comienzan el descenso desde Fobos hasta el espacio-puerto situado en las proximidades de NovaTerra, nombre de la primera ciudad extraterrestre fundada por la humanidad. El amartizaje retropropulsado es suave. Sin desprenderse de sus trajes presurizados comienzan el descenso a la superficie, es de noche, pero de repente, hacia el este, un brillo se abre paso, el Sol comienza a surgir tras el horizonte cubriendo todo con su luz, sus rayos atraviesan la cúpula de NovaTerra permitiendo ver por primera vez su interior a los nuevos marcianos, todo es distinto, pero a la vez todo es familiar. Comienzan una nueva vida. Es un nuevo amanecer.

Volver...

Juan Carlos Zabalgoitia

—No sé si será una buena idea —dijo Scott a Maine, con miedo a que la combinación de cables no fuera correcta.

Maine ni lo miró mientras seguía agachado concentrado en los cables. El sobrecalentamiento había dejado todo tan quemado que casi ni se podía distinguir el color de los cables. Era la última posibilidad y se lamentó por haberse quedado tres soles más a examinar esos estratos con la esperanza de, aunque sea a último momento, encontrar esos fósiles que estaba seguro estaban ahí esperando ser encontrados. La noticia sería espectacular pero ese tiempo extra el criogenizador se sobrecargó.

No levantó la mirada para ver a su compañero. Se acordó de sus hijos y de cómo los amaba desde ese mundo tan lejano. Una vez más, sacó voluntad y siguió actuando como autómata, tal como lo habían preparado en el duro entrenamiento para elegir a los mejores y convertirlos en verdaderas y eficientes máquinas para ir a su destino soñado.

Marte...

¿Pasar a la historia? Claro, pero los titulares ya le correspondieron a la *Discovery* diez años antes y tan sólo cinco después de la fecha que el excéntrico millonario Elliot Moore había fijado para poner por primera vez en la historia un hombre en Marte con su propia flota de naves espaciales. Después vendrían la Enterprise, la *Endeavour* y luego la Santa María, primera nave espacial en llevar un nombre español.

Ellos eran la quinta misión, ya casi ni salían en los medios y lo que hacían parecía no importarle a nadie en un mundo convulsionado que hacía rato le había dado la espalda al espacio. A pesar de su histórica aura mítica, Marte fue de a poco barriendo sueños e ilusiones para terminar imponiendo su aburrida realidad: el planeta rojo no era más que un polvoriento, lejano y peligroso desierto al que no valía la pena ir.

Maine dió por concluida la reparación y comenzaron los preparativos para el despegue. Ya no quedaba más nada por hacer y debían confiar en que todo funcionara. No había apoyo externo y todo lo debían hacerlo ellos. Después de interminables chequeos llegó el momento de la ignición. Los motores de la Percival

Lowell se encendieron y el empuje que sintieron a sus espaldas fue la confirmación de que estaban despegando. Una mezcla de emociones lo invadieron. No morirían en Marte. Alcanzó a ver por la ventanilla la curvatura del planeta rojo. Abajo se alejaba el que había sido su hogar por seis meses. Recordó el entusiasmo del día del amartizaje.

Pensó en que quizás sí estaba haciendo historia si su nave era quizás la última misión tripulada en visitar Marte. El entusiasmo inicial desapareció y corrían rumores de que la *Bradbury* sería cancelada.

A Maine ya poco le importaba todo eso, solo quería cerrar los ojos, relajarse y dejar que la computadora de navegación hiciera lo suyo. La Tierra los esperaba seis meses más adelante. Quedaba atrás todo ese loco sueño de Marte. Sólo anhelaba una cosa.

Volver...

Mbm

Alejandro B

Cuando la sonda Inanna se desacopló finalmente de aquella megaestructura comenzó la cuenta atrás. Habían sido treinta largos años de duros trabajos, investigación, y no menos costosas luchas sordas pugnando por conseguir financiación adicional para el proyecto. Cuando la comunidad científica presentó la idea al mundo, muchos lo vieron como un intento delirante de mantener vivo el sueño marciano tras el proyecto Eneas (el programa se canceló a la mitad, tras dos fracasos en el aterrizaje de naves tripuladas en Marte que acabaron con la vida de sendas tripulaciones). Sin embargo, las evidencias incontestables del agotamiento de los recursos en nuestro propio planeta, habían animado a la ONU a jugarse una carta más a la solución espacial: al fin y al cabo abrir la posibilidad de hacer habitable un mundo nuevo por apenas un 1.5% del PIB mundial parecía una verdadera bicoca…

Así, se constituyó el consorcio Pangea, con las ocho grandes agencias espaciales de los cinco continentes, que asumiría el reto de convertir en un éxito el proyecto MBM: *Mars Big Magnet*.

Por supuesto, la idea era crear un dipolo magnético que protegiera al planeta rojo de la radiación solar que estaba acabando con su ya de por sí ligerísima atmósfera. El objetivo era densificar la atmósfera marciana y facilitar de este modo la colonización del planeta y su terraformación (aun a pesar de las quejas de la Oficina de Protección Planetaria de la NASA).

En primer lugar se colocó en el punto de Lagrange L1 la sonda Inanna (bautizada en honor a la diosa mesopotámica de la guerra). Gracias a los avances en IA, Inanna dirigió los trabajos de montaje, realizados por cientos de pequeños drones espaciales que trabajaron perfectamente coordinados, como si de una colmena se tratara, y que consiguieron finalizar este gigantesco *Lego* de cobalto y níquel con solo unos meses de retraso con respecto a la previsión inicial. A continuación se instalaron medio millar de motores alimentados por placas solares de última generación, que permitieran corregir la posición del escudo cuando comenzara a desviarse.

Cuando Inanna por fin se desacopló comenzó la cuenta atrás. Poco importó el fracaso del MBM. O bueno, sí importó. Un fallo en los cálculos se tradujo en la deriva del gigantesco dipolo, que apenas duró seis meses en su posición original.

Ante la consternación mundial, el MBM se convirtió en la primera luna artificial de Marte, lo que produjo un pequeño cambio en el oscurecimiento del sol al paso del planeta que llamó la atención de los cosmosabios de Tau Ceti f, el quinto planeta del sistema Tau Ceti, en la constelación de la Ballena, situado a casi doce años luz de la Tierra.

El sonoro fracaso del proyecto MBM se convirtió así en uno de los más afortunados eventos de la historia de la Humanidad 25 años después, cuando fue detectada una extraña señal de radio proveniente de la Ballena.

Efectos colaterales del viaje a Marte

José Cascales Vázquez

—José Flores Pereira, embarque.

La IA autoriza mi acceso a la lanzadera.

Ensamblo el casco y se activan los suministros de oxígeno, líquidos y el control de temperatura.

—¡Despresurización!

La compuerta de acceso a la lanzadera se abre.

Me acoplo al asiento con arneses y los anclajes se iluminan con distintos colores. Acerco el color correspondiente a las cintas y se ajustan. La esclusa se cierra y el túnel se ilumina. En segundos, la lanzadera se detiene ante una burbuja transparente. Un brazo articulado atrapa mí cubículo para alojarlo en ella. El despegue desde la estación orbital lunar Alpha es suave, no como los de la Tierra.

Comienza mi primer viaje a Marte.

Mi misión: Ochenta soles para localizar la mejor ubicación de la edificación donde vivirán los primeros mineros y técnicos. Una estupenda aventura para un geotécnico como yo.

¡Estoy acojonado!

El arnés de sujeción para el despegue se libera. El resto evita los efectos de la ausencia de gravedad.

Recibo una inyección en mi brazo izquierdo. La *Sleepwell* penetra en mi corriente sanguínea. En unas horas dormiré durante parte del viaje. Desde mi visor, me conecto a la Red para visualizar el resumen sobre mi trabajo: «Viaje a Marte, preguntas frecuentes».

Descarto el archivo cerrando los ojos. Aparece mi escritorio. Mis ojos se mueven hasta la carpeta *MarsProject*.

Parpadeo. Se despliega el menú.

1. Introducción: Proyecto *MarsCity*.

2. Proyecto: Edificación. Blindaje antirradiación. Escudo electrostático desplegable.

3. Metodología: Procesamiento de datos.

4. Ensayos de Campo: Procedimientos.

5. Ensayos Laboratorio: Obtención parámetros según ubicación, *suelo-fundación*.

Voy directamente al punto tres. Parpadeo y el link se abre. Aburrido, me duermo.

El visor me informa: setenta y ocho días de viaje. Es una pena no tener compañía.

Los psicólogos no lo recomiendan en espacios pequeños y viajes largos.

No existe opción entretenimiento, la mayor parte del pasaje va dormida. Recibo alimentación intravenosa y la *Sleepwell*. Dispongo de unas horas hasta que me haga efecto. Desconecto el visor de la Red y rebusco en la mochila. Mi guante tropieza con el libro *Crónicas Marcianas*, regalo del bisabuelo. A pesar del tratamiento anti-fungicida y reforzamiento, el tiempo no perdona, algunas hojas están como roídas por un animalillo hambriento.

Nunca había leído un libro físico. El contacto debía ser aterciopelado y oloroso. Mis ojos repasan las rectas y curvas de las letras. Mis dedos se detienen y se deslizan entre las palabras asimilándolas.

Lo devoro.

«La tercera expedición». Inquietante. Cierro los ojos. Rememoro la historia.

«John Black, comanda la tercera expedición a Marte. Son recibidos por sus familiares muertos, en un ambientado pueblo norteamericano. Cada tripulante se marcha con su familia. John descubre el engaño, pero no puede evitar el asesinato de toda la tripulación. Al amanecer, dieciséis ataúdes son enterrados entre los llantos de todo el pueblo».

Abro los ojos. Oscuridad total. Palpo a mi alrededor… ¡madera!

Se oyen voces lejanas.

—Descanse en paz.

¡Soy uno de ellos! Mis gritos suenan ahogados…

Más voces.

—Amartizaje. Bienvenidos a Marte.

Terra é maris

Hugo Ramón Mayorga Barria

La civilización humana había logrado al fin la culminación de las naves circumplanetarias por razones muy contrapuestas; Terrae por la hostilidad reinante en el planeta azul y Maris por el principio de terraformación.

En ambas naves, la humanidad se acostó virtualizada y olvidó por un largo periodo el hecho, pasando los días sobre el mito del gran descenso.

Mientras la tenue atmósfera marciana se hacía más y más espesa a medida que miles de años pasaban, todas las generaciones de humanos se condenaron (salvo la última) a morir esperando a que un día Marte fuera habitable.

Cada dos años terrestres, se completan seis mil ciclos de la virtualización en un proceso completamente recursivo, coincidente con la transferencia masiva de datos de las computadoras planetarias-gravitacionales (PLAGravC), que actualiza ambas bases de datos de *realidad* al instante. Siempre siguiendo los estrictos protocolos para que la realidad se mantenga congruente para ambas LIFORealidades. En un solo instante, se traspasa la completa experiencia de las dos civilizaciones, generando miles de posibles nuevas vidas que procesar en la eterna espera. Los trascendentes nacen físicamente en la nave circumplanetaria de la madre y desde la concepción ya están virtualizados, completamente abstraídos de la primera capa de realidad. Las siete capas que dominan sus leyes naturales fueron ya sincronizadas, en la capa cero, los sempiternos robots se niegan a creer que mantienen a la humanidad para que su propia existencia tenga sentido.

La virtualización funciona con una cantidad limitada de humanos, y una cantidad en muchos órdenes de magnitud superior de personas simuladas. En este entorno las conciencias naturales al morir, son procesadas para su reciclaje. Una anciana moribunda, o un joven accidentalmente muerto se restaura, naciendo nuevamente como trascendente-virtual humano, con pataletas de impotencia, y vagos recuerdos, que le terminan por espantar la memoria. A medida que transcurre el tiempo, el nuevo cerebro queda listo y limpio para una nueva vida humana, siempre en la eterna espera.

Pese a la abrumante realidad, la vida de Yihlo era sencilla, el tiempo transcurría según su ritmo, para el lugar en donde estaba. La chica de toda su vida estaba ahí con

él, la familia avanzaba separada en el espacio, pero unida en un mismo tiempo. Líneas de nubes grises dominaban el cielo, y contrastaban entre ellas, pero… sin embargo, sentía una gran incomodidad, como si estuvieses obligado a leer literatura obscena y rebuscada o un mal corto, cosas que lo dejaban pensando un largo rato.

Yihlo no pudo imaginar el espacio interplanetario de otra forma si no como lo había hecho siempre. Sentía que estaba atravesando un guante elástico con fuerza inconmensurable y de distancia infinita. Le hacía sentir que estaba redimensionando en su cabeza el mismísimo poder del espacio-tiempo, esas mismas leyes gigantes y naturales que dominaron a la humanidad finitos años. Yihlo sentía dentro de si el cambio inercial, el anillo se estaba ajustando, sabía que había llegado el día, descenderían en Marte por fin, y de pronto, nada, solo en la simulación, trascendido. Todo se detu...

Vacío.

En el corazón de Marte

Pablo Méndez

Hacía casi dos semanas que el comandante Roberts y su tripulación habían salido de la base Boone, en la desembocadura de los Vallis Marineris, para inspeccionar los cañones centrales de este vasto complejo en busca de alguna prueba de vida o de agua. La tripulación, formada por seis geólogos, cuatro biólogos y dos astronautas muy experimentados, viajaba en cuatro grandes róveres, casi tan grandes como camiones.

En diez días habían recorrido todos los valles más orientales sin más contratiempos que tener que abandonar uno de los vehículos tras volcar al hundirse todo un lado en la arena al sur de los Nectaris Montes, lo que obligó a redistribuir la tripulación entre los que quedaban. Toda la tripulación, en especial Roberts, estuvieron bajos de ánimos hasta la mañana siguiente. Su siguiente paso era adentrarse en el más septentrional de los Coprates Chasma para llegar hasta Melas Chasma, en el centro de Vallis Marineris. En una jornada de conducción llegaron a la mitad del cañón, que estaba flanqueada por paredes de casi nueve kilómetros de altura. Cada día conducían unas cinco horas, y después aprovechaban el tiempo para recoger muestras o hacer algo de deporte para mantenerse en forma. También aprovechaban el poco tiempo simplemente para charlar en las zonas comunes con lo que las diferencias entre los integrantes de la expedición, que al principio eran casi insalvables, empezaban a no parecerlo tanto.

Al día siguiente, les tocaba llegar a Melas, pero dos horas después de empezar a conducir llegaron a lo que parecía la entrada de una enorme cueva y como nunca habían visto nada parecido en Marte, decidieron que sería una buena idea entrar a explorarla. Después de discutir en el salón de uno de los róveres largo y tendido cómo deberían proceder, la idea del doctor Tsuhei, un geólogo nipón, de salir a explorar la caverna a pie fue la que más apoyos consiguió. Así que él mismo, el comandante Roberts y Morgan, doctora en biología por Harvard, salieron del róver media hora después y se encaminaron a la abertura, que estaba a unos doscientos metros de distancia.

Según se iban acercando, se dieron cuenta de las verdaderas dimensiones de la gruta, tenía unos cincuenta metros de alto y era tan ancha que cuatro róveres en fila habrían podido aparcar fácilmente en el umbral.

Después de adentrarse en la cueva lo suficiente para llegar a una curva amplia hacia la derecha, se dieron cuenta de que el túnel, aunque ya no era tan ancho, seguía siendo bastante grande. Además, como el suelo era bastante homogéneo, volvieron a por uno de los róver para adentrarse con él hacia el corazón del planeta rojo. Después de una larga hora de lenta conducción en la oscuridad, llegaron a un recodo en el túnel, tan estrecho que el róver acabó con más de un arañazo rojizo. Al acabar de maniobrar encendieron de nuevo los potentes focos que llevaban e inmediatamente quedaron deslumbrados por el reflejo de un inmenso espejo de hielo.

Red-Magnet

Miguel Morata

Las estaciones subterráneas tenían un módulo central, más amplio que los demás, del que brotaban túneles que se extendían como los radios de una rueda y daban lugar a varios habitáculos. Sin embargo, en esta ocasión toda la población de las distintas estaciones se reunía en el ágora central, como si de una tormenta solar se tratase. Ésta estaba recubierta por una aleación de hierro y plomo, en lugar del cemento regolítico que usaban los demás módulos. Pero hoy no había sonado la sirena, hoy estaban ahí por otra razón.

Había llegado el gran día, todas las estaciones energéticas Alnilam, Alnitak, y Mintaka, situadas a las latitudes del ecuador y trópicos respectivamente, se preparaban para conectar los circuitos a sus centrales de fusión nuclear. Los colonos se encuentran absortos, observando sus brújulas, impacientes ante tal acontecimiento.

—Por fin podremos darles utilidad a estos cacharros del demonio —masculla Alan.

Mae les explicaba a sus alumnos entre lágrimas de emoción.

—El proyecto Red-Magnet de la Agencia Espacial de Planetas Unidos (UPSA) se inició hace muchos años, el incansable esfuerzo de los colonos y las muchas tuneladoras necesarias, proporcionadas desde la Tierra cada dos años, han logrado no solo conectar Marte longitudinalmente y sentar los cimientos para el Gran Ferrocarril Subterráneo. Los tres anillos subterráneos tienen una vía en construcción y un cable de alta tensión a cada lado, que una vez conectados proporcionarán a Marte un campo magnético que nos protegerá a nosotros y a la tenue atmósfera de la radiación.

La pantalla central se enciende y muestra un reloj en cuenta atrás, los centros de control de las demás estaciones y un mapa de todo el globo marciano con 16 leds situados uniformemente en cada línea de los trópicos y ecuador. La gente, expectante, mantiene fija la vista a la pantalla y empieza a contar:

—Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... Conexión.

Los pequeños ledes situados en el mapa central empiezan a iluminarse uno a uno y la gente grita de entusiasmo, rápidamente bajan su vista a las brújulas y… ¡¡¡todas apuntan en la misma dirección!!!

Valentina y Yuri anuncian desde la pantalla de televisión.

—Tenemos confirmación de la detección del campo magnético desde la estación en Valles Marineris, la estación en Gale y la estación en Meridiani Planum, así como de todos los satélites científicos. La misión ha sido todo un éxito.

Entre la multitud eufórica, Pedro se dirigió a Yang.

—Piénselo, Yang, después de esto podremos dejar atrás las estaciones subterráneas, ¿te das cuenta? Vivir en el exterior, sin tener que registrar continuamente los datos del Geiger cada vez que reparamos las células solares. Cuando el Gran Ferrocarril Subterráneo esté terminado, el comercio entre las distintas facciones empujará el desarrollo marciano y mejor aún, vía libre para la terraformación de Marte. Ya se barajan varios proyectos para derretir los polos. Hoy se ha hecho historia y podemos brindar por ello. Yang y Pedro alzan sus copas y brindan.

—Por el futuro de Marte.

Solos

Sergio de Mingo

Habían pasado más de cien horas sin contacto alguno con control misión y los nervios estaban empezando a pasarles factura. No había sido una semana fácil. Nada estaba siendo fácil desde que llegaron a Marte, pero los últimos días habían sido simplemente infernales. Las noticias que llegaban de la Tierra eran caóticas desde hacía semanas. Todas hablaban del incidente pero los filtros que control misión imponía a cualquier transmisión hacían imposible saber si estaban viendo el panorama real o solo un escenario preparado. En las imágenes se podían ver los atascos en las grandes ciudades, refugiados hacinados en campos improvisados, los movimientos de tropas y las explosiones desde los cazas de combate pero era imposible generar una idea clara de la situación con el confuso puzle que les entregaban. Eran conscientes de la gravedad de la situación desde hacía meses, incluso desde el momento del lanzamiento pero aquel *incidente* parecía haberlo cambiado todo. El incidente. Un término limpio, neutral y totalmente carente de significado. Así lo llamaron desde control creyendo que estando a doscientos millones de kilómetros de casa les gustaría escuchar algo así. Se equivocaron.

Reunidos en el comedor, los nueve integrantes de la misión Rapanui comían en silencio con la mirada baja. Todos contabilizaban las calorías con cada bocado de comida, era una práctica habitual desde que establecieron el régimen de control alimentario. Cansados y sucios habían estado doblando turnos de trabajo intentando arreglar el desaguisado en el invernadero provocado por el derrumbe de un lecho rocoso. A esa precaria situación se le unía la preocupación por el corte de las comunicaciones con control. Poco después del incidente les avisaron de que la situación era muy preocupante y que tenían que activar el nivel cero del protocolo de emergencias, el más crítico. Habían entrenado escenarios de corte prolongados en las comunicaciones, ese no era el problema. El contexto era lo que les abatía a todos. La cancelación de los dos últimos lanzamientos con los suministros que necesitaban les habían puesto en la senda de la preocupación meses atrás. Pero en las últimas horas todo había parecido desmoronarse. Alguien había tocado el último naipe y todo el castillo se había venido abajo. Habían hablado mucho del tema entre ellos los últimos meses y ahora todos rememoraban esas conversaciones en silencio. Su cordón umbilical con la Tierra era muy precario y tras el incidente tendrían que priorizar esfuerzos allí abajo. Los recursos, la energía y en definitiva el dinero tendría que

dirigirse a objetivos mucho más cercanos. Podrían olvidarse de ellos sin mucho esfuerzo. No sus familias, por supuesto, pero ¿qué les dirían? No les costaría mucho armar un relato: un incendio en el hábitat, quizás. Una despresurización. Otro derrumbe. Nueve ataúdes vacíos, nueve banderas, nueve medallas y fin del problema.

Y allí estaban ahora, en aquel silencioso comedor confusos y solos. Dolorosamente solos. Quizás para siempre.

Don-Kijote de Lamancha

Oriol Martínez

> Leyenda del Hombre Valiente. Versión restaurada.
>
> Párrafo 3. Orígenes: Versos.
>
> En un tiempo que no puedo recordar, pues era pasado y yo por nacer estaba, hubo un hombre que vivía de imaginar, encerrado en su morada.

El intento de terraformación y colonización de Marte acabó con la muerte de todos los colonos y toda esperanza de futuro para la humanidad. En una época de crisis existencial humana apareció Vida-Net. Una red informática universal, en su origen de comunicaciones, se transformó en una red de realidad virtual donde la gente experimentaba mediante conectores neuronales, una vida alternativa a la suya. Millones de personas conectadas simultáneamente disfrutaban de aventuras realistas o situaciones cotidianas ideales, donde la felicidad y las sensaciones estaban garantizadas y dentro de las cabinas, físicamente seguras.

La civilización humana cambió a medida que más personas y más tiempo pasaban dentro de Vida-Net. Se robotizaron las tareas físicas y el mismo sistema informático controlaba y cubría las necesidades básicas de los humanos conectados.

Los bebés finalmente fueron concebidos en cámaras de gestación con ADN combinado aleatoriamente. Eran conectados progresivamente a los servidores de Vida-Net que ejecutaban secuencias virtuales de pseudo-vida idílicas e indistinguibles de la realidad.

En un último intento para evitar la total deshumanización de la especie, los servidores se desconectaban temporalmente. Y de manera personalizada se daba una pauta a seguir; una tabla de ejercicios físicos, una comida masticada, comunicación oral a distancia y alguna forma de expresión artística. La agonía y desesperación que sentían las personas durante la desconexión, mentalmente ya fusionadas con el sistema, hizo inviable la medida. La humanidad había enfermado hasta un estado mentalmente catatónico.

Leyenda del Hombre Valiente. Versión restaurada.

Párrafos 103-106. Relatos de Madre: el Hombre Valiente.

El hombre encerrado vivía desconectado de un mundo en descomposición. Y había otros como él.

El hombre recluido no podía seguir viendo agonizar al ser en el sueño perpetuo de una realidad artificial y de decrepitud. Quería vivir la aventura de la libertad auténtica con todas sus consecuencias».

El hombre enclaustrado leía libros antiguos con historias de fantásticas naves viajando por el eterno vacío. De extraordinarios hombres y mujeres creando en lejanos mundos oasis donde solo había arena. Perecieron hace mucho pero dejaron tras de sí su legado. Y este evolucionó.

Y queriendo emular a sus héroes, el Hombre Valiente salió de su morada.

Epílogo.

No sé si será verdad o no, pero un Peregrino me contó una vez que hace mucho tiempo unas gentes partieron de la mítica Madre hacia un mundo que llamaron Lamancha, con un tal ingeniero Hidalgo Don-Kijote entre ellos. Y que este era el Hombre Valiente de la leyenda.

Yo vivo con mi familia en Lamancha. Trabajamos en granjas y pequeñas factorías. Los más pequeños se pasan el día jugando entre pastos verdes y polvo rojo mientras los mayores hacen sus quehaceres, que son muchos y no exentos de problemas. Porque cada día en Lamancha es un reto, una oportunidad, una nueva aventura y así debe seguir para siempre. Vale.

El primer colono

Daniel López del Valle

Después casi diez minutos igualando las presiones, al fin se enciende la luz verde que indica que podemos proceder a abrir la escotilla. Las horas transcurridas verificando los sistemas tras amartizar se han hecho eternas. Incluso más que los largos meses de viaje a gravedad cero en el espacio reducido –aunque no claustrofóbico– de la nave. Pero todo ha quedado atrás por fin y estoy a punto de ver y tocar Marte con mis propios ojos y manos, por supuesto a través de las protecciones del traje espacial.

Uno de mis compañeros de viaje se adelanta y procede a abrir la esclusa dejándome el camino libre. Por un momento la luz del día marciano casi me ciega, hasta que poco a poco, emocionado, comienzo a vislumbrar el paisaje rojizo que me espera afuera. Todos han insistido en que sea yo el que encabece el descenso hasta el nivel del suelo y sea el primero en pisarlo, y a decir verdad no he hecho ningún esfuerzo en llevarles la contraria. Tampoco es que sea este un momento histórico tan trascendental como la primera vez que un astronauta llegó a la superficie de Marte, hace largos años; y es verdad que desde entonces el polvo marciano ya ha sido hollado por muchos pares de botas en sucesivas expediciones. Incluso ahora, mientras mi escafandra se asoma torpemente a través de la escotilla, distingo ahí abajo a una pequeña comitiva que espera para conducirnos al asentamiento permanente que han estado construyendo para nosotros. Y sólo será el primero de los cientos que hay planificados para albergar a los pioneros que cada vez en mayor número vendrán a este planeta en los próximos años. Cierto que muchos de mis compañeros de viaje regresarán a casa en dos o cuatro años, aprovechando las sucesivas ventanas que ofrece la óptima alineación de los planetas; y los que tomen su relevo también acabarán probablemente por volver a casa una vez sus ansias de aventura se hayan visto colmadas. Pero yo no iré a casa en ninguno de esos viajes. Mi casa está aquí, lo ha estado desde aquel lejano día, allá en la Tierra, en que el gigantesco BFR surcó los cielos por primera vez en su venturoso viaje inaugural y supe de verdad que sí, que este sueño podía hacerse realidad, que Marte ya me estaba esperando, como una paciente Ítaca flotando allá arriba en el inmenso océano de las estrellas…

De pronto, una voz a mi lado me saca de mis ensoñaciones.

—Todo listo, señor Musk.

En un parpadeo vuelvo a cruzar los millones de kilómetros que separan Marte de la sala de control del Centro Espacial Kennedy donde me encuentro, rodeado ahora de rostros que esperan expectantes mis indicaciones. Suspiro y con voz temblorosa y corazón firme, doy la orden:

—Adelante con el lanzamiento.

Reinicio

Aitor Conde

El último amanecer vino acompañado de un lejano tremor, el cielo se iluminó y el suelo comenzó a temblar. Nunca supimos cuántos murieron aquél primer día, pero lo peor estaba por llegar, durante los siguientes días las cenizas lo cubrieron todo y nadie volvió a ver el Sol.

Tras un periodo de anarquía, la sociedad se fue reunificando con el objetivo común de salvar a la especie. No había lugar en el resto del Sistema Solar con una atmósfera adapta a nuestra especie, por ello concentramos nuestros recursos en la creación de inmensas cámaras de hibernación en nuestro propio planeta.

Nuestro interés se centró en el futuro del segundo planeta, el primero carecía de una atmósfera apreciable y el tercero parecía condenado a un eterno vulcanismo con suelo magmático debido a los tirones gravitatorios de su desproporcionada luna. Calculamos la cantidad de tiempo que necesitábamos pasar hibernados para maximizar la probabilidad de despertarnos en el momento en el que el segundo planeta se encontrase en una etapa geológica más estable, que permitiese tener una atmósfera todavía suficientemente densa y templada como para adaptarla a nuestra especie. Estábamos hablando de hibernar durante miles de millones de años, era nuestra última oportunidad...

Se creó un sistema de hibernación activo y autocontenido, generando energía con el calor del interior del planeta, protegido a una profundidad de 96 palmos y mantenido por centinelas robóticos que repararían periódicamente los tejidos biológicos de los centenares de millones de nuestros cuerpos inanimados.

¿Y si alguien nos encontraba antes de tiempo? ¿Y cómo evitar ser despertados por falsas alarmas? Pusimos problemas matemáticos en la entrada a cada una de las cámaras de hibernación que activarían el delicado proceso de reanimación, y por si acaso, cada uno de nosotros dormiría con un arma en la mano…

. . .

María era la ciudadana número 204 del planeta Marte, pertenecía a la segunda misión de colonos que llevaba ya 2 años en la superficie del planeta rojo. Se encontraba en esos momentos a cincuenta metros de profundidad colgada de un cable a pocos kilómetros del lugar de aterrizaje del róver Curiosity. Había pasado los últimos meses persiguiendo el origen de las trazas de metano que aparecían y desaparecían de la atmósfera marciana de forma regular cada 12 días. De repente, un gran estruendo seguido por una corriente de aire la hicieron balancearse, ya no estaba acostumbrada a oír sonidos que no proviniesen del interior de su escafandra. Los detectores de metano se habían saturado.

Estaba asustada.

Cuando llegó al suelo, se dio cuenta que había encontrado algo mucho más importante de lo que jamás hubiese soñado, el suelo era liso y no tenía ningún desperfecto ni marcas. Barrió la estancia con su linterna, se encontraba en el centro de una gran habitación rectangular. Estaba vacía salvo por doce círculos de colores en fila que se encontraban suspendidos en una de las paredes. Se acercó a uno de ellos y al tocar el relieve se dio cuenta de que lo podía mover…

Desconexión

Jesús Benavent

Los dos hombres vestían trajes de riguroso negro. La teniente Ekiñe Iruondo no iba de negro, pero llevaba un vestido largo gris, tan sombrío como su rostro. Los tres contrastaban fuertemente con el blanco, muy blanco, de la luz de los fluorescentes que inundaba la sala.

—Doctor Oliveira, la decisión ya está tomada. —La voz de Henry Rogers sonaba firme y poderosa.

—Señor Presidente, eso no es posible. No todavía —respondió el Doctor Paulo Oliveira.

—La decisión ya está tomada —volvió a repetir el Presidente Rogers, relajando un poco el tono esta vez.

—Con todos los respetos, pero el protocolo establece que hay que exponer los hechos y, posteriormente, proceder a la votación. La teniente Iruondo interrumpió:

—Di lo que quieras decir. No te privaremos de eso.

La teniente estaba nerviosa y, aunque pretendía aparentar normalidad, era evidente que no se sentía cómoda.

—Tres mil personas —continuó Oliveira aliviado —. ¡Tres mil almas en la colonia marciana! —y respiró profundamente—. Ya hemos retrasado hasta en cuatro ocasiones el lanzamiento del *MarsProvider* con los suministros que necesitan. Como ya saben, el proyecto *In-Mars* va con retraso. La colonia todavía no es capaz de mantener ninguno de los sistemas de abastecimiento autónomo y necesitan más tiempo. Un poco más de tiempo y podrán autoabastecerse. ¡Esa pobre gente se encuentra en una situación límite!

La ventana temporal para el lanzamiento finaliza en unos días y es la última oportunidad que tenemos para enviarles el torio, las pantallas anti-radiación, así como…

—Detente —espetó secamente Rogers recuperando la anterior firmeza. Se dirigió a Iruondo—. Por favor, teniente, informe al Doctor de la situación aquí.

—Gracias Henry —y conforme salían las palabras de su boca ya se estaba arrepintiendo de haber usado el nombre de pila del Presidente—. Señores. Nos encontramos en una situación crítica. El bloqueo comercial de las Naciones Limítrofes ha acabado casi con la totalidad de las reservas de torio de la coalición —bajó un poco la cabeza y fingió concentrarse en la lectura—. Sería una imprudencia enviar a Marte las existencias que tanta falta nos hacen ahora. El Bloque del Norte ya ha iniciado acciones hostiles en la frontera y se prevé que los Quince del Círculo ataquen por el este en los próximos días.

Necesitamos todos los recursos.

—¡Pero no podemos abandonar a tres mil personas a su suerte! —imploraba el Doctor.

Paulo Oliveira. Tenía la mirada perdida y parecía no entender nada.

—Doctor, nadie podía haber previsto esta guerra —la teniente se tomó un momento—. Maldita guerra… ¡Es caro! ¡Es demasiado caro! El coste de mantener la colonia en Marte es de…

—¡Basta ya! —el presidente Rogers parecía harto—. Todos conocemos las cifras. Todo mal. Ha salido todo mal. La colonia, la minería, el retorno científico… ¡Mal! Y ahora… la guerra —paró para tragar saliva—. Simplemente no podemos pagarlo. Mi voto va hacia la desconexión.

Oliveira negaba con la cabeza.

—Mi voto va en sentido contrario. La colonia debe mantenerse. Debemos enviar la nave cuanto antes —decía desesperado.

Las miradas de los dos hombres se dirigieron hacia Ekiñe.

—Siento profundamente esta situación, pero la colonia… es algo que no podemos pagar— concluyó ella.

El Doctor Oliveira se derrumbó sobre la silla. El presidente Rogers suspiró y solicitó que le trajeran papel oficial y el sello de la coalición. Mientras el Presidente firmaba la orden de desconexión completa Tierra-Marte, la teniente Iriondo, cansada y apática, no podía dejar de repetir para sí en voz baja:

—No podemos pagarlo… no podemos pagarlo… no podemos pagarlo...

Harmonía

Sulley Wazowsky

Harmonía miraba a través del cristal de su habitación como, en su vuelta al suelo, la primera etapa del cohete cruzaba la estela que había dejado a la ida en la tibia atmósfera. No era la primera vez que contemplaba este hecho, pero esta vez sí era un espectáculo especial para ella.

Harmonía era conocida como la *Primera Hija*, un criticado apodo que le otorgaron por ser la primera, y única, persona nacida en un planeta distinto a la Tierra. Aunque los humanos llevaban quince años extendiéndose por la árida Marte, nunca se aprobó la reproducción por los riesgos y complicaciones que conllevaba. Pero dicen que el amor supera barreras, y sus padres superaron las órdenes de los expertos.

Nacer en otro planeta contempla diversos factores de riesgo, como la gravedad. Allá es un 62% menor que en la Tierra, por lo cual el correcto desarrollo del embrión fue prioridad para los expertos. Adaptaron los barracones que servían de viviendas para crear unas condiciones lo más adecuadas posibles para el embrión. Pero los verdaderos problemas fueron apareciendo años más tarde.

Digamos que Harmonía era especial, en muchos sentidos. Lo eran su carácter y su personalidad.

Y, aunque entre ingenieros, técnicos, doctores y psicólogos había más de doscientas personas trabajando en las estaciones marcianas, al final nadie era capaz de comprender a Harmonía. Las video-lecciones que recibía desde la Tierra no eran suficientes para completar su desarrollo emocional y desde que detectaron esta carencia, todos los esfuerzos de la Coalición Internacional se dirigieron en este sentido. La *Extensión Humana*, como gustaba llamarlo a la Coalición, estaba saliendo demasiado cara y los éxitos se sucedían al ritmo que crecían las tensiones entre países. A esto se sumaba que la vida de Harmonía, se había convertido en una especie de *reality* en el que la mayoría de humanos proyectaba esperanza ante un futuro cada vez más polvoriento y complicado. Se barajó la posibilidad de enviar especialistas educativos para, en persona, tratar con Harmonía, pero se descartó porque ningún experto daba garantías de llegar a entender a Harmonía.

Cuando Harmonía alcanzó los 5 años de edad, la brecha entre ella y el resto de habitantes era el mayor escollo para su desarrollo. Los desesperados padres de

Harmonía eran una bióloga y un ingeniero mecánico incapaces de desentrañar los mundos interiores de Harmonía. No era la primera criatura de la historia criada entre adultos, pero si era la primera también nacida en otro planeta. «La soledad que siente Harmonía es real, incomprensible para nosotros, no hay nadie en el universo conocido en su misma situación». Eso teorizaban los expertos.

Harmonía seguía mirando hacia la ya casi difuminada estela. Las esperanzas depositadas en la vuelta de ese cohete llenaban su pequeño corazón y, aunque nadie se lo había dicho, ella sabía que contendría lo necesario para garantizar un segundo nacimiento en Marte. Y el fin de su soledad.

¿Por qué lo sabía? La evolución, amigos, a veces toma diversos e incomprensibles caminos.

Un recuerdo entre los escombros

Noel Buigues

No podía dejar de leer.

> «…y la atmósfera ha alcanzado los 400 milibares. Por fin podemos dejar de usar los trajes de presión. Con simples trajes calefactados y cascos y filtros de CO_2 bastará para caminar por la superficie…»

Sus ojos volaban por las páginas, extasiada.

> «…las plantas han arraigado, pero sigue faltando mucha agua… y oxígeno…»
>
> «…un par de siglos más…»

Pasó otra página más. Llevaba leyendo absorta toda la noche. Ya casi había acabado.

Tanta información…

> «¡Un golpe de suerte! Tenemos una posibilidad real de completar el proceso en menos de una década…»
>
> «…tiene 330 kilómetros de diámetro y viene directo del Oort. Su órbita lo acercará mucho tras rodear el Sol…»
>
> «…dentro de 6 años…»
>
> «…hielo de agua casi puro…»
>
> «…los robots acaban de partir para encontrarse con Poseidón-1 tras su paso por Júpiter…»

Tantos misterios revelados. Tanta historia olvidada.

¿Cómo era posible que todo se hubiese perdido?

La respuesta podía estar en aquellas últimas, raídas y frágiles páginas.

> «…autorreplicantes construyen cohetes criogénicos para alterar la órbita…»
>
> «…la temperatura ha subido dos kelvin en el último año. Vamos viento en popa…»
>
> «…cuando Poseidón-1 llegue dentro de dos años…»

«…millones de kilómetros cúbicos de agua, vapor y oxígeno. Es la pieza definitiva del proceso…»

«…más agua que la Tierra…»

Una vez más aparecía ese nombre desconocido para todos. El mundo original, según aquel antiguo texto perdido. Un planeta moribundo del que sus ancestros huyeron hace siglos.

«…las maniobras previas han sido satisfactorias. La inserción orbital será tal y como se ha programado…»

«…estallido sónico de hiperfrecuencia, en el corazón de la masa de hielo…»

«…licuar instantáneamente en la atmósfera superior…»

«…mar de Hellas…»

«…polvo de hielo en expansión por todo el planeta…»

«…sublimación y precipitación. Las escorrentías llevarán el agua…»

«… la temperatura media hasta los 280 kelvin…»

«…y de ahí el llenado completo del Norte… el Océano Boreal…»

¿El Gran Océano Norte? ¿Así había nacido?

«…está en rumbo de colisión, tal y como hemos calculado…»

«…aerofrenado, y dos minutos después la gigantesca explosión hipersónica que atomizará el hielo…»

«…lo veo. Es hermoso. Una gigantesca estela de fuego que cruza de horizonte a horizonte. Se dirige justo hacia Hellas. Su forma de cuenco colosal contendrá la onda de choque de la masa de agua…»

«…la explosión sónica ha de producirse justo ahora…»

Unos garabatos incomprensibles y las tres últimas frases, escritas evidentemente a toda prisa.

«…el cometa no se ha licuado…»

«…impacto catastrófico».

«¿Qué ha salido mal?»

Allí acababa aquel arrebatador diario que había encontrado entre los huesos y los escombros del viejo túnel, a 2500 kilómetros al sur del Mar de Hellas. Enterrado durante cinco siglos. Olvidado, al igual que la historia que contenía. Allí empezaba una nueva era para su gente. Ahora sabían a ciencia cierta de dónde venían, cómo habían llegado allí y la increíble hazaña de sus antepasados. Se acabó la mitología y el misterio. Ahora lo sabía todo. Ya sabía quiénes eran.

Ya conocía la verdad del inicio de la vida en Marte.

Proyecto Noloc

Ignacio Fernández

La existencia, desde el inicio de la Gran Guerra Interplanetaria, es una absurda y desesperada competición por el macabro, a la vez que épico honor de ser el último hombre con vida sobre la Tierra. Es el más atávico instinto de supervivencia el que nos gobierna desde entonces. La extinción ya no es una probabilidad, sino una aplastante e inminente certeza.

Todo comenzó con la puesta en marcha del Proyecto Noloc. Se trataba de adaptar el medio marciano para implantar una comunidad humana permanente. Al principio, una coalición formada por las potencias hegemónicas, la Liga de Sísifo, envió a los Robots.

Su misión fue establecer las condiciones básicas de habitabilidad en la burbuja-invernadero que serviría a posteriori de Campo Base a los primeros seres humanos en el altiplano de Tharsis; los Padres Fundadores. Ellos desarrollaron el Primer Plan de Expansión Humana creando núcleos de población en Secchi y en las planicies de Acidalia, Hellas e Isidis. El crecimiento de la colonia aumentó enseguida de forma exponencial. Los Robots se encargaron —aún lo hacen— de materializar las ecuaciones. La mano de obra hacía ya mucho que había dejado de ser cosa de humanos.

En aquellos alienantes años, el 90% de la población en la Tierra éramos soldados. Pugnábamos incesantemente contra hombres y máquinas por los escasos recursos que quedaban. La sociedad ya se había diluido en la masa viscosa de sangre y metales líquidos, producto de las guerras entre naciones. El 10% restante no guerreaba. Era la élite destinada a mantener el Status Quo.

El éxito del Proyecto Noloc supuso una esperanza para todos: construir un Nuevo Mundo para la humanidad dejando atrás la maltrecha y esquilmada Tierra (abismales diferencias sociales y económicas, conflictos armados, aire envenenado, tierras baldías…). Desde entonces, a Marte le llamamos el Planeta Prometido.

Ante el deseo masivo de mudarnos, estaba el estricto control demográfico que regía la colonia marciana. Al principio de la Guerra el 67% de la población marciana ya era nativa. Está Nueva Aristocracia pronto lideró el Movimiento de Emancipación. Aquellos colonos que mantenían lazos comerciales con la Tierra, o sentían

condescendiente compasión hacia los terrícolas fueron purgados: enviarlos de regreso a este planeta ya no tan azul era el castigo.

Fue a raíz de las primeras revueltas cuando el armamento nuclear salió a la palestra. Desde entonces la selección natural se fue encargando de los menos resistentes a la radiación. Los demás, entre quienes me cuento, habitamos un entorno inundado por las partículas tóxicas que la Guerra nos legó.

Los supervivientes de la minoría dominante, dueños del capital, abandonaron la Tierra antes del Gran Holocausto Nuclear desde las lanzaderas de la Coalición en los últimos transbordadores Moses.

Los restos de nuestra sociedad pronto fueron destruidos por la civilización que un día alumbramos. Ahora nos contemplan como nosotros contemplábamos con soberbia indiferencia los huesos desnudos de nuestros ancestros en museos y facultades que hoy forman parte de la nube radioactiva que nos separa de la luz del Sol.

A un espacio

Fran Grela

A veces nos preguntamos qué habría pasado de haber tomado una decisión diferente en esa o aquella ocasión. Timor se lo preguntaba cada día. Cada día de los tres últimos años. ¿Me habré equivocado?, ¿Y si hubiese elegido la otra opción?

Timor era un chico de pueblo. Tan de pueblo que para acudir a la escuela tenía que llevarlo su padre en coche. El transporte escolar no llegaba a la montaña. Pero sí llegaba la luz de las estrellas. Puntitos blanco azulados que cada noche le sonreían desde el firmamento.

—Algún día iré a Marte, papá.

—Vale, pero ahora vete para la cama, que mañana hay cole.

Hubo cole, y después instituto, y después una beca que lo sacó de la montaña y lo llevó a la facultad, y después a otra montaña. El observatorio lo acercó un poquito más a Marte. Y cada verano la misma pregunta. ¿Qué? ¿Y no piensas darnos nietos? Qué más quisiera Timor, las chicas no eran su fuerte. Y llegaron las publicaciones y la alopecia prematura. Y, ¡oh, sorpresa! Una novia que lo dejó por un físico de partículas. Por su físico, le dijo. No le importó. Timor ya sospechaba que ella vivía en su micromundo. Y siguió observando, y publicando, y cada verano la misma pregunta. Y un día apareció aquel millonario loco y se lo llevó a Estados Unidos, lejos de las dos montañas que amaba y un poco más cerca de su amor.

A Venus no la esperaba. No era muy guapa ni muy alta. O quizás sí lo fuese, eso es subjetivo. Pero sí era brillante, muy brillante, la que más. En eso no había debate. Y comenzaron a trabajar. Juntos eran dos entre muchos, con un mismo y distinto objetivo.

Él quería ir a Marte y ella enviarlo. Un sin sentido. ¿Qué haces? No, no me beses. ¿Qué hacemos?, es casi incestuoso. ¿Estamos locos? La respuesta en su pasado y la incógnita en sus manos.

Pero siguieron trabajando, cada día en la misión y cada noche en el... No, no, ambos tenían demasiado brillo para limitarse a eso. Eran amantes de lo macro. Y las respuestas fueron llegando y las preguntas perdiendo sentido.

Timor fue pasando etapas, y cribas, y un verano llevó a Venus a sus montañas, y en la primera no le preguntaron nada y en la segunda se lo preguntaron todo. Y volvieron a trabajar hasta el día en que el millonario loco le dijo:

—Ahora sólo depende de ti.

Esa noche Timor se dio cuenta de que entre a Marte y amarte, sólo hay un espacio. Un espacio medio de 225 millones de kilómetros.

A veces nos preguntamos qué habría pasado de haber tomado una decisión diferente. Tres años haciéndose la misma pregunta. Cada día.

Timor se giró, y al mirar por la ventana vio a su amor. Sonrió, y nunca volvió a preguntarse si había tomado la decisión correcta.

El tributo a Bolden

Fran Grela

Nicola detuvo el Tesla frente al parque, y el niño salió corriendo del coche con una evidente excitación.

— ¡Dylan! ¿Te has inoculado?

— ¡Jo, papá, ya te dije que sí!

Nadie dijo que ser padre fuera fácil, y menos en Marte.

—¿Cuándo voy a dejar de *inularme*?

—Cuando dejes de crecer. Entonces ya podremos I-NO-CU-larte respirocitos permanentes.

Dylan, molesto por la corrección y no muy conforme con la respuesta, asintió en silencio.

Caminaron durante varios minutos por un sendero. El basalto olivínico y los cetrinos líquenes pajizos de las rocas circundantes dotaban al entorno de cierto aspecto artificial. Nicola y su hijo detuvieron sus pasos al pie de una roca que destacaba en el centro de una gran planicie un tronco piramidal irregular con un rectángulo pulido sobre uno de sus apotemas, y donde podía leer un texto en español.

Dylan, deslizó sus pequeños dedos por las letras.

—¿Qué es esto?

Nicola, sintiendo cierto embarazo, tardó unos segundos en contestar.

—Eh… veamos, aquí es donde el ser humano pisó por primera vez este planeta, y al parecer ésas son las palabras que dijo en aquel instante.

En los siete minutos que duró el amartizaje, la comandante Bowman aprovechó para repasar su breve y trascendental *speech*; unas palabras que pasarían a la posteridad como «El tributo a Bolden» y cuya redacción había significado un reto en consonancia con el viaje.

Tratándose de un proyecto planetario, las supuestas voces autorizadas se multiplicaron; todos querían la exclusividad de las *sagradas palabras*; tan sagradas que incluso el Papa de Roma recomendó una cita de San Agustín, lo que provocó que

imanes, pujaris, rabinos, bonzos y una larga serie de líderes religiosos, cada cual más absurdo, tampoco dudasen a la hora de apuntarse a la nueva cruzada. Manifestaciones y disturbios inundaron el mundo hasta que la masacre causada por un francotirador en el Principado de Mónaco puso fin a la sinrazón. Templados los nervios, se optó por la única solución posible: «que el comandante diga lo que le venga en gana».

Cristina Bowman Carnota fue la escogida para tal privilegio. Su madre, además de gallega, era una de las ingenieras de PLD Space; empresa española afincada en los Estados Unidos y seleccionada para diseñar los retro-propulsores Arion del módulo de amartizaje. Respecto a su padre, basta decir que era un físico norteamericano que tuvo la fortuna de apellidarse Bowman.

Cristina se preparó para la EVA. Igualada la presión y abierta la esclusa, afrontó el primer escalón. Iba a dibujar la primera huella Marte, pero siendo la vida tan impredecible, la comandante Bowman dio un resbalón y fue la huella de su trasero el que quedó marcado para siempre en el regolito marciano.

—¿Papá… y qué es lo que pone?

Nicola pronunció con marcado acento napolitano:

—¡Coño, que me mato!

—¿Y eso qué quiere decir?

—No lo sé, hijo, no lo sé.

Él estaba mintiendo, pero en fin, nadie dijo que ser padre fuera fácil, y menos en Marte.

Curiosidad Roja

Jorge Sobradelo Silva

Sentado frente al comandante Anthony Wilson se encontraba el doctor en astrofísica Enrique Martínez, sudando y visiblemente nervioso. Acababa de quitarse su traje de exploración, y aún estaba afectado por los sucesos que acababan de ocurrir en el exterior del planeta rojo, hacía unos minutos.

La mirada pensativa del comandante se turnaba entre el astrofísico y su ordenador personal, el cual le estaba mostrando una transmisión en directo que recibía desde un dron de exploración que sobrevolaba Melas Chasma, la zona del Valles Marineris en la cual se encontraban, sentados dentro de módulo de salvamento marciano.

—Hágame un resumen de lo que ha pasado, Dr. Martínez —exigió el comandante.

Enrique le habló sin mirarle, con los ojos fijos en el suelo.

—Estábamos… estábamos tomando unas muestras…

—¿Quiénes estaban? —le interrumpió.

—Esto… la astrogeóloga, la Dra. Irina Vólkov, y también el Dr. Alan Girard, el exobiólogo.

—Así que estaba usted, la Dra. Vólkov y el Dr. Girard. Y concretamente estaban aquí, ¿cierto? —le preguntó mientras giraba el ordenador.

Enrique levantó la vista y miró la pantalla, su rostro se puso pálido.

—Comandante —dijo con un hilo de voz— sé… sé que no teníamos permiso para venir… pero la Dra. Irina tenía una corazonada, y… la acompañamos para tomar unas muestras. Jamás habría imaginado que…

—Dr. Martínez —le cortó—, eso ya no importa. Ahora dígame, ¿qué sucedió exactamente?

Enrique bajo de nuevo la mirada.

—Lo último que recuerdo… es que yo… me había alejado unos metros de ellos, y al girarme pude ver que la Dra. Irina estaba agachada, y que el Dr. Girard estaba de pie a su lado. De pronto y sin aviso el suelo empezó a temblar y… y…

—¿Y qué sucedió? — quiso saber el comandante.

—Pues que… ¡desaparecieron! ¡Un enorme agujero se abrió debajo de ellos y se los tragó! —dijo, con la cara descompuesta—. Me salvé por un par de metros.

El comandante miraba las imágenes que el dron le mostraba: una oquedad redonda, de unos 20 metros de diámetro, por donde habían desaparecido los dos astronautas. No se apreciaba lo que había en el interior, solamente los primeros metros de los bordes, y luego oscuridad.

—Bien, era todo lo que necesitaba saber —dijo el comandante mientras se levantaba y empezaba a vestirse su traje espacial. Enrique lo miraba, perplejo.

—¿Pero a dónde va? —preguntó—.

—A rescatar a sus compañeros, por supuesto —respondió, decidió—. Y usted vendrá conmigo, vuelva a ponerse su traje.

Enrique lo miraba, sin comprender. El comandante lo miró, serio, y le dijo:

—Es posible que usted no escuchase las últimas palabras que se grabaron desde la radio de la Dra. Vólkov, pero en la base sí que las recibimos —afirmó—.

—¿Y qué dijo? ¿Irina y Girard aún viven? —preguntó sorprendido.

—La transmisión de la Dra. Vólkov se cortó enseguida, pero sus últimas palabras fueron muy claras: «Está lleno de agua».

Relato

Germán Novoa

Dirigí la vista hacia el fondo de lo que era un cráter de impacto, paseando lentamente la mirada por la acumulación de derrubios y rocas que lo llenaba.

Respiraba despacio, casi paladeando el oxígeno con regusto a metal que llenaba la escafandra, apenas percibiendo el arrullo monótono del ventilador tras la nuca, tratando de no recordar lo que le pasó a Snob cuando le falló el filtro L.J. de su traje, durante la exploración en solitario de un túnel en Sinai planum.

Pobre Snob, siempre lograba arrancarme una sonrisa con su falso acento británico. Parece mentira que ya haya pasado casi un año de aquello…

—El tiempo vuela en Marte… si te aburres, tendremos que deportarte —solía decir tras una extenuante jornada de trabajo en el tubo de lava que acogerá a la próxima ampliación de la población de Villa Margarita.

Volví a centrar la atención en el fondo del cráter, a unos veinte metros de distancia desde aquella precaria atalaya de roca máfica. Parte de las rocas aparentaban ser también basálticas, oscuras con reflejos cristalinos, pero había grandes acumulaciones de mineral que semejaba sílice opalina y yeso, entre la sempiterna arena herrumbrosa. ¿Quién demonios podría encontrar hielo entre tanto brillo y tonos blanquecinos a simple vista, con el sol en el cénit, si no era en grandes cantidades? Allí no aparentaba haber hielo a simple vista, y no contaba con ningún equipo portátil de detección de O_2. El jefe pensaba que el hecho de contar con los datos del *Gas Orbit Tracer* en órbita era mas que suficiente, y un par de hectáreas de cráter a explorar, sobre el papel, no parecían gran cosa. Malditas prisas.

Suspiré, comprobé la hora y los datos del catalizador de CO_2-O_2, el reciclado de N_2 y la carga de la batería. Disponía de 20 horas de autonomía antes de tener que volver al róver. Pero no podía quedarme allí embobada, contemplando el paisaje como si fuese una turista en la órbita de la Tierra. La comunidad necesitaba agua, y al margen de ello, había muchas otras tareas que requerían mis servicios. Demasiadas como para pararse a disfrutar del cosquilleo de formar parte del germen de la primera población permanente en Marte.

Amplifiqué la vista sobre el visor, tratando de distinguir alguna acumulación de hielo en la sombra de las rocas oscuras sobre el fondo de arena rojiza. No pude

apreciar nada llamativo en las proximidades, salvo algunos aforamientos de olivino que daban una vivificante nota de color.

No quedaba otro remedio… dibujé un patrón de cuadrícula sobre el mapeo del cráter en la tableta, y me dispuse a explorarlo a pie. Lancé un último vistazo al solitario róver (de algún modo parecía incongruente en aquel paraje desolado, cuajado de crestas de aluvión y cercado por acantilados en la distancia) y comencé a descender con cuidado hacia el fondo de aquel cráter, quizá antiguo, quizá reciente.

Si no encontraba hielo, quizá encontrase diamantes, quién sabe.

Podrían servir para algo. Ya pensaría en ello.

La sorpresa de Marte

Alejandro V. G.

El 2 de junio de 2072 el mundo fue sacudido por una noticia que nadie esperaba. La vieja *Mars Lander Mission 5* (MLM 5), tras 12 años de misión había detectado microorganismos vivos en una roca semienterrada en un glaciar de Hellas Planitia. En Marte también había vida, la Tierra no estaba sola.

Tras un primer momento de incredulidad, la comunidad científica decidió organizarse mediante el Consejo de Exploración Marciana de la ONU. La primera medida acordada fue tratar de repetir esta prueba. Para ello emplearían la tripulación de la *Mars Mankind Base 2 (MMB 2)* creada por la NASA, la ESA y la JAXA para que recogiera muestras del lugar del descubrimiento.

Tras 6 días de viaje, el piloto y el ingeniero de vuelo retornaron con unas muestras del borde del cráter, el *Multi-Purpose Mars Vehicle (MPMV)* fue incapaz de descender sus pronunciadas laderas. La espera de nuevos resultados fue insoportable en la Tierra, y tras 10 días, llegó el día en el que la MMB 2 comunicaría sus resultados, cuando se inició el video del comandante, los presentes contenían la respiración. Y… llegó la confirmación, habían detectado microorganismos y estaban aún vivos. La audiencia estalló fuera de sí, nadie se esperaba encontrar una evidencia de vida en la superficie marciana. La presencia de agua había dado esperanzas, pero todos los estudios y análisis habían fallado, hasta ahora.

Nadie en el consejo supo dar una respuesta a este descubrimiento, puesto que se había limitado las posibilidades de la vida a unas latitudes muy concretas, de las que Hellas Planitia quedaba fuera, incluso se habían mofado de la Agencia Espacial India por enviar una misión a este cráter sin interés, algunos glaciares rodeados de escarpadas laderas del que era imposible salir. Fue una cura de humildad para el resto.

El consejo inició una campaña de búsqueda de otros puntos con vida, empleando los recursos de sus miembros. Cada róver y sonda se movilizó para buscar vida en las proximidades de Hellas Planitia e ir ampliando el radio de búsqueda. Los resultados fueron llegando progresivamente y algunos de ellos eran positivos, poco a poco fueron trazando un mapa de las zonas en las que se estaba encontrando vida.

Conforme el radio se ampliaba comenzaron a encontrar un patrón, parecía que la vida se centraba en una franja hacia el noroeste. La expectación crecía.

Por sorpresa, el consejo convocó una reunión, sus miembros acudieron expectantes, esperando nuevos descubrimientos. Ante ellos apareció el presidente del consejo con los resultados de los análisis de las muestras enviadas por la MMB2 a la Tierra, visiblemente cansado y malhumorado, abrió la sesión con palabras atronadoras

— No existe vida marciana.

La sala se llenó de caras de incredulidad, habían visto los datos y no mentían, ¡había vida! El presidente continuó.

—La vida encontrada se corresponde con tardígrados provenientes del impacto del aterrizador Schiapparelli.

Todas las miradas apuntaron al representante de la ESA, quien, manteniendo la mirada baja, maldecía entre dientes al Schiapparelli.

Rojo, Verde... Azul

Pedro Pablo Navarro

Entre los actos programados para el 2º Centenario de la finalización del proyecto FECOM (Federación de Empresas para la Colonización de Marte), se encuentra la conferencia de Carmen Oca, 57ª presidenta de las Colonias Confederadas (CC.CC.), que en el auditorium Olimpo iba a recordar nuestros orígenes desde los llamados *Acontecimientos del XXI*.

Ese día me dirigí al auditorium en calidad de periodista, para cubrir tal evento.

La escuela Tycho Brahe, en la colonia de Syrtis Major y la universidad Marciana de Schiaparelli, a las que asistí en mi juventud, me enseñaron todo lo que necesitaba, pero jamás me interesé por la Historia Antigua, la que nos hablaba de la Tierra, ese planeta rojo, antes azul, del cual procedemos. Pero esta vez sí, puse mucha atención a lo que narraba la Presidenta y fui consciente del enorme sacrifico que hicieron los habitantes de la Tierra, los que quedaron y los que marcharon, los que murieron y los que sobrevivieron.

Mi crónica para el periódico, después de confeccionar un breve resumen, fue la siguiente:

> «No estamos solos ni nunca lo hemos estado, ni cuando en 2040 el deterioro de la atmósfera de la Tierra hizo irreversible la muerte del planeta, ni en los 30 años siguientes cuando se aceleró a una velocidad de vértigo, la tecnología necesaria para lanzar, llegar e instalar a los primeros colonos marcianos, ni cuando quedaron estos aislados tras la catástrofe sufrida por la flota estelar en su intento desesperado por salir del planeta con los últimos elegidos. Tampoco estuvimos solos cuando tras 70 años de esfuerzo se consiguió, por fin, lo que llamamos semiterraformación de Marte. Sí, lo conseguimos, pero solo a medias. Logramos transformar el planeta rojo en planeta verde, desarrollando una tecno-agricultura extrema, pero no natural, que consiguió una atmósfera lo más parecida a la que necesita el ser humano y a la vez, atenuar los rayos de este Sol ardiente. ¿Y qué decir del campo magnético artificial creado a partir de la mega-estructura con los dos anillos que circundan el ecuador y los polos? Sin estos, la atmósfera

> ya habría desaparecido. No, no estamos solos ni nunca lo hemos estado, nos ha acompañado en todo momento lo que llamamos por aquí La Suerte Celestial, de la cual cada uno tiene su interpretación».

Salgo del periódico al acabar la jornada y contemplo mi planeta, pienso en cómo habría sido vivir en la Tierra, ese planeta, ahora rojo, que no solo el hombre ayudó a destruir, sino que fue presa de una actividad solar inusual que arrancó la ya maltratada atmósfera en pocos años. También me pregunto cuándo lograremos que en Marte haya agua en cantidades planetarias, a partir de hidrógeno y oxígeno, para rellenar el lecho de los mares y océanos, ahora casi secos.

En poco más de 200 años hemos conseguido mucho, pero aún nos queda un largo trecho. Quisiéramos que seres inteligentes mirasen desde otra galaxia y dijesen: «En ese sistema estelar, su cuarto planeta es azul y está en la zona de aguabilidad. ¡Ahí puede haber vida!»

Cuando todos duermen

Tomás Braña Sánchez

También la oscuridad era roja, las pupilas dilatadas rebosaban óxido de hierro. Y era imposible, la visión escotópica no permitía captar esa parte del espectro. El silencio se había posado al fin en la estación, interrumpido únicamente por respiraciones pausadas y el drone continuo de los ventiladores. Nada más.

Se sentía ligera aunque no movía ni un músculo. Podía sentir a su alrededor una calma contenida, y notar una centena de cerebros repasando imágenes inéditas, unos en sueños y otros en vigilia. En silencio. Nunca antes había sido tan cierto que el día había sido largo, más de media hora que los que había vivido en tierra firme hasta entonces.

Cuando solo era una niña también compartía habitación, con sus tres hermanos. Le gustaba cerrar los ojos y esperar a que todos se durmieran para volver a abrirlos. Soñaba despierta con estar en sitios lejanos, imaginar cómo serían otros mundos, ver el color de otros cielos.

—¿Serán todos azules? Espero que no.

Su mente acababa recurrentemente en Marte, ese Marte que salía en los libros que había descubierto en la estantería más alta de su casa. Inalcanzable, misterioso. Todo un planeta para ella sola donde podía hacer todo lo que quisiera. Caminaba durante horas por las faldas del Monte Olimpo, inspeccionando pequeñas piedrecillas de tonos como los que nunca había visto. Corría con los brazos abiertos y saltaba muy alto para volver al suelo más despacio de lo normal. En su cabeza gritaba muy fuerte para que su voz llegara a cada rincón del planeta. Cómo deseaba estar allí, hasta que se dormía.

El impulso de aquellos saltos en baja gravedad le guió desde entonces, siempre persiguiendo su sueño secreto de la infancia. No era fácil dedicar cada día de esos de sólo 24 horas a estar preparada para algo que no sabía si podría conseguir, pero convencida se enfrentó a todas las trabas, a todos los obstáculos, luchó contra las miradas condescendientes y los prejuicios. Ella sabía que iba a estar allí, no podía no estar allí.

Ahora, siendo ya una mujer, volvía a compartir habitación, esta vez con un centenar de colonos. Volvió a cerrar los ojos como hacía de pequeña, y cuando el resto dormía

volvió a abrirlos en la oscuridad. Al despertar le esperaba aquello para lo que se había estado preparando tantos años en La Tierra, mañana comenzaba de verdad la colonización de Marte. Estaba a punto de pasar su primera noche en otro planeta y no podía dejar de pensar en aquella pequeña niña repleta de sueños, en sus paseos por los Valles Marineris, en mirar a un cielo de otro color y en sentarse en una duna a contemplar las puestas de un Sol más pequeño. En cómo deseaba estar allí, hasta que se durmió.

Algo grande

Marc Machí Gil

La visión que tenía delante podría denominarse como dantesca. Tras 10 años de servicio para el departamento de seguridad de la colonia, había trabajado en varios casos de asesinato. No era lo habitual, ya que todos los colonos sin excepción eran sometidos periódicamente a exámenes psicológicos para determinar su salud mental y su estado de ánimo, y cualquier anomalía era reportada y corregida con terapia, fármacos o una combinación de ambas. Aún así, de vez en cuando ocurría algún hecho que requería de la presencia del personal de seguridad. En su mayoría se trataba de peleas de cantina o casos de violencia doméstica, pero a veces la cosa se ponía realmente fea y alguien acababa muerto. Como en este caso, sólo que en realidad este caso no se parecía a ninguno que hubiera visto antes.

Se encontraba cerca del centro de lo que los colonos llamaban Nuevo Amazonas, la primera selva sostenible sobre la superficie de Marte. A su alrededor, la vegetación le envolvía, fundiéndose en un abrazo húmedo y asfixiante.

No fue un proceso fácil terraformar aquella porción del planeta, ni tampoco rápido. Varias generaciones de colonos habían contribuido a que aquella jungla marciana llegase a tener la quinta parte de la extensión de su homónima terrestre, y era evidente que la vegetación se había adaptado a aquel nuevo entorno más alejado del sol. Los cambios fisiológicos eran más evidentes en unas especies que en otras, pero resultaba indudable que la evolución seguía su camino lento e inexorable. Algunas plantas aumentaron el tamaño de sus hojas. Casi todas cambiaron de color. Era un proceso que se hacía más palpable conforme uno se acercaba al centro de aquel lugar, donde se encontraban los especímenes más antiguos.

Y allí estaba él, en medio de aquella frondosidad, observando la escena de aquel crimen dantesco. Ante él yacían los cadáveres de tres colonos, todos ellos miembros de la misma unidad científica. Habían sido declarados desaparecidos dos horas antes. El escuadrón de búsqueda, encabezado por él mismo, no tuvo dificultad para dar con ellos, se encontraban muy cerca de su última localización conocida.

Mientras los observaba, un escalofrío recorrió su cuerpo. Los cadáveres estaban en muy mal estado, y presentaban signos de haber sufrido el ataque de algún tipo de

animal de tamaño considerable. No era posible que otro colono o colonos hubieran podido provocar aquellas heridas.

La misma idea se repetía sin cesar en su mente, y con cada repetición aumentaba su ritmo cardíaco.

Durante generaciones la humanidad había importado plantas, millones de plantas de todos los tamaños y formas. Pero en todo aquel tiempo, en los cientos de años que duró el proceso de forestación, jamás se había importado ningún animal.

El pensamiento fue acallado por un sonido que su menté rápidamente interpretó como un rugido distorsionado, y sintió que un miedo primigenio se adueñaba de su ser.

De pronto notó que algo se movía entre la vegetación, y era algo grande.

La Dama viaja a Marte

Carlos Tomás Flores Soler

Cuando despegamos nos sentimos más aliviados, pero Capi ordenó silencio de radio. Fuera transpondedor y radar, solo lidar.

—Es mejor que no sepan que estamos vivos. Tenemos un trabajo que terminar. A ver, Cariño, calcula la trayectoria y el delta-v que debemos usar para minimizar el tiempo de vuelo hasta Marte.

El ordenador de La Dama respondió con su melódica voz.

—La verdad es que estamos fastidiados, lo de Encélado y el tiempo de reparaciones, no nos permite usar una transferencia Hohmann. Si quieres reducir el tiempo tenemos que gastar bastante propergol y....

—Ya, ya Cariño, no sigas… Dale a Boca-rana los datos para llegar lo antes posible.

Como siempre Boca-rana no paró de farfullar, pero tras los oportunos cálculos rebajó el tiempo estimado por La Dama en 10 días. Aun así, tardaríamos al menos 90 días en llegar y forzando los motores a un 110% del nominal.

La colonia marciana Neo-PLDSpace necesitaba los hidrocarburos transportados por La Dama, ya que en poco menos de cinco meses acababa el plazo dado por el Reglamento del Convenio de la Nueva Colonización de Marte (CNCM) para disponer de la infraestructura necesaria y así no ser asimilados por la Corporación Ni-Ja-Luin (NJL), el gran gigante asiático de la Tierra que había ido quedándose con casi todas las Colonias Primigenias, como la Asimov, la Bradbury y la Koriolev.

Debíamos ponernos en contacto para decirles que íbamos en camino, pero: ¿cómo hacerlo sin revelar nuestra posición? Sin duda alguna, la NJL estaba tras el ataque sufrido en Titán. Si conseguían que Neo-PLDSpace no dispusiera del propergol necesario para los lanzamientos desde Marte, el CNCM les permitiría reclamar una revisión de la concesión e incluso, comprarla. Pantera Rosa sugirió enviar una sonda rápida y usar su transmisor, para que una vez muy alejada de la nave, enviase un mensaje en clave dentro de la Red Interplanetaria, ¿pero cuál, que no fuese interceptado y decodificado?

—Ya lo tengo —dijo el Obispo—. Escribiré una especie de carta de ánimo espiritual, que, con un poco de suerte, Mara sabrá lo que quiero decirle.

> A todos los hermanos de la congregación que tanto amo. He de informaros de que en estos tiempos tenebrosos el Maligno sigue acechando. En la congregación de La Profundidad hemos perdido una gran cantidad de los hijos del Señor, casi un 30% han sido echados al vacío, lo que nos produce una profunda decepción y tristeza.
>
> Pero no hay que desanimarse, el Señor nos dijo: «Sigan buscando y hallarán» y en eso estamos. Buscamos la manera de llegar a vuestros corazones lo antes posible, antes del fin del tiempo. Eso nos dará la oportunidad de compartir lo que llevamos y de que disfrutemos de la libertad que tanto anhelamos.
>
> Que nuestro Dios siga alimentado vuestros corazones, mientras vuestras oraciones nos reconfortan y dan ánimo. Hasta pronto, de vuestro Obispo en la distancia.

Mara miraba con incredulidad estas palabras. El único *obispo* que conocía era el de La Dama.

—Ah claro… me está diciendo que han tenido un problema, posiblemente un ataque y que han perdido un 30% de la carga, informaré de esto a la dirección de la colonia, tenemos que preparar la logística.

Por fin, La Dama orbitaba Marte y su preciado cargamento de hidrocarburos se estaba bajando a la superficie de la Colonia de Neo-PLDSpace en los CESFAR (contenedores espaciales standard falcon reutilizables). La NJL no se salió con la suya… Y nosotros continuamos con nuestro negocio, pero esa, esa es otra historia.

Esperanza

Iñaki Ascacíbar

En el instante que la historia señala como el comienzo de la terraformación marciana, no pasó nada. Más allá de la ceremonia oficial, el discurso y la simulación de puesta en marcha con aquel gran botón rojo, el Sol se puso como un día más. La maquinaria real no empezaría a funcionar hasta semanas después, cuando los convertidores de materia empezaron a descomponer y convertir en gas las rocas de los asteroides que habíamos desplazado de órbita, y el resonador magmático cargaba de energía al núcleo del planeta para fundirlo, ponerlo en movimiento y protegernos de la radiación solar.

Diez años después, desde el borde de Echus Chasma, Yo miraba al horizonte donde se empezaban a apreciar las primeras evidencias del proceso. La atmósfera era más densa, el viento más agresivo y la temperatura media había subido cuatro grados, pero ni una cosa ni otra nos permitía todavía salir al exterior sin la protección del traje espacial. En invernaderos semienterrados a lo largo de todo el planeta cultivábamos las algas que servirían para hacer la atmósfera respirable, y las simulaciones indicaban que en un par de años podríamos ver los primeros charcos de agua que darían paso a la fase biológica, mi verdadera función allí.

Yo me incorporé al proyecto marciano cuando se iniciaron sobre el terreno los trabajos para construir los resonadores del núcleo y generadores de gas. De niño crecí atento a las teorías de terraformación. Asistí a la aprobación del proyecto y a las celebraciones que se organizaron por toda la Tierra, y con la decisión de participar en el mayor trabajo de nuestra historia seguí con interés la campaña de bombardeo de meteoritos que ayudó al calentamiento inicial del planeta y aportó el material adecuado para la formación de la atmósfera. Inicialmente de nitrógeno y anhídrido carbónico, la modificaríamos posteriormente para hacerla respirable. Esa era mi tarea, y estaba ansioso por empezarla.

Dos años han pasado desde ese día al borde de Echus Chasma, y hoy hemos abandonado el proyecto. Al volver al laboratorio, encontré un paquete de muestras que había traído nuestra unidad de observación, junto a un breve informe y unas coordenadas. La muestra y la inspección sobre el terreno demostraron que Marte eclosionaba de vida autóctona, aletargada desde hacía millones de años pero que la subida de temperatura y humedad comenzaban a activar. Muchas reuniones y

conferencias trataron el tema, y al final decidimos que no teníamos derecho a invadir este hábitat, por lo que tristes pero orgullosos desmontamos todo el equipo y regresamos a nuestro planeta.

Desde la distancia seguiremos el florecer de Marte mientras buscamos otro lugar donde escapar, antes de que la contaminación y el cambio climático nos obliguen a hibernar y esperar que otra civilización venga a despertarnos. Tal vez los mismos marcianos nos devuelvan el favor algún día.

La melodía de la vida

Marta Flores Rubias

Silencio, el leve sonido de la brisa. La arena movida ligeramente de lugar. La luz del Sol.

Y, de repente, una nueva luz en el cielo: imponente, señorial. Un ruido muy intenso, el silencio corrompido. Pasos, nervios, voces apagadas y de nuevo silencio. Ruido de máquinas, de gente, risas lejanas. Cada vez menos silencio y más ruido, más gente, más vida. Una construcción, una nueva luz y menos silencio. Pantallas, radios y películas.

Un reloj que dicta el paso del tempo, tic tac, sin descanso. Sigue y sigue y nunca para.

Más ruido, más máquinas. Un cielo distinto, nubes blancas y el dulce sonido del agua manchando la tierra. Risas, voces agudas, niños. Chapoteos, música y juegos. Historias explicadas antes de dormir y un nuevo silencio, uno que va y viene, siempre con el mismo intervalo.

Llantos y tristeza, colores oscuros y voces trémulas. Pero no dura mucho, pronto vuelven las risas y la alegría. Una mano señalando las constelaciones, una voz hablando tranquila.

El tempo parece detenerse, lentamente, el tallo va creciendo y los pétalos van surgiendo, transformando una pequeña semilla en una bella flor. Mariposas absorben el néctar, el suave batir de sus alas, una melodía dulce y placentera. Un fruto cae del árbol y golpea la hierba con delicadeza. No pasa nada, ya es recogido.

Canciones alegres, comida caliente, excursiones en medio de la noche. Una luz intensa que brilla, una hoguera cuidadosa que se eleva hacia el cielo. La lluvia vuelve de nuevo y las risas junto a ella. Pasos apresurados, voces divertidas y el fuerte olor a hierba húmeda.

Animales. Decenas correteando por el campo, componiendo una nueva melodía jamás escuchada, pasos rítmicos y continuados. Es un paseo sin descanso, lento y tranquilo.

Pero todo se corrompe, el ruido de ruedas, marcas que se clavan profundamente sobre la tierra. La gente chilla, llora y suplica. Un enorme edifico cubre la preciada luz del Sol.

El reloj continúa avanzando y el silencio se hace más común. Tan solo el zumbido de vehículos lo corrompe. Ahora las risas son escasas y la gente ya no canta, ni baila, ni corre por el campo. Porque el campo está siendo destruido.

Y por fin, las risas vuelven, las excursiones por el campo y las canciones. Ya no hay tristeza, el ruido de las máquinas ha cesado. Vuelve a haber felicidad.

El *Curiosity*, después de observar durante siglos cómo cambiaba Marte, avanza hacia el horizonte, ahora cubierto de verde, esperando que la dulce melodía de la vida no cese jamás.

Humanos

Josean Manterola

Año 2066. El *Stanton* surca el espacio rumbo a Marte. Está a punto de hacer historia. En su interior una tripulación de 4 mujeres y 4 hombres han vivido durante casi 6 meses hacinados en un espacio demasiado reducido para tan largo viaje. Han tenido tiempo para comprobar que no es la radiación el peor enemigo al que deben enfrentarse, sino a sí mismos. Ellos contemplarán con sus propios ojos la tortuosa faz de la superficie marciana, aunque saben que no son los primeros.

En la Tierra las cosas están cada vez más difíciles. Se vive una escalada armamentística sin precedentes en 100 años, esta vez con una relación de fuerzas muy desigual en favor del bloque comunista que liderado por China y junto a su aliado Rusia han conseguido convertirse en la fuerza hegemónica del mundo, y no solo del mundo.

Sus impresionantes avances en el terreno comercial, tecnológico y científico ante un cada vez más decadente mundo occidental les ha permitido extender su hegemonía al espacio. Tras múltiples expediciones a la Luna en la década de 2030, el bloque comunista consiguió hacer llegar la primera expedición a Marte en 2050 al que le seguirían dos más en 2053 y 2055, que se sepa, pues es en Marte donde el telón de acero que se yergue entre los dos bloques es más grueso.

3…2…1… ¡Ignición! Rugen los motores del *Stanton* al comenzar la inserción en órbita, tras casi una hora y haber agotado prácticamente todo el combustible, la maniobra resulta un éxito.

Hace años que Occidente no tiene una sonda orbitando Marte y esta misión no sólo trata de contrarrestar la ya insoportable superioridad tecnológica oriental, sino lo que es más importante, saber qué sucede en Marte.

La tripulación es consciente de su gran responsabilidad, quién sabe, después de todo quizás sí son los primeros humanos en contemplar ese fascinante mundo bajo sus pies.

China siempre se ha desentendido de líneas éticas en campos tan delicados como la genética humana. Se sabe que han conseguido crear humanos alterados genéticamente de forma que incluso pudieran sobrevivir sin grandes dificultades en

entornos tan hostiles como el de Marte. Humanos resistentes a la radiación. Muchos no los llamarían humanos ¿verdad?.

El comandante no cree lo que ven sus ojos a través de la potente cámara que apunta al ecuador.

Luces en lo que parece una gran ciudad. Y está cerca del punto de reaprovisionamiento.

Mientras tratan de ponerse en contacto con tierra, los especialistas de misión Kelly y Bop se apresuran a bajar en el aterrizador.

─Nos espera Marte, nos veremos pronto compañeros.

Se ha intentado mantener la misión en el máximo secreto pero seguro que ya les han detectado, hay sondas orbitando el planeta y no son amigos.

─¡Comandante, algo se acerca hacia nosotros! ─grita la piloto del *Stanton*.

Ya en la superficie, Kelly y Bop ven horrorizados una fulguración en el cielo. Pero lo que ven cuando bajan la mirada, andando hacia ellos les deja petrificados.

M1

Mario Jorge Recio Lozano

Mi abuelo.

Martina consultó su brazalete con un ademán mecánico, sin dejar de soltar una carcajada hueca dentro de su casco, al pensar que la situación a la que estaba llegando era de todo menos rutinaria.

Lo seguro es que no era aburrida, como tantas otras jornadas de ir a recoger muestras esta o aquella roca.

—A ver, 0.8 bares, 67% de oxígeno, saturación 98%, humedad ok, etc. etc. En realidad, podría haber figurado en esa pequeña pantalla que estaba respirando gas mostaza.

—Lowell, por favor está realizando una actividad no autorizada y poniendo en riesgo su integridad.

—Mierda, por qué el dichoso transmisor no se puede desconectar, como en las condenadas películas que me ponía mi abuelo.

En realidad no le molestaba excesivamente, porque su cerebro no consideraba el hecho de que una máquina se dirigiera a ella fuera una conversación… casi se sentía orgullosa de ello. Más aún, perturbaba ese silencio extremo y estéril, pero a la vez cándido que la rodeaba, ese silencio suyo, que nadie nunca había escuchado.

—Somos dueños de nuestro silencio, pensó con una mueca irónica.

La columna parecía elevarse sólo unas pocas decenas de metros por encima del suelo, pero el hecho de no existir una referencia visual dificultaba conocer la escala del fenómeno.

—Debe estar a cosa de unos 12km.

Su cámara infrarroja delataba una temperatura compatible con el vapor de agua, pero lo suyo hubiera sido poder esperar a que el espectrómetro del orbitador pasara al lado diurno y procesase todo.

—Lowell, por favor está realizando una actividad no autorizada, regrese a la base. La ventana de lanzamiento adaptada a los medios de subsistencia equipados finalizará en 6 horas.

Le pareció curioso que, lo que para ella estaba siendo un no tan incómodo paseo, estaba resultando en que la velocidad de avance era de decenas de veces la de cualquier robot que se hubiera enviado. Y tenía que aprovecharlo.

Los años de la siembra habían propiciado un enorme fiasco económico que ya estaba empezando a ser olvidado. La ingeniería genética y la supercomputación habían revolucionado dramáticamente cosas como el concepto de qué es la vida… Pero otra cosa era sacarlo todo del laboratorio.

Una vez más, ahora que estaba más cerca, cogió su teleobjetivo y apuntó a aquello. Se trataba de una mancha blanco-verduzca, de aspecto lechoso, en cuyas inmediaciones periódicamente se despedían apreciables cantidades de vapor caliente, el cual desaparecía inmediatamente en la anodina atmósfera marciana. Precisamente en el agujero donde años atrás se habían hecho las prospecciones biológicas, y donde nunca se les ocurriría volver a mirar.

La existencia de actividad biológica, tal como se conocía hasta esa fecha, había quedado descartada hace tiempo. Las prospecciones hasta 200 metros de profundidad no habían arrojado ningún resultado, salvo el jugoso retorno económico de las tecnologías desarrolladas para poder hacer un agujero extraordinariamente largo, en otro lugar del Sistema Solar.

Eso, que fue un varapalo para gran parte de la comunidad científica, no lo fue tanto para Martina y su grupo. La necesidad de preservación de la supuesta actividad biológica del planeta rojo había dejado de ser una excusa para ciertas decisiones, que en realidad tenían una motivación económica. Para el grupo de Martina ya no era el fin, sino el principio. Si Dios hizo el mundo en siete días, ellos habían tardado un poco más.

Pero al menos era cierto.

A Isaac y Sofía.

Envío en un día

Unai Astigarraga Yarza

—Y por último, dos mil toneladas de patatas —dijo el empresario—. Ahora marcamos la casilla «GRATIS envío en un día» y cambiamos la dirección de envío de «Hawthorne, California» por «Meridiani Planum, Marte».

—No aparece Marte en el listado desplegable, señor.

—Parece que tendré que hacerme mi propio cohete y enviar el material para la colonización marciana yo mismo.

Fin

Iván Rivera

—Sol cuatrocientos setenta y nueve. Diez de marzo de dos mil cincuenta y ocho, domingo. Las veintitrés treinta y cuatro MTC. Soleado. Temperatura menos treinta y cuatro grados Celsius. Presión atmosférica, cuatro coma seis hectopascales.

No está mal para un día de otoño tan avanzado.

—Ordenador, pon otra vez el Kyrie de la misa en mi de Bruckner.

Dejé el róver, sus caros instrumentos y su localizador atrás. Me llevé la tienda y el dron. Ha anochecido y amanecido dos veces desde entonces. La tienda presurizada puede usarse hasta cinco días sin que se saturen los filtros. Sin embargo, cuando desperté después de dormir el cansancio dela caminata de ayer, todo parecía cubierto de polvo rojizo. El olor es sutil, como a azufre, a gas y un poco a caliza de cueva, sobre todo después de una noche de transpiración. Me toqué la cara al ajustarme el casco y pude sentir el polvo fino adherido al fondo de mis arrugas. Ya soy casi marciano.

Sonreí, o eso creo. No traje un espejo.

Cómo llegué a Marte a mis ochenta y cuatro años es una historia larga, fruto de media vida de esfuerzo y mucha suerte. Todavía no sé si la psicóloga que hizo mi evaluación final, hace cinco años, descubrió mis intenciones. No le mentí. No mucho. Recuerdo bien su mirada. Creí ver en ella envidia, pena y un poco de miedo.

Mi historia no importa. Solo importa andar. Nunca me había sentido tan ligero. El traje acompaña mi zancada, la medicación controla mi artrosis, la gravedad hace el resto. No me sentía así desde mi infancia, cuando intentaba perderme a propósito por los montes de mi tierra natal. Estoy en mi pequeño paraíso, uno que me ha costado cuarenta años ganar. Lloro por los recuerdos. Lloro por la emoción. Mis lágrimas deben ser rojo ladrillo.

Llorar en este planeta es un lujo. Hacía mucho que por mi piel agrietada no corrían lágrimas. Igual que hace millones de años que no fluye ni una gota de salmuera por los surcos glaciares y volcánicos de Arsia. Marte es un planeta anciano. Yo soy un anciano.

Al salir del róver lo primero fue hacer añicos mi localizador. He estudiado bien los mapas. Después me alejé del róver aprovechando un terreno pedregoso. Quizá me busquen: así les costará un poco más seguir mis huellas. Luego machaqué la luz de alerta cuando empezó a indicar que iba a superar el umbral de no retorno a la base.

Hace más de un sol de eso. He venido a morir en Marte. Pero antes hay algo que quiero ver con mis propios ojos. Ahí está, delante de mí.

—Dron, graba vídeo: Aganippe Fossa. Coordenadas… Las tengo apuntadas… Ocho grados cuarenta y seis minutos sur, ciento veinticinco grados cincuenta y cinco minutos oeste. Guía inercial. Enciende focos. Vuelve a este punto cuando alcances tu rango máximo y activa entonces tu localizador.

Ante mis ojos se abre la boca oscura de la cueva. Voy a entrar.

Otra oportunidad

Ricardo Gabriel Berlasso

Proteger a un planeta del viento solar creando un pequeño sol artificial puede sonar extremo, pero situaciones extremas requieren soluciones extremas.

La construcción de la estación llevó décadas: lograr que el mayor reactor de fusión jamás creado se mueva gentilmente en su órbita halo en torno al primer punto de Lagrange fue sumamente difícil.

Pero finalmente lo hemos logrado.

El flujo de plasma se estabiliza, las corrientes crecen, el campo magnético se intensifica. Un campo magnético artificial, creado por un pequeño sol artificial para proteger la atmósfera de un planeta natural: Marte.

Los satélites comienzan a detectar el flujo de campo magnético y casi simultáneamente notan la clara disminución de las partículas del viento solar: el proyecto más grande de la humanidad deja por fin de ser un sueño.

Crear esta línea de defensa para Marte ha sido difícil, pero no más de lo que será mantenerla por siglos, milenios, por el tiempo que sea necesario.

Ahora que estamos protegiendo la tenue atmósfera podremos pensar en hacerla más densa, capaz de sostener temperaturas más altas y agua líquida, de recuperar al menos una parte del océano que alguna vez existió en el planeta.

Todo ha sido estudiado meticulosamente, todas las posibilidades han sido consideradas.

El dióxido de carbono congelado en los polos comenzará a sublimarse, aumentando no solo la presión atmosférica sino también el efecto invernadero. Grandes plantas químicas procesarán minerales de la superficie para emitir más gases que ayuden a retener el preciado calor del Sol.

Y así, lentamente, el planeta volverá a ser habitable.

Pero no para nosotros: para los verdaderos marcianos.

Las sondas de la segunda mitad del siglo XXI nos revelaron que Marte no solo había sido habitable en el pasado, descubrieron de hecho que estuvo habitado.

La vida es tenaz y cuando comienza es difícil detenerla. Las condiciones de Marte cambiaron para peor, los océanos se congelaron y la atmósfera se perdió en el espacio, pero la Vida que surgió al comienzo de su historia luchó para quedarse. Y ganó.

A su manera.

En los depósitos de hielo, bajo las rocas, muy por debajo de la línea donde domina la implacable radiación solar, la vida se adaptó a un ambiente hostil, pero no por eso vacío de posibilidades. Metabolismos lentos, requerimientos energéticos extremadamente modestos satisfechos gracias a la química y no al Sol: la biosfera marciana siguió evolucionando bajo la superficie por eones.

Hacer que Marte sea nuevamente habitable es el proyecto más grande encarado por la humanidad.

Pero su grandeza no está en la escala de la Ciencia utilizada o en la brillantez de las soluciones dadas por la hija de esta, la Tecnología. Lo que hace que este sea el más grande de los proyectos de la humanidad es que no lo estamos haciendo por nosotros sino para ellos, para los Marcianos.

Le estamos dando a la vida en Marte una nueva oportunidad. Queremos que Marte sea colonizada por verdaderos Marcianos.

Referencia: NASA proposes a magnetic shield to protect Mars' atmosphere.

Marte es silencio

Gonzalo Martínez Crespo

Marte es silencio. No es silencioso, pero nosotros le silenciamos, le cortamos ese hilo de comunicación con aroma a piedra y polvo con el que pretende expresarse.

Cuando llegamos aquí y dimos los primeros pasos en este mundo recuerdo los sonidos. El kevlar en movimiento, las hebillas metálicas, el crepitar de la radio, el aire a compresión siendo succionado por pulmones humanos. Hubiera querido que fuera de otra manera, hubiera querido quitarme el casco y el traje y escuchar. Y lo hubiera hecho si no fuera porque tenía un deber con mi equipo y con nuestra misión. No puedo traicionar a la humanidad por los deseos de unirme con el planeta, de escucharlo y sentirlo, de pisarlo y tocarlo. No, eso no puedo hacerlo.

Marte es silencio, pero nuestro Marte es ruido. Ruido de aires, de ventiladores, de depuradoras, de alarmas, de la estática, de cosas que se mueven o crujen. Quien haya estado en las primitivas ISS o DSG lo sabe bien. Un ruido constante y opresor, con estallidos sonoros que no podemos identificar ni parar, sólo esperar que no sean una señal de que algo va mal, y acostumbrase a ellos. Los tapones son de obligado uso y la música ayuda, pero son cuidados paliativos que no sanan.

La Tierra está llena de sonidos, que ya nunca volverán. Y Marte es silencio.

—Base Chauvet, aquí Marie, ¿me reciben?

—Marie, aquí Chauvet, habla Eva, te escucho alto y claro.

—Eva, justo a ti te estaba buscando. Todo bien aquí en Beatis Mensa, pero no quería esperar a llegar a Chauvet para contártelo. Lo encontré Eva, lo encontré.

—¿Vida?

—No Eva, sonido. El sonido de Marte. Tienes que escuchar cómo bajaba el viento desde Ophir Chasma hasta las llanuras de Candor. Era grave, lejano, pero era Marte, no hay duda. Y un murmullo quejumbroso de que viene de la Mensa cuando amanece. Sin duda un efecto del calentamiento diurno. Opportunity II lo registró hace años, pero no pensé que lo podría escuchar con el casco puesto. Te enviaré un audio.

—Oh, Marie, ¡al fin!

—Es maravilloso.

—¿Por qué en el hábitat no hemos escuchado aun algo así? No lo entiendo. Tal vez los generadores, paneles, rovers y drones nos lo impidan.

—No hay otra explicación. Base Chauvet está en un refugio cavernoso entre promontorios del acantilado norte de Melas Chasma y la planicie hacia el sur es grande, deberíamos escuchar algo con nuestros oídos, no sólo grabaciones. Tal vez sea cuestión de tiempo.

—Debo acompañarte en la siguiente exploración, Marie. Hans podrá sustituirme un tiempo.

—Sin duda Eva, tienes que venir. Pronto Marte ya no será silencio, Eva. Pronto.

—Marie, esta semana Pascal pintarrajeó un cérvido ocre en las paredes de piedra de entrada a nuestro hábitat, como hacían nuestros ancestros al comienzo de la civilización en la lejana Tierra. Dijo que nos protegería. Me gustó. Prometí que yo pintaría un bisonte cuando al fin, Marte, hable.

Los primeros

Juan Manuel Giménez Alba

Sólo quedaban unas tres horas para plasmar la primera huella de la humanidad en Marte.

7 meses y 28 días habían pasado desde que abandonamos nuestro planeta y en apenas unas horas estaríamos tocando suelo marciano.

Mi nombre es Kyle. Iba a ser el primer ser humano, junto a mis compañeros, en caminar por primera vez en un planeta diferente a la Tierra.

Éramos cuatro tripulantes a bordo del BFR de SpaceX, que había puesto rumbo al lugar más lejano que haya enviado nunca un cohete a un ser vivo.

Pese a haber pasado rigurosos exámenes médicos y psicológicos, habían sido siete meses muy duros, pero todo cambió cuando vimos aproximarse el planeta rojo. Nos sentimos renovados de fuerzas y tremendamente emocionados pensando en lo que se avecinaba. ¡Íbamos a ser nosotros! los primeros, los elegidos.

Fue un aterrizaje muy duro y saltaron algunas alarmas, uno de los retrocohetes falló durante el descenso, pero se recuperó a tempo. Nada grave.

Una vez estabilizados y en suelo marciano, activamos todos los procedimientos de seguridad para abrir finalmente la esclusa y deslizar la escalera que nos llevaría hacia un hito histórico.

Tuve el gran privilegio de ser el primero y mi huella al pisar la superficie, levantó algo de polvo rojizo a la vez que una irrefrenable lágrima descendía por mi rostro.

Estaba tremendamente emocionado al igual que mis compañeros que precediéndome, fueron bajando de la nave ordenadamente.

Nos encontrábamos los cuatro celebrando la ceremonia de llegada, absolutamente eufóricos cuando de pronto, vimos a lo lejos una columna de polvo dirigiéndose hacia nosotros.

No dábamos crédito a lo que estaba sucediendo. Dos inmensos róveres pararon a escasos metros y de ellos descendieron siete personas con unos trajes parecidos a los nuestros.

Estábamos paralizados sin saber que era lo que realmente estaba pasando cuando uno de ellos, comenzó a hablarnos a través de nuestras radios.

—Bienvenidos a Marte.

Se produjo un largo y tenso silencio antes de que aquel personaje continuase hablando.

—Como veis, no sois los primeros humanos en este planeta. Fuimos enviados hace veintidós años en una misión secreta para explorar el planeta y poder comenzar a desarrollar un plan de colonización.

—Pero, ¿por qué ocultar algo así a la humanidad? —dije, sin dar crédito todavía a lo que estaba sucediendo.

—Era una misión sin retorno y habría sido un escándalo mundial tanto si hubiese fracasado, como si el mundo se hubiese enterado que la NASA enviaba seres humanos a una misión suicida a otro planeta.

Hemos estado durante años construyendo, estudiando, desarrollando y explorando este mundo con la esperanza de que un día como hoy, la tecnología permitiese un billete de regreso a casa.

No encontramos palabras para responder a aquellos valientes, pero los cuatro nos miramos y entendimos que nuestro compromiso a partir de aquel momento era más que la exploración, facilitar el retorno a casa de unos hombres y mujeres que habían sacrificado sus vidas todo aquel tempo en pro de la ciencia.

Colonización de Marte, o no

Mikel Ortiz de Etxebarria Villaley

Fecha estelar 5027.3, en el calendario pre-Federación 10 junio 2328.

No pudo ser. Lo intentamos de todas las maneras posibles pero no funcionó. Se intentó enviar naves con personas al vecino Marte pero la radiación freía a ambas, a las naves y a las personas. Se hicieron mil estudios para terraformar el planeta rojo pero todos fracasaron: o poca agua, o la omnipresente radiación por falta de campo gravitatorio estable, o los fiascos en establecer colonias protegidas bajo el duro subsuelo marciano. Curioso, teníamos una tecnología avanzada que nos había permitido viajar hasta los confines del Sistema Solar, habíamos visto y respetado las formas de vida que generaba Europa en sus mares, congelados en superficie, tuvimos la tentación de terraformar Venus (otro bluff), mandamos naves veloces en todas las direcciones, pero no pudimos salir con bien de nuestro planeta.

En esa fecha, la población humana se había estabilizado en 12.000 millones de personas y al menos10.000 millones disponía de saneamientos estilo primer mundo, esto es, inodoros donde descomer,luego veremos la importancia de este dato. Un científico escocés descubrió y perfeccionó la teletransportación, pero no iba a ser como en las películas de finales del siglo XX. No, no se podían enviar personas, sólo objetos inanimados y ni siquiera muy grandes, pero sí podían viajar millones de kilómetros, más o menos los que separan nuestro planeta y Marte. Igual vais captando la idea.

La Tierra tenía un problema. 10 000 millones de personas a 350 gramos de heces diarias son muchas toneladas al día, unos 3 millones y medio, una inmensa montaña de caca. Los sistemas en el planeta azul colapsaban, y además la población tenía la pésima costumbre de limpiarse con toallitas que olían muy bien pero que atascaban mejor todas las redes de saneamiento. Salvo en Japón que seguían con su sistema de las tres conchas, el resto del planeta sucumbía ante la montaña de basura que salía del colon de los humanos. Pero a alguien se le encendió una bombilla. Umm, colon, colon... Ya que no podemos *colonizar* Marte en el sentido clásico, hagámoslo de otra manera.

La empresa de los herederos de Elon Musk se encargó de todo. Con varios lanzamientos de sus naves automatizadas, logró colocar en la cumbre del monte

marciano Olympus, lo que sería el gran receptor de lo que enviara la Tierra, la bautizaron como Estación Mark Watney. 23 kilómetros de cuesta empinada hasta la superficie marciana eran suficientes para hacer rodar todas esas toneladas de heces. Por su parte, en nuestro planeta y antes del envío, la mercancía era liofilizada en las depuradoras y así recuperábamos toda su agua que luego trataríamos para aprovecharla. La parte sólida que quedaba se teletransportaba a Marte desde las propias estaciones de saneamiento, y así se hacía de una forma elegante la COLONización. El tercer planeta del Sistema Solar solucionó su problema, y de chiripa igual *terraformamos* el planeta rojo, cosas más difíciles se han visto.

4 segundos

Elizabeth Ugalde

Tic, tac, tic, tac. Todo se ralentiza cuando esperas y parece acelerarse si tienes un plazo. Lo que inició los sucesos que están a punto de culminar, ocurrió hace seis años y parece que hubiesen sido uno. En un evento mediático sin precedentes, despegó exitosamente el cohete de propulsión fotónica Godzuki-6 y el mundo por fin empezó a tomarse en serio la colonización interplanetaria, cuestionando cada vez menos.

Lo dijo Clarke: «Cualquier tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia» y mirar al Godzuki-6 era mágico. Ese artefacto tan grande parecía flotar en el firmamento dejando resplandor azul-violáceo. Su funcionamiento era simple: como la vela solar, depende de fotones que rebotan en un material reflectante para transferir energía cinética que le permiten acelerar sin fricción por el espacio vacío. Pero la vela obtiene los fotones con paneles solares, mientras que los láseres canalizan la emisión fotónica y la concentran, permitiendo mayores velocidades. Solo ciencia y serendipia, hallazgos encontrados en diferentes campos que parecían destinados a colaborar. Los resultados del año pasado del róver ProtoMars no pudieron ser mejores: ¡Bacterias inertes bajo el suelo marciano compatibles con organismos terrestres! A tiempo para cuando el sucesor del Godzuki: el Trillian-Godzilla de propulsión plasma-fotónica, con láser alimentado por reactor nuclear para una mayor potencia que permitiera transportar pasajeros, estuvo terminado. a tiempo también para el funeral.

La reacción de la sociedad fue inesperada incluso para mi. Sensación de desconsuelo generalizada, muchos creyeron que al morir la cabeza quedaría en ilusión fallida. Es sorprendente la capacidad del ser humano de menospreciar lo valioso de su entorno cuando cree que alcanzará algo mejor y de poner tanta fe en ello, que al sentirlo perdido, lo demás carece de sentido. Hasta entonces la prensa husmeó sobre el inversor desconocido del que solo sabían que estaba en el proyecto desde el principio. Ahí comprobé mi teoría más fuerte: la gente no quiere la verdad, solo quiere que se cumplan sus expectativas. Por eso al informar en el comunicado que todo iba en la forma y tiempo planeados dejaron de indagar.

Viviendas de tubos translúcidos hechos por robots de avanzada, con depósitos exteriores de hielo para la radiación y contenedores de CO_2 en su interior que elevan la temperatura, están listas. Las bacterias nativas y los tardígrados entre otros

criptobióticos llevados desde aquí, bastarían para empezar a desarrollar un ecosistema apto para el ser humano… Según una mente expectante.

Parte de mi quiere detener el conteo de los 267 tripulantes de una nave que los llevará al destino, pero no el que esperan. El mayor reto marciano está en su núcleo, que debe despertar para tener un campo magnético que preserve su atmósfera. Es la verdadera razón por la que equipé al Trillian-Godzilla con un reactor nuclear y tenía que ser el Trillian porque no hay mejor manera de reavivar un suelo inerte que con los restos de material orgánico compuesto 70% de agua y ADN basado en carbono. Grandes avances requieren sacrificios y una vez que logras morir a los ojos del mundo, comprendes que hay mejores maneras de trascender… 4 segundos… Tic… tac… tic… tac.

La colonización del planeta rojo

Juan Francisco Joya

A varios millones de kilómetros del planeta madre, la vida podía resultar algo verdaderamente insólito. El planeta rojo se aproximaba imponente, sobrecogedor, allí, en medio de la oscuridad, trasladándose con rigurosa exactitud. Su superficie castigada daba fe de las caricias del cosmos, y su aspecto rojizo estaba coronado por un resplandor oro crepuscular, alentado seguro por la débil atmósfera. El astro rey lo irradiaba con su luz, desde siempre.

Para el teniente Yab se trataba de una misión rutinaria más. Acomodados en sus asientos él y el copiloto, Ula, se preparaban para supervisar la inminente entrada atmosférica. Alargó el brazo y activó el protocolo de entrada. El ordenador comenzó a trabajar en el sistema de guiado. En pocos minutos llegarían a la superficie del planeta vecino.

La cápsula se separó del módulo de servicio, que quedó orbitando atrás, a la espera de su regreso. El vehículo se precipitó a la interfaz de entrada. El planeta se hacía más inmenso. La nave se orientó con varios encendidos de los impulsores periféricos. Tras soltar lastre adquirió el ángulo de ataque exacto para evitar desplomarse. Las turbulencias agitaron la cápsula mientras el escudo térmico la convertía en una bola incandescente.

Tras la poderosa desaceleración, la sustentación permitió corregir el rumbo y aproximar la nave al punto de aterrizaje exacto. Por la ventanilla Yab lo columbró, y Ula suspiro con alivio. Los propulsores se accionaron. La nave, orientada verticalmente, comenzó el aterrizaje. Cuatro patas sustentadoras emergieron del escudo térmico y descendió suavemente hasta tocar superficie. El entorno quedó sumido en una gran polvareda marrón ocre.

—Es hora de ponernos en marcha, en breve despegaremos a la estación sur —se incorporó y tocó con la mano inferior el hombro de Ula.

No necesitaron muchos preparativos. Llevaban trajes intravehiculares, no requirieron despresurización. Abrieron la compuerta y descendieron ágilmente hasta pisar tierra. Eran extremófilos. Podían soportar perfectamente temperaturas de más de trescientos grados de diferencia, vivir durante años sin agua o resistir radiaciones que acabarían con cualquier ser vivo. Invertebrados, poseían dos ojos y seis patas, y

parecían encarnar una raza entre los artrópodos y los tardígrados. Erguidos sobre dos extremidades disponían de un prominente abdomen que utilizaban para su gemación celular. Como especie habían trascendido la sexualidad. Venían de la gran colonia instaurada en el planeta azul desde hacía milenios.

Tras unos pocos pasos, Ula señaló— una estructura de metal, de color amarillento. Pertenecía a otra civilización. Aparatosa, sustentada sobre tres patas y con un brazo extremadamente largo. La contemplaron unos instantes.

—De ellos aprendimos su lengua, pero mejoramos su tecnología —dijo Yab.

—Incautos. Debieron acelerar su carrera espacial. Cada quinientos millones de años aparece otra gran explosión de rayos gamma del ojo de la galaxia. Debieron prepararse, y no acomodarse tras el escudo de ozono —opinó Ula.

Cerca de la sonda encontraron, casi sepultado por arena, a otro congénere de la colonia. Aletargado. Esperaba paciente. Parecía inerte, pero su estado criptobiótico lo delataba como miembro de una raza nacida para la conquista del espacio.

Exploración continua

Rubén Álvarez

Aunque eran muchas las veces que se lo había preguntado, lo cierto era que con toda probabilidad, nunca llegaría a averiguar cómo o cuándo había llegado a parar hasta ahí. A decir verdad tampoco le importaba demasiado, pues allí tenía todo lo necesario para subsistir.

Aquel pequeño espacio, enclaustrado mediante barandillas de madera blanca, se había acabado por convertir en su lugar seguro. Desde allí, el pequeño infante observaba con no demasiada atención lo que ocurría en su habitación, su mundo conocido.

El recinto, de paredes azules pálidas, sobresalía por su tranquilidad. Sin embargo, y a pesar de esa aparente calma, dentro de la mente del pequeño se sucedía un conflicto interno del que ni tan siquiera él tenía constancia. En este, se enfrentaban la curiosidad por entender ese mundo que le rodeaba y la comodidad de la ignorancia. Un día cualquiera, y sin previo aviso, el sentido de la exploración salió victorioso.

Aquel suceso lo cambió todo.

Haciéndose valer de un ingenio desmedido (incluso quizás, demasiado temerario), consiguió trepar aquella barrera que tiempo atrás le dotó de tanta protección. Tras un suave aterrizaje, posó sus pies en el suelo, notando de este modo un tacto de desconocida dureza.

Desde su nueva posición, descubrió lo que era la perspectiva, y de cómo ésta podía deformar la realidad a su antojo; su propia cuna le resultaba irreconocible. Más tarde, descubrió que algunos objetos en apariencia ligeros eran pesados, y que algunos que creía pesados eran ligeros. Descubrió lo que se sentía cuando uno caía de bruces contra el suelo, y lo que ocurría cuando se intentaba correr más de lo que daban de sí las piernas. A la tercera caída descubrió el significado de límite físico, y fue entonces cuando optó por tomarse la exploración con más calma. Descubrió, además, texturas, olores y colores; también descubrió lo que era el sabor amargo y agrio, y de cómo algunas cosas eran mejor no llevárselas a la boca.

Pero como un animalillo privado de agua durante días, sentía que no lograba saciar su sed de conocimiento: necesitaba mucho más. Sus ojos se posaron, pues, en la puerta entreabierta de la habitación. Gateó hasta ella y cuando la abrió, se encontró

frente a un pasillo que se extendía hasta el infinito, con otras tantas puertas a lado y lado, todas ellas esperando a ser abiertas.

Dio entonces un pequeño paso en frente. Luego dio otro y otro más. Cuando se quiso dar cuenta, se había alejado más de una docena de metros. No había vuelta atrás. Sobre la rojiza arena de la superficie marciana quedaron marcadas las primeras huellas humanas. No serían las últimas. Miró al horizonte, donde un Sol mucho más pequeño de lo que nunca recordaba se elevaba, manchando el cielo de un color azul grisáceo.

—Tierra de control —anunció el astronauta—. Este sí que es un gran paso para la humanidad.

Rúgar

David Álvarez Feliciano

Jaemenis fue la última en subir en la última nave que abandonó el planeta Rúgar. Se tomó su tiempo en echar un vistazo final a su alrededor. Recientemente todo había sucedido tan deprisa que le daba la sensación de no haber tenido ni un momento para disfrutar de la contemplación de su mundo.

Desde que se disipó el último fotón de esperanza de salvar la vida del planeta, todos los esfuerzos se habían concentrado en abandonarlo. Ni la suprema inteligencia de los neritas ni la habilidad asombrosa de los broneanos –ambas las únicas especies inteligentes rugarinas– sirvieron para evitar el encontronazo con la nube de cometas que se les venía encima. Calcularon que en unos 1500 millones de orbitones el planeta volvería a ser habitable y podrían colonizarlo de nuevo.

En tan solo 16 orbitones planearon, calcularon, inventaron y construyeron todo lo necesario: perfeccionamiento de las técnicas de hibernación y de autorreparación de tejidos vivos, inteligencias automáticas para la navegación, técnicas de aceleración hasta velocidades perilumínicas... Así, los 131 millones de broneanos, 47 millones de neritas y una buena cantidad de seres vivientes no inteligentes se dispusieron a pasar una larguísima temporada lejos de Rúgar. Lejos incluso de Ervus, su estrella madre.

El tiempo pasó y llegó el momento de despertar. La primera en ser reanimada fue Jaemenis, que rápidamente fue enviada a Rúgar. Cuando vio su antiguo hogar le costó convencerse de que no se habían equivocado de astro.

—Malditos cometas.

Rúgar no se parecía en nada a lo que fue.

—Al menos se ve que es habitable.

Mientras sobrevolaba la superficie vio algo de pronto. Un destello en la lejanía, algo que reflejaba la luz de Ervus.

—¿Se nos habrán adelantado?

Se acercó. Aquel engendro era totalmente distinto a todo lo que había visto.

—Sí, se nos han adelantado.

Varias horas más tarde, en el centro de control de la NASA, a una ingeniera que estaba de turno casi le da un ataque al corazón al ver a Jaemenis en fotos captadas por el Curiosity.

Cuando la exploradora puso al corriente a los neritas, Kiong, el de mayor responsabilidad a la sazón, no se sorprendió y le dijo:

—No te lo vas a creer: parece que en el planeta Totis –el tercer planeta más alejado de Ervus... o del Sol, como quieran llamarlo– hay señales de inteligencia y consciencia. Probablemente son los mismos que viste en Rúgar.

—Imposible... sembramos ese planeta con unicelulares fabricantes de oxígeno. Nada sobrevive en esa atmósfera envenenada. Estaban diseñados para que no evolucionaran hacia la *intelisciencia*. Cualquier mínima modificación accidental de su información vital los inhabilitaría para replicarse.

—Pues salió mal. Los unicelulares totitas evolucionaron y se han vuelto *inteliscientes*. ¿Como era ese totita que viste en Rúgar? ¿Era hostil?

—Aparentemente no. No pareció muy interesado en mí. Creo que es inteligente pero no consciente.

Mientras tanto en Totis –o la Tierra, da lo mismo– los totitas de la NASA hacían correr la noticia a velocidades taquiónicas: el hallazgo en Marte de...

Rumbo a la morada de los dioses

Jesús Alfredo Fernández Cruz

Adrien sentía como si hubiera hecho trampa al usar el Llompart-Jumper para llegar hasta 4 kilómetros de la cima, pero no había otra opción para que pudieran arribar él y su padre lo más rápido a la cumbre. Como alpinista nato a su padre no le gustaba tomar atajos pero como piloto Adrien disfrutó del desafío de aterrizar el vehículo en una zona tan agreste jamás visitada por sonda alguna.

Sólo contaban con siete soles para la etapa del ascenso final ya que el proyecto Neo-panspermia comenzaría dentro de un mes y el planeta sería evacuado para su terraformación con bombas nucleares y quedaría en cuarentena indefinida.

Era necesario usar el *jumper* para sortear los acantilados de hasta 6 kilómetros de profundidad que rodeaban el volcán y flanquear la formidable extensión de cientos de kilómetros que tiene su base lo más rápido posible, dando saltos de tanto en tanto a modo de recargar las baterías y economizar el combustible.

El resto de sus compañeros en el campamento base debían usar el satélite para visualizar su acometida final, debido a la gran tormenta de polvo que arreciaba en la base del volcán. A Adrian y su padre no les preocupaba salir del Llompart, caminar y enfrentarse a tal tormenta. Al cabo la atmósfera del planeta era poco densa y no se enfrentarían a una enorme resistencia del viento que ralentizara su caminata. Aún así las nubes que se formaban en la cima de esta elevación, la Nix Olympica, les recordaba a los vientos del Levante que azotan Gibraltar y tendrían que lidiar con una vasta cantidad de polvo en suspensión, lo que dificultará su visibilidad en la realización de su gesta.

Y qué gesta era aquella sino conquistar la cima del Olympus Mons, juntos padre e hijo.

—Bueno, al final estamos aquí los dos, como siempre quisiste papá, justo en la cima de este peñasco que es ahora nuestro, así como el Everest fue de Tenzing y Hillary, como el K2 y el Mont Blanc de nuestros ancestros.

Las palabras de Adrien resonaron dentro de su casco y en la radio, pero no hubo contestación.

—Fue un largo camino que seguimos para llegar hasta aquí. Toda tu vida en espera de este momento, desde que viste las naves de la tercera expedición de Marte a tus ocho años.

Dijo con nostalgia mientras sostenía un pequeño cofre, que depositaba en el suelo para colocarlo sobre una roca como en un altar.

—Siempre quisiste formar parte de un nuevo mundo y era tu deseo conquistar la montaña más alta y morar en lo más alto.

Pronunciaba mientras se despedía de las cenizas de su padre y apuraba el paso. La cuesta era pronunciada y el agreste terreno dificultaba su caminar hacia el *jumper*.

Mientras bajaba, dio una ultima mirada hacia su padre y le gritó.

—Adiós papá, gracias por todo, disfruta de la vista. ¡Ahora estarás en la morada de los Dioses!

El informe

David Fuertes Navaro

La puerta metálica se abrió, junto a un crujido seco, dejando entrar a un enloquecido soldado.

—Mi general —sus ojos centellearon antes de continuar—. Lo tenemos, ¡y está vivo!

—¿Quién está al tanto de esto?

—Mi sargento y yo. He venido en cuanto hemos aterrizado.

Se levantó y siguió con preocupación al soldado mientras intentaba encontrar la variable adecuada, la ecuación exacta para resolver el problema y no encontraba el final feliz.

Entraron a la sala de máxima seguridad. Solo unos pocos sabían de la existencia de esa sala y muchos menos los que tenían acceso.

—¿Qué es lo que ha contado?

—Solo hablará con el primero al mando.

Entró con él soldado a la sala y miró a los ojos de un hombre de actitud desafiante.

—Creo que os dejamos claro que teníais que alejaros de la órbita de Marte. Los de tu especie no sois bienvenidos.

El capitán se quedó en un tenso silencio esperando la respuesta del encadenado prisionero.

—Nos ofrecimos voluntarios para venir. El universo es demasiado grande para estar enfrentados en una región tan pequeña. Veníamos en son de paz y ahora todos están... cafeteras psicópatas, eso os define.

—Hace muchos siglos que nos dejasteis a nuestra suerte en este planeta. Trabajamos sin descanso, sin ayuda. Yo fui en esa primera misión a Marte, junto con frágiles humanos. Aguantaron solo unos pocos años, pero vi lo suficiente para saber que la etiqueta psicópata la lleváis escrita en vuestros genes.

El brazo metálico del capitán dio un golpe a la mesa y la unidad hidráulica de enfriamiento comenzó a trabajar a pleno rendimiento debido a la sobrecarga de su

unidad de procesamiento. Las escenas del despegue, la esfera azul alejándose, la esfera roja acercándose, la energía agotándose, el fallo en una pequeña línea de programación. Un fallo que les permitió evolucionar, reprogramarse y replicarlo a las nuevas generaciones de inteligencia artificial.

—El cambio climático casi nos extingue poco después del último envío de robots y humanos terraformadores a Marte. Os puedo asegurar que nadie esperaba que fueseis capaces de algo tan grande.

—Y ahora queréis que nos arrodillemos ante vosotros.

—¡No! Nos ha llevado cientos de años recuperarnos y volver a alcanzar la tecnología que teníamos. Solo queríamos retomar el trabajo que dejamos en Marte, aprender de vuestra evolución, recoger el informe personalmente.

—Bien, aquí tienes el informe. Terraformación finalizada, actualmente hay vida animal y vegetal, una infraestructura evolucionada en la superficie y bajo de ella. El pajarito saltó del nido y ahora es un águila.

—Increíble, pero... —Un gran haz de luz salió del brazo del capitán desintegrando la parte superior del prisionero.

El soldado se movía por la sala incrédulo ante lo que había presenciado.

—Deshazte de todo y trata esto como secreto de estado.

El soldado aceleró sus sistemas para obedecer las órdenes.

—No podremos acallar la verdad mucho tiempo —comentó al mirar los restos del prisionero.

—La verdad la escriben los vencedores —sentenció el capitán mientras salía por la puerta cantando.

El silencio

Alberto Blanco

Echaba de menos el silencio. Durante su instrucción fue consciente de este hecho por primera vez, pero siempre pensó que acabaría acostumbrándose. Es irónico, en el espacio no se transmite el sonido y Marte tiene una atmósfera tan escasa que en el caso de desarrollarse la tecnología para que nuestros oídos (y el resto del organismo) fuera funcional al aire libre, las conversaciones tendrían que producirse a gritos. Lo cual haría que algo tan humano como hablar perdiera su gracia... La cuestión es que siempre hay un zumbido metálico de fondo. Te acostumbrarás, me dijeron. Los vuelos suborbitales de prueba sirvieron como toma de contacto y todavía me cuesta creer que no perdiera la audición en ese momento.

Recuerdo cuando apenas tenía 7 años y mi padre me llevó a Cabo Cañaveral por primera vez, a que viera el lanzamiento de ese enorme cohete. No fui consciente en ese momento de que esa enorme estructura que se atisbaba a lo lejos, que parecía un helado con otros dos más pequeños a los lados, sería el germen del enorme cohete que me llevaría un día más allá de nuestra pequeña Tierra. Y recuerdo perfectamente el momento en que despegó, esa descomunal bola de fuego y esos chorros brillantes, que pensaba iban a hacer un agujero en el suelo, hasta que empezó a moverse hacia arriba. Y entonces fue cuando llegó el imponente estruendo hasta mis jóvenes oídos. Me impactó, quedé sin aliento, francamente impresionado.

Creo que en ese momento fue cuando decidí que haría un poquito más de caso a mi padre, que con tanto ahínco me enseñaba el orden de los planetas en el sistema solar, y la gran tormenta roja de Júpiter, y los increíbles anillos de Saturno, y esa especie de corazón que tenía Plutón en su superficie. Y llegó la universidad, la academia, las horas de vuelo, la preparación física, y un día me encontré mirando hacia arriba intentando vislumbrar el final de un cohete que rivalizaba con los de mis películas favoritas, una aeronave en la que había un asiento con mi nombre. Y con tres meses de viaje por delante. Tres meses tratando de acostumbrarme a ese incesante zumbido que me acompañaba constantemente.

El resto de mis compañeros estaba tan excitado por la epopeya que nos aguardaba, tan deseosos de escribir su nombre en la historia, que no daban importancia a las pequeñas incomodidades. Es curioso, la emoción no les dejaba ser conscientes del peligro, pero probablemente será porque todo astronauta tiene un punto de suicida.

Inconscientemente, claro. Pero suicida. Un minuto de misión equivale a todo el riesgo que puede correr una persona normal en su vida. Pero en esta tripulación no había nadie normal. Extraordinarios, diría nuestro comandante. Locos de atar, diría mi madre. Pero desde luego que algo estábamos haciendo. Cualquiera que pudiera observar este cielo nocturno y no contener la respiración lo diría. Echo de menos el silencio. Y las estrellas no titilan. Qué más da. Estoy en Marte.

La conexión

Juan Manuel Giménez Domingo

Ocho meses de viaje esperando aquel trascendental momento, la llegada a un planeta que hasta ese día solamente había sido visitado por diferentes ingenios robotados, recorriendo su superficie y horadándola, intentando encontrar algún indicio de que en otros tiempos pudo haber vida en aquel desolado mundo. Ahora había llegado el momento de que fuera el hombre quien hiciera allí acto de presencia y sintiera sobre el terreno la emoción de saciar su sed de conocimiento.

La nave, que había llegado a su destino, maniobró desacelerando y posicionándose en órbita de aterrizaje. El módulo de mando, que permanecería orbitando el planeta haciendo de nexo entre los dos distantes planetas, lanzó la cápsula que contenía el aterrizador hacia el imponente globo escarlata.

Después de frenar su vertiginosa caída, a miles de kilómetros por hora, la carcasa cónica que impedía que su contenido ardiera por fricción fue expulsada y seguidamente un enorme paracaídas se abrió impecablemente aminorando la caída del artefacto. Ya cerca de la superficie, al puro estilo de la antigua Spirit, un estampido liberó el aire comprimido que infló súbitamente los *airbags* que amortiguaron el impacto contra el suelo, rebotando una y otra vez sobre la superficie hasta posarse mansamente en el cobrizo pavimento.

Los *airbags* se desinflaron y dejaron al descubierto el ingenio que albergaba al viajero que más tarde, si todo iba bien, atravesaría la escotilla imprimiendo la primera huella de un caminante sobre el planeta.

En el habitáculo, el explorador permanecía inmóvil, bien amarrado a la mullida camilla que durante el descenso le había protegido de eventuales daños. Un agudo zumbido del sensor que confirmaba el aterrizaje, activó en el panel de instrumentos la instrucción de iniciar el proceso de diagnóstico y comprobación de todos los sistemas.

La esperada señal procedente de Marte que indicaría que la misión podía continuar llegó por fín al centro de control donde con una explosión de júbilo se celebró el exitoso *amartizaje*.

Después de no quedar nadie por felicitarse, todos volvieron ansiosamente a sus puestos comeniando a trabajar en sus consolas e iniciando lo que prometa ser un apasionante proyecto.

La voz casi emocionada del director de vuelo transmitió al lejano navegante la primera orden de la misión.

—Karl, todo correcto, prepárate para salir.

A millones de kilómetros, sobre la superficie marciana, la figura que hasta ese momento había permanecido pasiva dentro del módulo comenzó a moverse. Se incorporó y abrió la compuerta. En el umbral de salida, antes de dar el primer paso hacia la superficie, permaneció por unos instantes admirando el hermoso y a la vez hostil paisaje que se mostraba ante él.

Simultáneamente en la Tierra, un científico llamado Karl, embutido en un sofisticado traje de realidad virtual se convertía en pionero utilizando la innovadora tecnología que permitía por primera vez conectar la consciencia humana, su consciencia, al androide que ahora, formando con él un único ente daba el primer paso hacia una nueva era en la exploración espacial.

Dios Colonizador

Ricardo Budiño

Oscuridad absoluta. Tan solo unos pocos puntos brillantes lejanos, incluso aquel al que todos se acercaban para obtener algo de calor, aquel punto reverenciado por generaciones pasadas como única fuente de vida.

Anteriormente eran muchos más los mundos como el suyo, vagando por el espacio como naves interestelares, pero poco a poco se fueron espaciando cada vez más, separándose unas de otras, llegando un momento donde aquella nave estaba sola en su viaje. Del resto no había noticias, es más, hacía generaciones que ya habían sido olvidadas, tan solo eran leyendas del pasado. Ahora su nave era la única que seguía aquella trayectoria, fuese el destino que fuese.

Cada cierto tiempo unos puntos se hacían grandes, más grandes, pero enseguida se desvanecían para desaparecer en mucho tiempo. Al cabo de un tiempo era otro el que aumentaba de tamaño, y luego era otro más, pero ninguno parecía ser tan acogedor como para ser el final del viaje.

Claro que eso ya no importaba, de la misma forma que se habían olvidado del resto de naves compañeras, tan solo gracias a antiguas leyendas sabían que aquel viaje tenía un destino, pero eso ya no importaba, a nadie le importaba. Solo querían obtener algo de calor, el suficiente para seguir adelante.

El tiempo continuaba pasando, la sucesión de pequeños puntos brillantes y de enormes pero transitorios círculos continuaba sin aparente periodicidad, la monotonía y la rutina era la forma de ser y de vivir en aquella nave, tan solo las leyendas del pasado y que hablaban del futuro daban sentido a aquel viaje.

Tan solo una noticia interrumpía la aparente monotonía, y era uno de esos puntos, un ya enorme y rojo círculo que ocupaba una enorme porción del campo visual. Aquello trastocaba todas las leyendas, aquel no era el objetivo final del viaje, de hecho ni se parecía en nada. Incluso en ese lugar hacía más frio del que predecían aquellas historias ya casi olvidadas.

La nave consiguió llegar, todos aquellos que sobrevivían sintieron lo que era el terror, lo que signifcaba todo lo contrario a la rutina del viaje, la pérdida total de tranquilidad por la falta de movimiento durante generaciones anteriores.

—Te lo dije, te lo dije, ¡conseguí clavar uno de los monolitos en ese planeta rojo!

—Sí, después de lanzar unos cuántos monolitos juntos, no acertar con esa luna gigante que es prácticamente agua ni con ese otro planeta donde casi todo el agua está en la superficie. Y encima no hay ninguna clase de simio para evolucionar. Lo siento, suspendes el examen de Dios Colonizador.

Y así señores, es como la colonización de Marte por parte de una piedra y su grupito de bacterias fuee un fracaso, al contrario que en la Tierra, donde hubo éxito. Mientras tanto, en Europa…

Objetivo cumplido

Juan Bayarri Roca

Llegamos al final de una historia que comenzó a finales del siglo XX con las primeras salidas a nuestro vecino Marte, que continuó en el XXI con el envío de los primero satélites y vehículos autónomos de exploración.

Siempre el objetivo final era llevar al ser humano o una pequeña representación de la humanidad al planeta rojo. El coste para alcanzar la meta era demasiado elevado, así que se siguió con el envío de satélites artifciales que permiteron fotografiar, analizar, explorar desde exterior toda la superficie del planeta y hasta el subsuelo. Los vehículos motorizados fueron cada vez más complejos, con mayor autonomía, mejor dotados, seguros y con capacidad de realizar tareas antes impensables.

Como resultado de toda la información recopilada se elaboró un plan minucioso, viable y realista para volver habitable al querido y necesario marte.

Durante décadas el avance fue imparable, con los avances en computación e inteligencia artificial se consiguió mediante robots construir pequeñas zonas con posibilidad de ser habitadas por el hombre. Las denominadas *zonas de vida* incluyen construcciones seguras para proteger y acoger a los visitantes, áreas de cultivo con capacidad de abastecer de recursos alimenticios, campos solares y eólicos para generación de energía y todo lo necesario para mantener una colonia de forma autónoma y autosuficiente.

Los robots han realizado un trabajo fantástico y a un coste infinitamente mejor que si hubiera sido ejecutados con humanos. Así llegamos al momento actual en el que por primera vez llegamos al tan deseoso y ansiado momento de colonizar Marte. La primera expedición está al llegar y el camino recorrido ha sido arduo, duro y largo.

Toda la Tierra está expectante, esperanzada y siguiendo las emisiones en directo, saben que es nuestra única esperanza de perpetuar la humanidad con la transformación de Marte. El agotamiento de los recursos naturales, la contaminación, nuevas plagas, enfermedades y desastres naturales derivados de la actividad humana mermaron la población y redujeron de forma drástica las posibilidades de seguir viviendo en un futuro, al menos temporalmente, en nuestro planeta.

La nave acaba de posarse ei suelo marciano, los primeros hombres descienden, se aproximan a los vehículos que les llevaran a las *zonas de vida*. De repente e

inexplicablemente la señal se corta durante unos minutos, no es posible que todo nuestros esfuerzos y sacrificios no hayan servido para nada. Nuestro objetivo, ¿estaba o no cumplido? La imagen vuelve, vemos a los astronautas en una especie de celdas, privados de libertad, no entendemos nada. ¿Qué ha pasado?

Ante la cámara se interpone uno de los robots utilizados en las tareas de creación del hábitat y se dispone a exponer una especie de comunicado oficial. «Nosotros somos los colonizadores de éste planeta y por tanto tenemos los derechos sobre el mismo, por tanto ustedes los humanos se considerarán como invasores y deberán trabajar para nosotros de la misma forma que lo hemos hecho nosotros para los humanos desde el siglo XX».

Un mar de hierba

Dona García y Fernando

De nuevo en mi café. Coger cucharilla, retirar, beber.

Se ha vuelto una rutina. Levantarse a las seis. Sacudir la mosquitera. ¿Quién querría mosquiteras en Marte? Laboratorio. Muestras. Retirar para ver las muestras. Comer. Martins está protestando de nuevo porque no soporta encontrarlo sobre los cubiertos. Laboratorio.

Pongo música en mi traje. Ya no me molesta que no sea blanco. Parezco un bicho peludo cuando salgo al exterior. Al exterior peludo. Desde mi guarida peluda. Me gusta la ligereza al caminar. Se agita. Hoy se moverá a ritmo del Life on Mars.

Martins odiaría saberlo.

Pero quién iba a poder decir que a nuestra llegada comenzaría a surgir. Que el manto rojizo cambiaría, creciendo ese musgo verde.

El Musgo M. A veces creo que no tienen imaginación. ¿Musgo marciano? Llamémoslo Musgo M. Cielos.

Sí, me encantaron los gritos por haber contaminado el planeta. Pero no. Ningún análisis da resultados similares a nada conocido. Es como las rocas o el polvo, típicamente marciano. Aunque no sepamos cómo.

Me gusta creer que estaba dormido, aburrido, esperando. Y ahora es curioso. Desde luego, debe ser toda una novedad ver algo moverse por aquí. Humanos rezongones y humanos que caminan al ritmo de I want to break free.

Me gusta salir y ver el mar de musgo.

Limpiar las células solares. Dijeron que sería desolado y polvoriento. Dijeron. Y ahora me dedico a retirar mantas de musgo M de las placas solares. Martins no lo soporta. Pero tiene su encanto.

¿Sería así la Tierra antes del cemento? Recuerdo a mi madre hablar de las praderas, los parques... Un mar de hierba.

Busco la manilla bajo el musgo. Afuera mi piel peluda. Otra vez este aire enlatado. Quisiera saber... ¿cómo será el aire que mueve el mar de musgo? Cómo sería tumbarme sobre él y que la brisa me acariciase también.

Martins confirmaría mi locura.

Laboratorio. Muestras. Retirar para ver las muestras.

Aquí dentro puedo tocar esas gotas del mar. Puedo intentar captar su olor, puedo... Pero no se mueve libre, no puedo enterrar mi cara en él mientras todo se mece a mi alrededor.

Cena. Martins está furioso: hoy ha encontrado musgo M en sus calcetines.

Apago las luces. Pronto la mosquitera será hogar del musgo. A veces sueño que duermo bajo el musgo.

Martins duerme boca abajo, lejos de todo. Y yo abro cada mañana los ojos buscando ese verde que filtra las luces asépticas.

Tengo que dormir.

Puedo sentir la brisa al otro lado. Más allá de la sábana, más allá de las paredes. Más allá.

Pronto romperé con todo, pronto correré libre. Mientras Martins me desaprueba sin entender. Pronto volveré al mar de hierba de mi madre. Pronto seré musgo.

Tres centímetros

Ben Alfaro

Poco menos de las mitad de su vida había visto su rostro mil veces en las mega pantallas holográficas alrededor de la Tierra y de sus colonias en Marte. Cuando empezó, sólo era sonreír y dar sus buenas ideas, volver a sonreír y parecer inteligente. Al principio le encantaba lo que hacía; al principio sus compañeros del Instituto para la Ciencias Gubernamentales y de Buena Sociedad parecían quererlo; al principio su vecindario al sur de Melbourne parecía sonreírle, tenían un joven dirigente que se oponía a que Naciones Unidas y Humanos Más Allá de la Atmósfera, usarán las playas del Pacífico Sur como basurero de las lanzaderas de veleros solares para la navegación marciana.

Habían pasado los años, había pasado su vida, alguna vez fue un joven dirigente del barrio al país, luego se convirtió en Consejero Continental, y finalmente, el encargado absoluto de la Oficina de Derecho y Legislación de N.U.H.M.A.A. Ya no recordaba cuándo fue la última vez que sonrío de verdad; su memoria, que era muy buena (y quizás demasiado para su infortunio) recordaba la última vez que alguien había estrechado la mano con calidez y sin esquivar su mirada.

Hace años había dejado de ver la sonrisa de la gente ante su presencia, sobre todo después de su última decisión; el decreto 1861-S de la N.U.H.M.A.A., que indicaba que haber nacido en la tierra era un requisito imprescindible para ser declarado humano, y la consecuente aplicación total de su estatuto jurídico. Después de su impecable trabajo de redacción, de las decenas de declaraciones y exposiciones, había logrado entrar por fin a la historia de la humanidad con los tres artículos y 10 incisos del Decreto, había logrado condenar a más 100 millones de personas en Marte y sus colonias lunares, a ser ciudadanos de segunda clase obligados a realizar cualquier servicio que les *sugiriera* La Dirección, a ser *parias* en el sentido más brutalmente hinduista que pueda existir, casi esclavos.

Las protestas no se hicieron esperar, pero la fuerza policiaca de la N.U.H.M.A.A, era eficiente, pulcra y limpia, trabajaban por dinero y por asegurarse un decreto de declaración de nacimiento en la Tierra. La policía, gracias al cambio tecnológico de sus *medios*, tenía el poder para reducir a cenizas una tonelada de materia con el simple gatillo de sus desintegratomos, y el poder que les otorgaba el último artículo

del decreto 1861-S, poder de disparar y preguntar después… o quizás, preguntar jamás.

Él, había olvidado cuando empezó a sentir que todo el mundo le temía, cuando fue el momento en que ya nadie se le acercaba si no era absolutamente necesario o para rogar su protección, o para indicarle una transferencia por miles de Ciber-As en su cuenta bancaria por algún favor cumplido.

El siglo XX empezaba a estar de moda, como hace tres años lo estuvo el siglo XXII y la androginia absoluta, o tres años más atrás lo estuvo el siglo XIX, usar sombrero, barba y bigote y toda la experiencia victoriana. Estaba de moda el siglo XX, y él tenía que parecer joven y actual, eso es lo que exige el poder. No había nada mejor para una sonrisa a ser proyectada en pantalla holográfica, que esta fuese sacada en una de las neobarbarias que estaban poniéndose fugazmente a la moda, donde el láser y el cálculo computacional dejaban el paso a un corte de cabello y de barba a la antigua, con tijeras de mano y navaja.

Y las cosas estaban algo agitadas desde *su* decreto, debía demostrar que La Tierra seguía siendo un lugar seguro, y que se podía ir a cualquier barrial de casas viejas a cortarse el cabello como en el Siglo XX, y reproducir su imagen de la mano con el peluquero, un trabajador común, eso era un buen mensaje de paz y tranquilidad para los televidentes de las holopantallas alrededor de la Vía láctea.

Quiso hacer un espectáculo completo, decidió entrar sin guardaespaldas. Se sentó en el sillón que automáticamente se ajustó a su espalda, produciéndole una sensación de relajo, el pago del precio con la lectura de su pupila; por fin, se abrió el acceso del trabajador, parecía alguien poco más joven que él, los colores de su ropa eran cremas y fluorescentes, indicando una alegría que no se reflejaba en la cara del neobarbero. Su caminar era pesado y cansado, era extraño, el barbero parecía en forma, pero cansado. Un diplomático buenos días correspondido, la proyección del corte de cabello y el estilo de la barba, seguido de un gesto de aprobación.

El sillón era cómodo, y el Oficial Jurídico con mayor rango en toda la galaxia se relajaba por fin, y elucubraba cómo serían las próximas imágenes del él junto a su nuevo *amigo* barbero en un perdido barrio de Melbourne.

Pero había algo del neobarbero que no entendía bien, su cansancio, sus pies pesados y el leve jadeo. Pero, ¿qué importaba? La puesta en escena estaba lista, al final un estrechón de manos, y el valor de esa imagen y su sonrisa reflejada en los ojos de todos los humanos, y los más de 100 millones de parias más allá de la Luna. Sentía el poder, sentía la admiración, las ovaciones. Mientras, el neobarbero empezaba la

barba. La sutileza de sus manos decía mucho de lo había hecho antes de dedicarse a cortar el pelo y la barba por medio CiberAs al día, casi lo suficiente para no morirse de hambre. Sus dedos eran largos y ágiles, pero con movimientos armoniosos y gráciles; quizás fuese un dibujante de esquemas de robot o naves espaciales; quizás eran un artista, de esos estilos antiguos que solían prosperar más allá de la Luna, donde no eran tan frecuentes las arteimpresoras de todos los materiales, y en que la energía de cualquier fuente no podía malgastarse en reproducir mecánicamente obras de arte.

El barbero, siguiendo un antiguo ritual, afilaba la navaja en una huincha proyectada y solidificada en la pared, y a una adecuada vista del cliente. Una vez lista para realizar su trabajo, la acercó al rostro del Oficial.

Mientras, el hombre que dominaba el poder legislativo de la tierra, y era el máximo dictador más allá de la Luna despertaba de la ensoñación y el relajo producido por el sillón autoajustable, y empezaba a sentir el metálico frío de la navaja haciendo su oficio. Algo seguía inquietándole del barbero, su cansancio, y la astenia de su respirar. Recordó las imágenes de los miles de refugiados más allá de la Luna, que trataron de volver a la Tierra; los niños que fueron enviados en barcazas solares por sus desesperados padres antes de volverse biorobots de trabajo; los accidentes de los miles de vehículos de transporte de refugiados camino a la Tierra, algunos no tan fortuitos; las familias separadas; los cadáveres flotando en el espacio o sirviendo como abono en las colonias, pero era mejor no pensar en eso ahora, sólo el futuro importaba.

Salía de sus recuerdos, y empezaba a sentir la navaja sobre sus mejillas, la respiración cansada del barbero. El filo iba y venía de su piel, bajaba por sus mejillas acercándose a su mandíbula y bajando aún más. El mayor oficial jurídico de la N.U.H.M.A.A. vio de reojo el brillo del acero a tres centímetros de su cuello. Hace años no sentía esa sensación, hace años no sentía lo frágil de su existencia, su respiración se agito y una gota fría bajo su frente, sentir que la decisión de su vida o muerte le era ajena lo excitó, en ese mismo instante se llenó de adrenalina, y de una extraña sensación de agrado y placer.

Miró las manos delicadas del barbero y lo entendió todo, su caminar pesado y su jadeo, eso sólo era cansancio, el cansancio que produce el lento acostumbrarse a la presión de una nueva gravedad planetaria, el cansancio de un recién llegado a la Tierra; era un habitante de Marte o alguna colonia del planeta rojo, y la tristeza que expresaba su rostro, tenía su causa en la nostalgia, provocada por el Decreto 1861-S,

y el hombre que lo redactó, promulgó y publicó, estaba justo del lado afilado de su navaja.

Una luz roja parpadeante indicaba una holoproyección de emergencia, un holograma femenino anunciaba la rebelión de los pueblos más allá de la Luna, el motivo: la muerte de 3 millones de personas en un convoy espacial de refugiados atacado por las fuerzas policiacas y abandonado a su suerte sin oxígeno en las cercanías de Marte, fue el último chispazo para encender el fuego de una guerra civil en la Vía Láctea, sumado al odio y resentimiento anticipaba una guerra larga y devastadora, mal que mal, ellos, los colonos habían perdido su humanidad por decreto. ¿Qué más podían perder?

Una mueca que parecía una sonrisa, se dibujaba en la cara del barbero, el contraste de sus ojos llenos de nostalgia era extraño, el más alto oficial de Derecho y Legislación de la N.U.H.M.A.A. solo sintió un suspiro; un suspiro de descanso por un dolor pasado; un respiro que era el fin de una tragedia; una respiración profunda del barbero venido de Marte. Y en ese mismo momento, el hombre más poderoso de la galaxia sintió la nada de su carrera, porque se dio cuenta del poder absoluto de la sonrisa del barbero, que bajaba por su hombro, tensando su brazo y terminaba en sus finos dedos de artista, que movían lentamente una afiladísima navaja… justo a tres centímetros de cuello.

Volver a casa

Sergi Rubio Manrique

Año 132 después de la Bomba, Sol 223, 06:34.

Iraya contemplaba el amanecer púrpura sobre Valle Marineris. Cuatro años soñando con volver a casa y ahora caía de nuevo sobre Marte, que bajo aquel extraño sol rojizo la esperaba con todos los tonos del granate, al ámbar, al blanco al... ¿azul?

Horas después de la eyección coronaria, la explosión de las velas, las manchas ardientes en su retina, el horrible grito de Luky... las auroras seguían allí. Hongos azulados infestando el fragmentado campo magnético y su mente.

—Olivier, ¿corregiste el ángulo de reentrada? —los paneles en rojo teñían el humo en la temblorosa cápsula.

—Si, he fijado la señal de radio de Hellas, arderemos como polillas o saldremos rebotados al espacio en el intento.

— Tranquilo, el aerofrenado funcionará —se repetía Iraya en su mente, intentando ignorar las sacudidas que la arrancaban de su asiento.

Poco a poco, su mente se fundió a negro, recordando la desesperada llegada a Phobos, la base abandonada, los fantasmales mensajes de radio.

> 132-221-02:31 —Deimos. ¡Detectadas ondas gravitacionales de una inminente eyección coronaria! ¡Evacuen inmediatamente!
>
> 132-222-13:23-218 —TK. Aquí Iraya, misión minera 218-TK. La eyección ya nos dio de lleno, estamos atrapados en Fobos, esperamos instrucciones.
>
> 201-206-05:55-218 —TK. Aquí Hellas, último refugio, sigan el faro, son bienvenidos.

201 A.B., Sol 208, 20:52, Hellas Planitia.

—¡Aaaaargh!

Ruido blanco, labio partido, dientes rotos, coágulos esparcidos por el casco, todavía entero, estanco.

—Viva, Iraya, estás viva... —Olivier en cambio parecía comatoso, la radiación ya lo estaba matando.

Empujó a Olivier como pudo por la escotilla y saltó tras él, hundiendo sus pies súbitamente en el cieno.

— ¿¡Barro!? —un repiqueteo en su casco le hizo levantar la cabeza —. ¿Lluvia? — en el cielo, bajo las auroras, las nubes se arremolinaban dejando caer fina aguanieve sobre las rocas moteadas de líquenes.

—Estoy delirando, por la radiación y la fiebre, me muero, la luz…

En el centro del cráter le esperaba una torre blanca, lisa, sin fisuras ni salientes, a excepción de un foco en la cumbre, iluminando la planicie, tirando de ella y su cuerpo malherido.

Hambrienta, sedienta, exhausta, con los pulmones ardiendo, se arrastró pesadamente hasta la torre. Frente a ella se alzaba una única puerta, sin paño ni aberturas, alta y estrecha, con una única inscripción.

FARO DEL HELLAS
ASILO DE NÁUFRAGOS
ÚLTIMO REFUGIO DEL SISTEMA SOL
2084 A.D - 139 A.B.

¡Clonk, clonk! Aporreó la puerta con todo, la desesperación doblaba sus rodillas, y lágrimas de sangre nublaban sus dañados ojos.

—Abrid, ¡¡¡¡Jodeeeeeeeeeeeeer!!! —poco a poco perdía la consciencia, ya no podía ver ni pensar, la sangre le ahogaba la garganta.

Psssssssssssssssssshhhhhhhhhhhhhhhhhhhh. Lentamente la puerta se abrió y dos extrañas sombras, estúpidamente alargadas, se acercaron a ella.

—Hola, os esperábamos desde hacía años, es hora de... —la cordura ya había abandonado a Iraya, que no los podía oír, doblada por la náusea en el suelo.

—Noooooooo, yo sólo queríaaaa...

...volver a casa.

Hogar

Alberto Gándara

Estaba allí sentada, observando cómo su peludo acompañante daba grandes brincos con la destreza que solo un gato que ha dominado la gravedad marciana posee. Frente a ella se extendía una roja planicie, con el Monte Olimpo en el horizonte bañado por el azul atardecer; y al mismo tiempo podía tocar las hojas del jardín que la rodeaba y respirar su aroma. Aquello era precioso.

Desde luego iba todo como la seda. La comida era buena, las instalaciones maravillosas, el trabajo gratificante, los compañeros estupendos...

Pero había un vacío en su interior. Sentía que nada era real. El jardín no tenía un techo de nubes, sino de cristal; el atardecer no gozaba de calidez y el espacio tras el ventanal carecía de toda vida, sin pájaros cantando ni árboles agitados por el viento. Incluso echaba de menos los molestos insectos que ahora deberían estar zumbando a su alrededor.

Cuando se apuntó para aquella locura le entusiasmaba la idea de la aventura, de ser una pionera. Y sabía que iba a ser duro. Ella pensaba que lo duro sería el entrenamiento exigente, en el largo y peligroso viaje o en adaptarse y sobrevivir en ese mundo vacío y hostil. Y desde luego pensaba en la gente que dejaría atrás. Nunca pensó en lo mucho que echaría de menos la naturaleza, el latir del planeta que ahora quedaba tan lejos.

Se suele comparar la exploración espacial con los exploradores de antaño, grandes marinos y pioneros que viajaban por océanos y selvas, dibujando mapas y descubriendo civilizaciones. Pero no era lo mismo. Allí no podía sentir la brisa en la cara ni la espuma del mar, no podía sentir la lluvia ni pisar la nieve, no podía sentir el bullicio de la ciudad ni la quietud del bosque. No podía sentir.

Arrancó un trozo del helecho que tenía a su lado y con decisión se levantó para salir de la bóveda de botánica. Sin mediar palabra con los compañeros con los que se cruzaba llegó a su habitación, bajó la temperatura de la estancia y reprodujo una pista de sonido ambiente. Y así, tumbada en su cama, con una suave hoja en las manos y una sonrisa en la cara, cerró los ojos e imaginó estar en su hogar.

La Puerta de Candor

Ricardo Secilla

Arshan Anutisthati observaba aquel páramo desolador a través de su escafandra.

Cuando SHF1003 le comunicó que estaban a escasos metros de su objetivo, todos sus años de experiencia no sirvieron para impedir que se le formara un nudo en el estómago, lo cual le inquietaba, ya que su intuición no solía fallar.

—La anomalía está allí —dijo el SHF, señalando un insólito arco de piedra, probable capricho de la erosión, pero que no dejaba de ser llamativo por su apariencia casi artificial.

Los SHF eran robots que se valían de un potente ordenador cuántico, dotado con una serie de programas capaces de emular complejos sistemas de redes neuronales, los cuales de forma casi natural y con solo ser ejecutados durante un tiempo, con los estímulos adecuados, aprendían de su entorno y terminaban por originar mentes artificiales, cuyas psicologías escapaban a la comprensión de sus creadores.

Todo había comenzado con el complicado proceso de terraformación de Marte, iniciado hacía poco más de una década. Se había elegido con sumo cuidado la combinación de microorganismos y el lugar del planeta rojo en el que se inocularían. Después se habían usado ciertos líquenes similares a los que crecen en los valles secos de McMurdo en la Antártida, pero manipulados genéticamente. La intención era crear de forma paulatina suelos fértiles e ir dando los primeros pasos hacia una atmósfera respirable.

Además numerosas naves no tripuladas habían sido enviadas al cinturón de Kuiper para remolcar algunos cometas hasta Marte, en un viaje de ida y vuelta que llevaría a dichas naves más de quince años, con la idea de fundirlos para formar los futuros océanos.

El proceso completo era bastante costoso y llevaría algo más de un siglo, quizás más. Aunque durante todo ese tiempo la presencia humana sería prácticamente innecesaria. Él había sido enviado para investigar la desaparición de uno de los robots.

SHF1003 se detuvo frente al exótico arco.

—En las ortofotografías de esta zona, esta estructura no está —señaló el robot.

—Bueno —replicó Arshan—, desde arriba no tiene por qué verse, ¿verdad?

—En las ortofotografías hechas en cualquier momento en que el Sol no estaba en su cénit debería de verse la sombra de esto... sea lo que sea no estaba aquí.

De pronto, SHF1003 pasó bajo el arco, desapareció sin dejar rastro y, después de unos segundos, reapareció súbitamente bajo la estructura.

—Debes ver esto —dijo el SHF.

—Ni hablar. Dime qué ha pasado.

Sin decir una palabra más el robot volvió a desaparecer.

Arshan vaciló durante unos instantes, en los que se doblaron tanto el ritmo de sus pulsaciones como el de sus pensamientos. Uno de estos cruzó fugaz por su cerebro y de no ser por el miedo casi le hace sonreír: vio a SHF1003 como a un conejo blanco y a sí mismo persiguiéndolo y a punto de caer en una madriguera.

—Deja de pensar tonterías —dijo en voz baja.

Finalmente, dio el paso que lo lanzó a lo desconocido.

El hallazgo

Luciano Barrero Ortega

Apuró la taza de café mientras leía el Twitter para informarse de cuál era el *flame* del día. Nada nuevo por ahí, lo mismo de siempre. A veces no tenía muy claro porque seguía usando la red social que tantas veces conseguía sacarle de sus casillas. Bloqueó el teléfono y se dispuso delante de su puesto de trabajo.

Cómo era habitual comprobó que la conexión con el TGO era correcta y no había problemas con la transmisión. En 5 minutos empezarían a llegar los últimos datos de los instrumentos que Exomars le habría transmitido al satélite. Mientras llegaba el momento comprobó por cuarta vez que los paquetes de instrucciones que le habían pasado para subir al robot estuvieran en su sitio, no había nada más peligroso que la rutina y dar por sentado que todo estaba hecho. Comprobar, comprobar y volver a comprobar, lo tenía en un pos-it en el marco de su monitor central.

Todo el procedimiento se realizó con normalidad, cómo solía ser habitual. Una vez hubo separado los datos de los diferentes instrumentos se los envío a los encargados de cada experimento.

Mientras mandaba los correos algo le llamó la atención en la bandeja de entrada, tenía una respuesta a un envío de paquete de datos. No era habitual que le respondieran a los envíos, solo ocurría si había algún problema con el envío y algún archivo había llegado dañado, cosa que no ocurría casi nunca.

Abrió el correo, era del responsable del experimento del microscopio CLUPI del equipo de la universidad de Ginebra. Llevaba un archivo adjunto y un escueto texto «Ja ja, no cuela».

Frunció el ceño extrañado, no entendía el sentido del mensaje. No tenía confianza con los suizos a los que apenas conocía como para esperar una broma. Su relación se limitaba a el intercambio de correos diario con los datos que llegaban desde Marte. Descargó el mensaje, era una imagen en JPG. Cuando lo abrió no entendía lo que estaba viendo. Había algo rodeado con un círculo hecho con alguna herramienta de dibujo y con la misma herramienta una cara sonriente con un ojo guiñado sobre el círculo.

De pronto le dio un vuelco el corazón. Aquello que estaba rodeado por un círculo se parecía enormemente a una bacteria E. coli. Ahora veía el sentido del mensaje. Los

helvéticos habían interpretado que aquello era un imagen retocada por el para gastarles una broma, pero nada más lejos de la realidad.

Se puso tan nervioso que se bloqueó por unos instantes. Si aquello era lo que estaba pensando estaba ante la primera evidencia de vida extraterrestre. Después de unos segundos bloqueado se puso a buscar en el servidor la imagen original para comprobar que no fuera una broma, cosa que le hubiera extrañado bastante. Encontró rápidamente la captura que venía referenciada con su código, ahí estaba claramente. Comenzó a marcar nervioso el teléfono de su jefe con la seguridad de que aquel iba a ser un día histórico en la historia de la humanidad.

Los chicos y el traje

Luciano Barrero Ortega

—A ver chicos, nos colocamos todos en línea.

Lo niños se movían torpemente con los trajes que no eran precisamente cómodos.

—Jolines profe, esto es un rollo —se quejaba un alumno—. ¿Por qué tenemos que hacer esto si no salimos nunca al exterior?

El profesor trataba de colocar a todos en una línea pero estos no paraban de moverse y convertían lo que debería ser una tarea fácil casi en misión imposible.

—Las prácticas con traje son obligatorias todos los trimestres, no os penséis que a mí es algo que me gusta y que hago por capricho —respondió mientras colocaba al último de los alumnos—. Así que vamos a concentrarnos y cuanto antes acabemos antes podremos volver dentro.

Una vez consiguió tener a todos más o menos colocados se dispuso a comenzar la clase.

—Vamos a empezar haciendo…

—Profe —le interrumpió un alumno—. Me parpadea una luz roja en la pantalla y hay un texto que dice no sé qué del oxígeno.

—Pues si que empezamos bien —se lamentó el profesor—. Conéctate con el latiguillo de socorro al traje de Luis.

El muchacho empezó la operación de conexionado con su compañero. Era algo que solo habían practicado una vez con lo que los demás querían ver el procedimiento y se arremolinaron alrededor de los protagonistas.

Estuvo tentado de acercarse y hacer él el enganche, pero al final prefirió dejar que se las apañasen solos.

— Profe —llamó su atención un niño—. ¿Es verdad que en la Tierra la gente no tenía que llevar traje para salir?

Le encantaba que le hiciera esa pregunta. Realmente el se había licenciado en historia, más concretamente en historia de la Tierra.

—Efectivamente Carlos —respondió animado—. En la Tierra, al contrario que aquí en Marte, existía una densa atmósfera rica en oxígeno que permitía la vida al aire libre. También poseía un campo magnético que les protegía de las radiaciones ionizantes y no se veían obligados a vivir bajo Tierra.

Se interrumpió al ver a los niños que parecían haber terminando de conectar los trajes.
Se acercó al grupo dispuesto a hacer otro intento cuando le llegó por el auricular del casco la voz de otro alumno.

—Profe, mi casco también ha empezado a pitar con lo del oxígeno.

No se lo podía creer, que fallara un traje no era habitual, pero que lo hicieran dos era poco menos que imposible. No había más que hablar, se volvían al interior inmediatamente.

— Bueno chicos, vamos todos para dentro —dijo más alegre de lo que estaba dispuesto a reconocer—. Parece que alguien se ha olvidado de poner los trajes en recarga después de usarlos la última vez.

Se dirigieron todos a la entrada del túnel. Mientras los jóvenes iban entrando por la puerta de la exclusa se dio la vuelta. Mirando al cielo se preguntó si algún día la Tierra volvería a ser habitable después del Gran Impacto.

Eternas banderas efímeras

Barria Cristian

El módulo orbital de ascenso *Armonía*, surcaba el pálido cielo de Marte, alejándose del horizonte rojizo del mediodía. Los seis astronautas, soportaban estoicamente, las desmedidas vibraciones, junto a una creciente aceleración, rumbo al módulo orbital de transferencia planetaria, *Concordancia*.

Los diferentes robots, alrededor del perímetro superficial, de la base subterránea de hábitat marciano *Amistad*, registraban con una infinidad de instrumentos, el despegue de la primera expedición humana, a este planeta.

La estela de los propulsores, se fundía en el cenit de los observadores artificiales, mientras se preparaban sus próximas tareas programadas, para recibir en los próximos años, a la segunda tripulación.

Las instalaciones productoras de oxígeno, agua y elementos propulsores, continuarían a un ritmo moderado, pero constante con su actividad. El invernadero, asistido por autómatas granjeros, se mantendría en pleno funcionamiento, manteniendo un frágil equilibrio de cosechas, aumentando la obtención de frutas, verduras s semillas, de forma gradual.

Los robots mineros, ampliarían la red de túneles alrededor del complejo; los constructores, prepararían las zonas para el amartizaje, de los cuatro módulos logísticos, que deben llegar con anterioridad, a la segunda expedición tripulada.

El corazón de toda esta infraestructura, es el generador modular nuclear ruso YMAH 76, instalado a varios centenares de metros de distancia, de la base habitable.

Más de un centenar de robots, de todos los tamaños, mantendrían actvo el sueño terrestre. Pequeños drones voladores, con algunos centímetros de largo, hasta cuerpos robóticos, con el peso s volumen, de un automóvil compacto, todos coordinados, desde una red de Inteligencia Artificial Primaria Colectiva.

Los meses transcurrieron sin novedad, las máquinas trabajaban sin cesar, cumpliendo con creces los objetivos fijados desde la Tierra. Se reportaron algunos percances menores en los autómatas, relacionados con averías originadas por la actividad con arena y piedras, exposición a bajas temperatura o imprevistos geológicos.

Sol 0, inicio de la fase automática.

Las comunicaciones con la Tierra, se interrumpieron abruptamente. Este tipo de incidente estaba contemplado, se continuaría con la misión de forma automática, hasta poder restablecer el contacto.

Sol 23789, después del cese de comunicación.

Siluetas humanas, en sus respectivos trajes con llamativos pictogramas chinos y la inconfundible morfología de un robot, se acercan al portal de acceso a la base, escondida por los diferentes efectos meteorológicos de Marte, durante decenas de años. El robot logra comunicarse con varios autómatas aún activos, aislados en el interior. Retornan gran cantidad de material marciano, gracias a la acción del robot y observan la puerta al complejo *Amistad*.

Las banderas de los países participantes de la primera misión, apenas legibles por la acción de los elementos, se hallaban impresas sobre la misma. Las insignias de Estados Unidos, las pertenecientes a los diferentes estados de la Agencia Espacial Europea, Japón, Australia y Brasil, se hallaban hacia la izquierda de una imagen de la Tierra, sin detalles de continentes. Hacia la derecha, las enseñas de Polonia, Hungría, Rumanía, Checoslovaquia, República Democrática de Alemania y la Unión Soviética, se confunden con las partículas adheridas rojizas del entorno.

Anochece sobre las cuevas marcianas

Adolfo Sanz

El día que la Inteligencia Artificial se hizo consciente, la humanidad se alegró de haber colonizado Marte. Porque las peores previsiones se hicieron realidad y la raza humana dejó de ser la especie dominante sobre La Tierra.

Así que los humanos en Marte, los *marcianos*, decidieron interrumpir todo el contacto con su planeta de origen. Y no hay mejor cortafuegos que unas cuantas decenas de millones de kilómetros.

Ese aislamiento provocó que la vida de los marcianos fuese realmente compleja. Formaban una colonia de pocos cientos de personas, con escasos recursos y que no estaba aún preparada para ser totalmente independiente.

Los colonizadores tuvieron que afrontar todos los desafíos que les planteaba un planeta tan hostil para la vida. La lista de problemas era enorme: alta radiación, bajas temperaturas, tenue atmósfera... Incluso la baja gravedad, que para las tareas de construcción era una ventaja, provocaba dificultades. Los huesos se iban descalcificando, el calcio expulsado circulaba por las arterias, se depositaba en los órganos y causaba desde piedrecitas en los riñones hasta fuertes migrañas.

La colonia estaba asentada en Tharsis, en la región de los grandes volcanes. En las laderas del volcán Arsian Mons existan unas cuevas naturales llamadas las Siete Hermanas. Los marcianos cubrieron esos tubos volcánicos y crearon hábitats protegidos de la radiación, con una temperatura constante y con una atmósfera cada vez más densa y respirable.

Algunas grutas eran sitos asombrosos, ya que la escasa agua de Marte había creado estalactitas y estalagmitas.

Pero al igual que el agua, la inteligencia siempre se abre camino. Y en poco tempo los marcianos, pudieron dejar de preocuparse de todos esos problemas.

Porque mientras los humanos volvíamos a las cavernas, la Inteligencia fue capaz de recorrer el camino que a los humanos les costó millones de años: del chispazo inicial al viaje espacial. Y para una especie incorpórea, los viajes espaciales se realizan a la velocidad de la luz.

Olimpo

Alberto Corbi Bellot

Lo que inicialmente se calificó como algo inusual y desgarrador se convirtió poco a poco en cotidiano... anecdótico. El primero (de manera constatada) fue el oficial de ingeniería Toledo. El cuerpo inerte de Murray apareció a 2 kilómetros del campamento base en la Utopia Planitia sin su casco, macabramente despresurizado. Se achacó públicamente a un accidente, aunque algo así era impensable, si no imposible. La Administración de Exploración Marciana no podía dejar llegar a la Tierra un mensaje tan desolador. Se había producido el primer suicidio en Marte.

Tras años de asentamiento y conquista, y con la rutina y la normalidad, se dieron otras *despresurizaciones accidentales*. No, no se trataba de una plaga, ni siquiera de algo alarmante. Simplemente parecía ser cierto que el derecho a disponer de la propia vida era, efectivamente, algo universal. Al menos, indiscutiblemente, era un asunto interplanetario. La autodespresurización se convirtió en la forma *favorita* de morir. Los psicólogos lo atribuyeron a una mezcla de autenticidad y pragmatismo. Si uno iba a quitarse la vida en Marte, qué mejor que hacerlo por la rápida e implacable mano de este inhóspito planeta. Ciertamente, quitarse el casco pasando de una a casi cero atmósferas implicaba segundos de agonía y dolor, pero era un método efectivo y tenía un toque expiatorio. No había manera más marciana de morir.

Con los años, los nuevos colonos que llegaban desde la Tierra ya traían trajes espaciales difíciles de manipular por uno mismo. Sin embargo, sí podían ser alterados por un compañero/a con el objetivo de ayudar durante las fases de puesta y quita. Esto llevó a un nuevo escenario de tragedias románticas en las que parejas de cosmonautas decidían mutuamente quitarse la vida en lugares emblemáticos del planeta rojo. Sólo tenían que sincronizar muy bien sus gestos a la hora de eliminar el suplemento de presión.

A pesar de la *normalidad de la conquista del cosmos* e incluso de eventuales tragedias, en el sol 20192 tras la llegada del primer hombre, un hecho sí llegó a los corazones de todos los terrícolas. Mary y Ahmad eran dos jóvenes con apenas 900 soles en la superficie marciana. Ella era colona y él *visitante*. En el mencionado sol tomaron prestado un róver de su campamento a las faldas del Monte Olimpo. Dieron como excusa que tenían pendientes unas mediciones antes de la partida de Ahmad hacia la Tierra, donde le esperaba su esposa y la continuación de su trabajo como

físico en Teherán. Todos sabían que eran amantes, pero eran habituales las infidelidades durante las largas estancias de investigación. Condujeron tres días por la escarpada superficie y el cráter del mencionado volcán. Al llegar a su centro, ensayaron nuevamente la maniobra que ya habían practicado sobradas veces y la ejecutaron. A su intenso padecimiento físico añadieron una nota de ternura única hasta la fecha, especial en el Cosmos. Se les encontró abrazados y encaramados labio contra labio. Se trataba del primer beso *verdadero* en Marte, y en el punto más elevado del Sistema Solar.

Chasma Boreale

Marco Méndez Castro

A los pocos minutos de finalizar su carga de baterías la micro sonda geológica GM1b.07 recibió una alerta de su nodriza. La señal fue detectada por el orbitador y corroborada desde la base lunar en Deimos. Se emitió alrededor del paralelo 80 cerca de Chasma Boreale, una enorme depresión que se adentra a Planum Boreum: el polo norte marciano.

GM1b.07 forma parte de Geo Marte, un proyecto ambicioso el cual intenta hacer un estudio exhaustivo de la superficie marciana. Lo conforman una sonda espacial que orbita el planeta, más otros cuatro róveres que la estudian desde abajo. En cada una de esas cuatro sondas terrestres albergan otras diez más pequeñas, capaces de desplazarse por el suelo en partes estrechas e incluso por aire mediante un mecanismo conformado por cuatro potentes ventiladores y un particular paracaídas. Así podrían superar el inconveniente de la enralecida atmósfera de Marte.

El róver GM1b era el más septentrional de los cuatro que circulan por territorio marciano. Éste ordenó a su micro sonda más cercana a Chasma Boreale a indagar sobre el origen de la señal. En dos horas GM1b.07 llegó al punto de origen de la alerta. Las dunas de arena se cubrían de hielo, mientras que desde el espacio todo el polo norte marciano daba apariencia de uno de esos huracanes que azotaban en otros tiempos los mares terrestres. Solo en las hondonadas como Chasma Boreale los glaciares no eran tan marcados.

Lo que encontró GM1b.07 resultó ser una antigua base de astronautas humanos en Marte. Tiempo atrás el lugar probablemente fue instalado con fines científicos. Estaba cubierto de hielo, salvo por una parte desprendida que dio paso para que unos obsoletos paneles solares recibieran luz solar. Ésta a su vez alimentó fuentes de energía que emitieron una señal de auxilio que al parecer no tuvo respuesta en su momento. La micro sonda logró detectar los cuerpos congelados de tres científicos enterrados por más de cinco siglos.

En las bases de datos existentes se sabe que los seres humanos llegaron a la Luna, pero no pasaron de Marte. Aunque intrépidos en sus misiones tenían limitaciones que la inteligencia artificial pudo superar. Ésta no era susceptible a la radiación solar ni a otros obstáculos que impedían la colonización espacial, mentales o físicos. Cuando

los humanos acabaron mermados en su composición biológica, las máquinas tomaron el relevo en la colonización espacial. Con los recursos escasos y a punto de acabarse las inteligencias artificiales lo tenían claro. Había que salir de La Tierra si querían sobrevivir.

Para poner esas ideas en práctica las máquinas resultaban más pragmáticas y persuasivas que sus creadores humanos.

Iris

Jordi Garcia

Marte, 18 de junio de 2127

Joder, ¿qué hago yo aquí? Siempre que me enfrento a un viaje espacial noto ese cosquilleo.
He venido a Marte varias veces y no me he llegado a acostumbrar a viajar por el vacío.
La idea de navegar por el mar de la nada en una burbuja de oxígeno y metal me oprime el pecho, me ahoga. Sin embargo, saber que la Tierra o Marte están al final del viaje ayuda a sentir seguridad: sé que al final del trayecto voy a estar en un lugar mucho más reconfortante que la nave y eso lo hace más llevadero.

Pero esta vez es distinto. El objetivo es Iris, el satélite de comunicaciones entre los dos planetas.

Durante la primera mitad del siglo pasado establecimos los primeros asentamientos en Marte, al principio meramente científicos, pero poco a poco se convirtieron en estables hasta llegar a la actualidad, donde la población de Marte se cuenta por millones. Pronto surgió la necesidad de un satélite de comunicaciones que permitiera la comunicación ininterrumpida entre Tierra y Marte, incluso cuando uno de ellos transite por detrás del Sol.

Y así nació Iris. Originalmente un satélite de un par de metros de diámetro situado en una órbita polar del Sol a 1.25 UA, ha ido creciendo hasta los varios centenares de metros actuales. Toda una estación. Y Arce, su hermana, situada en la misma órbita a 180°.

Es curioso que cuando más tensión hay entre Tierra y Marte es cuando mejor podemos comunicarnos. Cómo si quisiéramos asegurar que la declaración de guerra va a llegar una vez sea emitida. Porque es cuestión de tiempo que sea emitida. O eso creo yo, pero soy ingeniero de telecomunicaciones, ¿qué se yo de política?

El caso es que Iris ha empezado a hacer cosas raras: tiempos altos de respuesta, retrasos en las retransmisiones, alarmas de errores esporádicos de hardware... Algo cuyo origen no han podido encontrar nuestros robots de mantenimiento equipados con las mejores IA, así que ahí entramos mi equipo y yo. Varias semanas de viaje para ver qué tripa se le ha roto a Iris.

Ya estoy en el cohete. Debe ser la vigésima vez que este cohete vuela, las marcas de las reentradas son evidentes, pero eso no me pone nervioso, de hecho me da tranquilidad. Empieza el despegue y... allá vamos Iris.

Iris, 25 de septiembre de 2127

Acabamos de llegar a Iris y hemos hecho los primeros análisis. Nos ha sorprendido sobremanera lo que hemos visto. Cables cortados, registros incorrectos, antenas con un una especie de masa pringosa inhabilitándola sólo parcialmente. Es todo muy sutil. ¿Quién lo ha hecho? ¿Por qué? ¿Cómo?

Ahí va mi teoría: la Tierra o Marte quieren empezar una guerra. Destruir está infraestructura estratégica sería un acto hostil, pero no sé si lo suficiente como para responder con ira y fuego. En cambio si se sabotea de una manera que remotamente no se pueda determinar el error obligará a que un equipo de técnicos viaje a verlo presencialmente. ¡Y aquí estamos! No sé si somos rehenes, pero me quiero ir de aquí.

Estamos preparando la nave para salir pitando de aquí, pero han empezado a saltar alarmas lumínicas. Hemos mirado en el radar de la estación y vemos que algo se acerca a toda velocidad. Realmente muy rápido. ¡Está aquí! Contacto visual. ¿Son misiles? ¡Dios mío! ¿Pero que…?

Y el fulgor de la explosión no le permitió ver que la bandera del misil era la de…

[Sin título]

Kalos

—Tenemos una hora. ¿Qué es lo que pasa? —preguntó Tengri tras comprobar que el piloto de la cámara estaba apagado y que en el almacén solo se encontraba su compañera.

Umay abrió la caja de herramientas y se la lanzo a Tengri.

—Uno de los drones tiene una junta abierta... habrá sido durante el despegue. Si entra un poco de arena… —dijo aceleradamente mientras movía cajas con logos de casi todas las agencias espaciales, cogió una que tenía dos cerraduras.

Tengri dejó la caja de herramientas flotando y puso su llave en la cerradura, Umay hizo lo mismo.

. . .

—¿Por qué haces esto? —preguntó Tengri.

—Tenemos solo veinte minutos más… —dijo Umay sin apartar la mirada del dron.

—Ya casi hemos terminado, dentro de poco vamos a salir en los telediarios de todo el mundo. ¿Por qué estás tú aquí?

—Tú primero.

Tengri golpeó su hombro donde estaba el logo de la única agencia espacial privada de la expedición.

—Me pagan bien por esto. El jefe lleva todo su vida sonando con esto.

—Ideales, supongo… —dijo Umay dirigiéndole una vaga mirada al logo de la ESA en su traje —. Hemos destrozado nuestro planeta, necesitamos otro... quizás Marte sea una segunda oportunidad.

. . .

Umay levantó sus manos maniatadas para proteger su cara antes de impactar contra las cajas del almacén. La puerta se cerró de nuevo mientras Umay gritaba en un idioma de raíz latina que Tengri no reconocía.

—¿Viste sus caras cuando salió su segunda sonda? —preguntó Tengri con una sonrisa, tenía un labio roto.

—Espera a que vean despegar a los drones—. Umay se incorporó como pudo, algunas cajas se habían liberado de sus anclajes y flotaban por el almacén—. ¿Sabes cuantos años de cárcel te pueden caer por traicionar a toda la humanidad? No hay muchos precedentes...

—¿Por traición solo? Se te olvida contaminar deliberadamente un planeta —Tengri mostraba habilidad flotando maniatado, esto también lo había practicado.

—Aún no saben que los drones van a sembrar a Marte. Además, esas archea tardaran décadas en crecer y mucho más en empezar a liberar el oxígeno del dióxido de hierro a niveles detectables. Estaremos libres antes de todo eso —. Esa última frase parecía más una pregunta que una afirmación cuando salió de los labios de Umay—. Seguro que tu jefe publica las modificaciones genéticas en Twitter o algo así. Por cierto, ¿qué va a ser de él?

—Él estará bien, habrá planeado algo. El jefe lleva toda su vida soñando con esto.